

PÁGINAS  
VENEZOLANAS  
CONTEMPORÁNEOS

JOSÉ PULIDO **UNA  
MAZURKITA  
EN *la*  
MAYOR**







# Una mazurkita en la mayor

Fundación Editorial



elperroylarana

 Fundación Editorial El perro y la rana, 2017  
 José Pulido

Esta licencia permite la redistribución comercial y no comercial de la obra, siempre y cuando se haga sin modificaciones y en su totalidad, con crédito al creador.



Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,  
Caracas - Venezuela 1010.  
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

#### **Correos electrónicos**

atencionalescritorfepr@gmail.com  
comunicacionesperroyrana@gmail.com

#### **Páginas web**

www.elperroylarana.gob.ve  
www.mincultura.gob.ve

#### **Redes sociales**

Twitter: @perroyranalibro  
Facebook: Fundacion Editorial Escuela El perro y la rana

#### **Diseño de colección**

Emilio Gómez  
Mónica Piscitelli

#### **Edición y corrección**

Alejandro Moreno

#### **Diagramación**

Mónica Piscitelli

Hecho el Depósito de Ley  
Depósito legal: DC2017002856  
ISBN: 978-980-14-4053-6

## **COLECCIÓN PÁGINAS VENEZOLANAS**

Esta colección celebra a través de sus series y formatos las páginas que concentran tinta viva como savia de nuestra tierra, es feria de luces que define el camino de un pueblo a través de la palabra narrativa en cuentos y novelas.

La constituyen tres series:

**CLÁSICOS** abarca obras que por su fuerza y significación se han convertido en referentes esenciales de la narrativa venezolana.

**CONTEMPORÁNEOS** reúne títulos de autoras y autores que desde las últimas décadas han girado la pluma para hacer fluir nuevas perspectivas y maneras de exponer la realidad.

**ANTOLOGÍAS** es un espacio destinado al encuentro de voces que unidas abren portales al goce y la crítica.



JOSÉ PULIDO

# Una mazurkita en la mayor

COLECCIÓN  
PÁGINAS  
VENEZOLANAS  
CONTEMPORÁNEOS



*Ya llegó el general  
con su batallón  
Cabrerita interpreta  
Una mazurkita  
en la mayor.*

CANCIÓN NICARAGÜENSE



*Al coro de ángeles de Sandino,  
a Petruvska Simne,  
a Vicky, Pablo y Gabriela,  
a todos los periodistas,  
a mi hermana Mercedes.*

*Como canción al fin, para Adriano y Verónica, Nabor y  
Marisela, Rodolfo y Valentina, Pablo y Carlota, Diego y Eva,  
Omar y Elizabeth, Pedro León y Mara, Santos y Chefi,  
Orlando y Coa, Orlando y Daniela, Orlando y Loida, Luis y  
Lucía, Luis e Ingrid, Nelson y Sara, Juan y Támara, Chucho  
y Leyda, Alfonso y Amor, Olegario y Camis, Simón y  
Omaira, Enrique y Roxana, Alfonso y Elizabeth, Ida y  
Dimas, Sandoval y Arielca María, Ángel Gustavo, Inés,  
Laurentzi, Lucy, Luis Alberto, Víctor Hugo, Karmele,  
Lenelina, Anita, Nadia, María Sirena, Juan Manuel Polo  
para el corazón de Cabrerita, que por alguna razón se  
parece al de mi madre Victoria  
quien nunca quiso un triunfo para ella.*



## Capítulo I

### Cabrerita desbocado

Cabrerita se pega la guitarra al cuerpo al sentir una sucesión de ramas golpeándola, como si los dedos oscuros de la madrugada quisieran quitársela, pero continúa corriendo a través de un túnel de sombras y fantasmas vegetales. Un eco profundo, como un viento llorón, se queja entre su cuerpo y su guitarra. Va por la orilla del camino quebrando palos secos, aplastando pepas, semillas. Espantando lagartijas y conejos. Cuando escucha que viene un caballo o una carreta, se interna en el monte para no dejarse ver y paga el clandestinaje aporreándose contra piedras y peñascos, sembrados como ruinas en la espesura. El sombrero, atado a su espalda por una tira de cuero, flota y aletea, pero ni lo percibe; su corazón alcanza un ritmo de locomotora, podría componer cualquier canción con ese retumbar que le ahoga, pero sus sentidos están obsesionados en llegar a Masaya, conseguir cuatro patas y salir inmediatamente hacia Managua.

No le aclaró cómo lo supo, pero la telegrafista entró a su casa a medianoche y le dijo que estaban tejiendo una maraña para matar a Augusto y él no pudo comer más los frijoles aliñados que había estado cocinando medio aletargado, en la soledad de unas paredes que se le desplomaban encima.

La vio extinguirse, como una mancha rosada sin cabeza, entre las astromelias y los acacios de la calle y se dio cuenta de que no poseía caballo ni dinero, solo sus botas y la guitarra española que ya tenía una araña viviendo en la boca.

En 1840 el país censaba apenas trescientos mil habitantes, noventa mil mestizos, seis mil negros, tres mil blancos y un poco más de doscientos mil indios. Aquellos tres mil blancos eran los dueños y como minoría poderosa desarrollaron un mecanismo que impedía cualquier progreso individual a los hijos ilegítimos. Ese mecanismo aún seguía en marcha en este año de 1934. Su amigo Augusto Calderón había sufrido siempre el morbo de la discriminación.

Cabrerita sigue corriendo, alborotando a los pájaros dormidos. En Niquinohomo todos los pobres estaban asustados, tocó puertas y no hubo quien le prestara una bestia y ni siquiera le supieron aclarar si hoy es 17 o 18 de febrero. Cabrerita solo podría jurar que se trata del año 1934. Va corriendo perseguido por su propia ráfaga y para distraerse piensa en la historia, en su existencia y la de su amigo, pero no puede librarse de un miedo tormentoso, intuye a la muerte corriendo adelante. Augusto se encuentra en Managua, hospedado en la casa del ministro Sofonías Salvatierra. De allí ha dicho que irá a la residencia del presidente Juan Bautista Sacasa, para sostener una conversación que cree necesaria.

En 1912 los conservadores gobernaban Nicaragua y firmaban negocios chatos con Estados Unidos. Los liberales se opusieron a estos manejos y el gobierno norteamericano envió 2.700 infantes de marina que ocuparon el país y arrasaron la ciudad de León. Catorce años después Augusto César Sandino combatía el intervencionismo y no se cansaba de criticar la debilidad de los gobernantes nicaragüenses. Juan Bautista Sacasa era uno de esos débiles mandatarios. Cuando la infantería de marina salió de Nicaragua, el año pasado, Sandino firmó un armisticio con el gobierno nacional.

Papeleos, habladeras, tantos meses desperdigados, desunidos, amigos fragmentados, cada quien solitario diciéndole al hambre que el frijol es bueno, engañando al rencor íntimo, susurrándole que la pelea ha terminado.

Su amigo primitivo y arrasador, intuitivo y tenaz, Augusto Calderón, debatiéndose en un mismo cuerpo de 39 años, con la mente clara, romántica, cortante y constante, de su general Augusto César Sandino. No sabe a cuál de los dos van a matar, pero corre como si a él también lo quisiera la muerte.

Sandino es un hombre terco, de una sola pieza, con una moral de granito; es feroz y le subyuga una vena poética, pero cree que todo el mundo tiene en el fondo una piedra ética como soporte fundamental. “No hemos debido ir a la escuela; ¿para qué aprendiste a leer, maje?, esos libros traicioneros, prófugos de la vida, palabras ahogando la insensatez ardiente de Niquinohomo”.

Augusto es porfiado, venático, una mula pateando el firmamento, pero no es hombre de seguir consejos y menos del músico que siempre ha estado cerca para alentarle el decaimiento y el cansancio.

Cuántas veces han llegado al claro de una montaña con el esqueleto desajustado, el cuerpo adolorido de tanto cabalgar, el brazo caído de apretar el gatillo y lanzar machetazos y Cabrerita ha encendido la mecha de un baile en pleno monte, alrededor de un fogón y Augusto ha recuperado el habla y la energía porque al escuchar música se endereza y mueve las piernas, llevando la cara seria y arrogante del general Sandino, paralela al rostro frenético y vehemente de una guerrillera.

No escucha consejos prácticos, se lanza contra la bruma, se despeña si hay que despeñarse y no sabe de nombres ni de hechizos. ¿Cómo confiar en Sofonías, Sacasa, Somoza si comienzan con la misma letra de Sandino, pero son hombres jalados por la nariz, como bueyes, por otro rumbo?

Fíjate, Augusto, que Somoza es un jodío de mala espina, un barrigón con rostro de hacendado extranjero, un doble cara esperando un huequito nomás para cogerse todo; un hombre que se esconde detrás de sus guardias y carga revólveres de adornito, manda a otros a usar los suyos.

¿Qué va a ser de fiar? Cabrerita mueve las piernas y la guitarra se empapa de rocío, se moja con salpicaduras de sudor. Se le van a salir los ojos, los tendones, el bofe, pero ya Masaya está más cerca, reconoce la silueta vegetal y piensa que ha llegado el instante de recuperar energías. Se sienta en la orilla de un cauce seco cuyas piedras susurran bajo sus botas. Deja suavemente la guitarra en el suelo y busca oxígeno para apaciguar su corazón. Augusto ha compartido con él la atávica sanguinidad de la música; la pasión de amanecer viendo levantarse el sol por encima de una bailarina que se suelta y se bate, que se acerca y cae en los brazos. Pero la primera vez que le acompañó en un combate le enseñó que había estado ciego toda la vida, porque Cabrerita creía que el mundo era nacer, crecer, vivir, sentir, agotarse y morir.

Si lo que tengo es este cuerpo endeble, con ganas de gastarse en diversión y bulla, este cuerpo que para sobrevivir ha subido matas de guayaba, ha desafiado culebras en el cafeto y ha bebido agua de ríos con meados de vacas, ¿cómo lo voy a desperdiciar de un solo golpe?, ¿por qué voy a joderme con alguien a quien nunca he visto y con quien no he tenido un pleito personal?

Augusto le preguntó: ¿Encima de dónde estás tú?, de la tierra dijo él ¿Naciste en esa tierra? ¿Cómo se llama? siguió Augusto. Nicaragua. Ahora dime lo que es Nicaragua para ti, cuántas cosas de tu tierra son tuyas.

“Maje loco, individuo atronado” piensa ahora Cabrerita y sonríe. También le enseñó a ser puntual y a cumplir su palabra. Si no tienes ética tu espíritu se atrofia. O tienes ética, Cabrerita, o posees riquezas materiales. No es posible tener ambas cosas. Las riquezas materiales deben ser de todos por igual o se convierten en bienes agresivamente inmorales.

Entonces vine yo de boca floja a preguntarle: “Y... ¿qué es ética?”, lo cual me tiene desperdigado en estos días, vagando de un lugar a otro, ético y solo, sin mujer ni parcela, sin que este rencor se me aplaque y viendo un conejo agazapado cuando ando sin revólver y sin tiempo para cocinar.

—Coño, general, estoy más ético que un muerto.

No ha podido quedarse fijo en un sitio, es un hombre de campaña, de zapateos, de campamentos; añora aquella existencia, aquel ardor patriótico. Augusto creía que era necesario quemar una etapa de conversaciones por un tiempo largo, pero a él, a Cabrerita, le olía mal el aire y se aferraba a su amuleto de la buena suerte. “Comparto este amuleto contigo y con todos los compadres” conjuraba, hechizaba. La madrugada se tornaba más fría como si el sol retrocediese y por eso se levantó y caminó antes de echar a correr otra vez.

El terreno era demasiado rocoso allí para correr, pero anduvo con celeridad. Sintió una angustia imprecisa y salió al camino, donde la luna, medio cubierta por una nube, no alumbraba porque apenas tenía un pedazo de cara encendido; sin embargo, bastaba para hacer fosforecer la tierra y para rebotar en la madera brillante de la guitarra, como si todo este tiempo hubiera estado encerrada en el instrumento.

—¿Qué es lo primero que harás al llegar a Masaya?

—Tan pronto escuche el, “saludes, compita”, pedir un pocillo de agua y beber hasta que el estómago suene cada vez que me mueva.

—No. Pide un trago de caña para aclarar ideas.

—¿Qué estás discutiendo conmigo?, lo primero que debemos hacer es pedir prestado un caballo y enseguida preguntar la hora y el día. Nadie nos va a enredar esta vez con que hay una fiesta en tal lugar y se necesita un músico para que ponga a bailar a la gente.

No habrá mujer hembra bien bañada y peinada con aceite de quina que le obligue a quedarse cantando, bailando, bebiendo, prófugo del almanaque, aunque le invite a matar grillos. Este es un asunto serio, Cabrerita, y hay que volar como si el Apocalipsis amenazara los poblados. Matar grillos es lo mejor. Nadie desea realmente aplastar a esos insectos cantores, pero

nunca aprenden a escaparse de una grupa femenina y un acezante hombre cayendo de rodillas.

Cuando Sandino regresó a Nicaragua, todos ellos, en los solares de Niquinohomo, escuchaban las palabras que venían brillando como el oro desde las oscuras minas de México, Honduras y de la misma Nicaragua. Palabras que brotaban de pozos con aire envenenado, de socavones mortíferos que estallaban como la dinamita y se transformaban en volcanes escupiendo lava. “Quiero cien hombres que amen a Nicaragua como yo” decía y comenzaba a contar.

—Un hombre, dos hombres, tres hombres...

Hay plantas que rasguñan el cuerpo, que lo hacen enrojecer, que le clavan espinas como uñas de gavián. Siente espinas metidas en las mejillas, en el pecho, en los brazos; espigas pegostas o engrifadas de pelitos que se adhieren a la ropa, a los ruedos del pantalón; le zumba la cabeza, le palpitan las sienes, cierra los ojos y avanza a ciegas un segundo por entre las breñas, deseando ser murciélago para comerse una fruta con solo pasar al lado y cagar sin tener que detenerse. Un murciélago para no chocar con tantos obstáculos en su avance angustioso, cortando camino por el tripaje de la oscuridad.

Cabrerita cree que se parece a un grillo, que inclusive adora cantar como los grillos y es tan flaco como cualquiera de ellos. Quizás por eso siente que de un momento a otro la noche lo va a aplastar.

—Ojalá que no haya baile allá arriba —dice, mirando las nubes caprichosas.

El 5 de agosto de 1914, dos años después que los marines ocuparon Nicaragua, se firmó el tratado que los gobiernos de Estados Unidos y Nicaragua llamaron Chamorro-Bryan. Con ese papel los Estados Unidos pretendían construir un canal entre los dos océanos por la vía del río San Juan y el Gran Lago de Nicaragua. Si se hacía ese canal, Estados Unidos tendría derecho a quedarse entre los nicaragüenses hasta el año 2013, más o menos y Cabrerita cree que nunca habrá una fecha así, ¿cómo no se va a

acabar el mundo de aquí hasta allá?, la señora Modesta Ramírez, lo más viejo que ha conocido encima de dos pies, murió a los 108 años y eso porque se levantaba a las cinco de la mañana y se acostaba a las seis de la tarde. No bebía, no fumaba, no bailaba, sembraba y cosechaba todo el tiempo y ni siquiera había tenido un hijo. Su cuerpo murió entero, sin descoyuntarse.

“Lee aquí, lo que dice ese malnacido tratado” decía Augusto y releía cada hoja, cada párrafo. Una furia enorme, inagotable, hasta irracional, se elevaba a través de su garganta, de sus ojos, de su piel. Se desquiciaba de patriotismo con esos librotos, caminaba, se devolvía con un lápiz detrás de una oreja y golpeaba los terrones con los tacones de sus botas.

Cabrerita siente que no puede avanzar más; respira hondo y no se alivia; las plantas de los pies parecen abiertas, le duelen como si los clavos de las botas hubiesen entrado en su carne. Se recuesta a cada rato de troncos leñosos, rugosos, lisos, flacos, gruesos, costrudos, hediondos a hormigas amargas que se atraviesan en su ruta. Cerca escucha los cascos de un arreo y se esconde casi desplomado. Un hombre va detrás de una fila de mulas, silbando y el silbido choca contra las hojas y la penumbra como la voz de las ánimas; es un hombre asustado, mira hacia todos lados y silba para engatusar al peligro. Cabrerita lo conoce y no se atreve a detenerlo para pedirle agua, porque es arriero de un hacendado gobernero. Deja que pase de largo. Maldice a los hombres que no son de fiar, que pululan por el mundo sirviendo a patrones que no serían nada si Dios no se hubiera empeñado en hacer las vacas, los burros, las tierras, el café y el egoísmo. Dios estaba obligado a hacer las tierras cogiéraselas quien se las cogiera, porque crear el egoísmo y no hacer las tierras, para que al menos el pobre comiera plátanos, habría sido una coñodemadrada.

En eso del génesis y de todo lo que Dios elaboró, Cabrerita colecciona unas cuantas opiniones, inclusive ideas revisionistas. Alguien ha debido extraviar los libros verdaderos, porque

el Creador no puede haber construido a la mujer de una costilla masculina; es el hombre quien se la pasa abrochándose al costillar de la mujer, desesperado por hallar un espacio morbosito, ¿no?, y por si fuera poco está presente el indiscutible argumento de que los hombres son quienes brotan de la mujer, del interior de esas carnes productivas, y siempre quieren desandar lo andado, retornar por el mismo camino.

Cabrerita asegura que vio a Dios en una ocasión. Regresaba amanecido de una fiesta y sentía deseos de vomitar tripas y cerebro y de tragarse después toda el agua posible. Bajó hacia un arroyo y en la orilla contraria bebía agua un tigre amarillento que tenía los ojos marrones. Quiso salir corriendo, pero el mareo y las náuseas le hicieron arquearse y vomitar, sin perder de vista a la fiera. El tigre seguía metiendo la lengua en el agua, indiferente. Cabrerita se acostó bocabajo a beber. De un manotón, el tigre sacó un bage y se quedó mirándolo. Le pasó la lengua y lo soltó. Cabrerita cerró los ojos impresionado y cuando los abrió no había ningún tigre en aquel sitio. Solo Dios podría ser tan bondadoso como para soltar un bage gordo después de tenerlo en las garras. Es que Dios hizo los bagres y le salieron feos y les tiene lástima y cariño. Remordimiento de conciencia, porque aparte de feos la gente se los come. Y si Dios es un tigre, su santa madre ha de estar asustada en el cielo, porque ella sentía terror al oír los rugidos que bajaban de la montaña. Es cierto que Dios puede asumir cualquier forma.

Ahora, Cabrerita recapacita y piensa que, probablemente Dios era el bage. Por eso el tigre, diplomático y pensador, lo soltó.

Los libros complican las cosas. Augusto sería partidario de pensar en el tigre como un animal común y corriente que habiendo comido en otro sitio, fue a beber agua, se puso a jugar y atrapó un bage. Lo probó y le pareció una mierda.

Sería una bendición encontrar en Masaya a su primo Juan María, hombre sencillo y bondadoso que conduce un camión

de barandas, perennemente repleto de productos para los comercios de Managua. De esa manera podría llegar más pronto a su destino, porque Juan María es un hombre tranquilo y sensato aunque corra en su máquina a cuarenta kilómetros por hora. Cabrerita aprovecha para descansar tirado encima de una raíz; el arriero todavía está cerca y voltea la cara hacia las orillas como si olfatease una presencia extraña. Una cuerda se revienta en ese instante, en aquella oscuridad que parece estar cediendo ante un sol intuido. La nota vibrante queda suspendida como una cigarra en el espacio de la madrugada y el arriero se detiene, clavado en el camino. Cabrerita se agacha hasta sentir el olor de tierra y raíces, acallando el diapasón con las dos manos. Apela mentalmente al miedo del arriero, le azuca a que piense en los muertos, en los espantos y tal esfuerzo surte efecto porque el hombre no quiere quedarse solo y agiliza el paso para alcanzar a sus mulas. Cabrerita siente lástima por aquellos animales, sobre todo cuando los ve cargados hasta el tope recibiendo latigazos en las cuevas difíciles. En una ocasión trabajó como arriero y el solo recuerdo de esa experiencia revienta en su interior ampolas de melancolía.

Fue cuando perdió su segunda guitarra de un machetazo. En un baile se armó una pelea a muerte entre dos hombres y uno de ellos falló y partió su instrumento. Tuvo que buscar trabajo para comprar otra guitarra, podía vivir sin comer y sin beber, hasta sin dormir y sin amar, pero necesitaba esas seis cuerdas cuya combinación le proporcionaban una conversación consigo mismo, con sus interioridades. Tocando e inventando canciones se sentía propietario de un mundo que flotaba, que nadie estropeaba, que solo él poseía y que compartía hasta el instante en que dejaba de tocar. De ahí en adelante la música era un universo que se abría si él y su guitarra se juntaban de nuevo.

Le propusieron trabajo en un arreo de cincuenta mulas que irían cargadas de café, frijoles y tabaco hasta Granada. Aquel fue un trecho cansón, que le pareció demasiado largo, debido a que se quedó cinco meses en Granada. Tal vez por eso, siempre que

mira unos animales descargados, botando espumarajos y sufriendo peladuras, comenta: “Vienen de Granada”. Nunca podrá negar los encantos de esa ciudad, donde, además, compró su tercera guitarra.

Esa tercera guitarra era sonora, no aporreaba los dedos; sus cuerdas suaves *made in Germany*, estaban hechas con tripas de gato y descubrió que la música de aquella guitarra generaba amores imposibles. Lo supo desde la primera mujer que conquistó con ella. Una granadina que le gustó exageradamente. La señorita quería corregirle, sacarlo del fiesteo. Era buena, delicada, culta, hacendosa, una dama fina en toda la regla. Solo pensaba en el matrimonio, en organizar un hogar tranquilo y sin complicaciones. Cabrerita agotó su último recurso ofreciéndole casa en Niquinohomo, con gallinas, una vaca, cien matas de almendrón, mil matas de café y la posibilidad de un amor sin más ataduras que las innatas del amor, pero ella ni siquiera quiso oír más tal proposición. Ella quería casamiento civil y juramento religioso, vestido blanco, iglesia repleta y un hombre apegado al jornal.

Solo pudo besarla dos veces, en la frente, porque andaba descuidada y con el ánimo decaído.

—Aquella mujer...

Ciertamente su imagen predominaba encima de todas las demás y aun no podía explicarse por qué no se había querido casar con ella, si eternamente estaría enamorado de su blancura esplendorosa y de su maldita mediocridad.

La última vez que la vio estaba sentada ante la puerta de su casa contemplando el paso de la gente al igual que sus vecinos: un anciano fumando, una señora bordando, otras mujeres dialogando y niñas y niños que cantaban y chocaban las palmas de las manos. Cabrerita llegó de visita, vestido de limpio, con pajarita azul, camisa amarilla, sombrero ancho, pantalones de lino, botas de montar y espuelas sonando alegremente, aunque no tenía caballo en esos días.

—Me voy a Niquinohomo: nos podemos ir esta misma noche.

—No señor: no quiero andar con usted del timbo al tambo.

—¿Tambo? ese era el nombre original de la música amargosa que llaman tango.

—Usted y yo no podemos conversar seriamente. Me gustan los hombres serios.

—Sé que usted me quiere y sé que yo la quiero, ¿no le parecen importantes los buenos sentimientos?

—Son lo que son, pero lo primero es lo primero.

Le gustaban los tobillos de aquella mujer, su manera de mover las manos y el esplendor oculto que guardaba sin siquiera saberlo. Los tobillos fueron lo único que pudo verle. Se despidieron y ella ni siquiera le dijo toma este pañuelo para que me recuerdes, toma esta sortija o aquí tienes una carta para que la abras cuando estés lejos.

—Bueno, vaya con bien —fue todo lo que le dijo. No se movió de su silla. Las vecinas no querían mirarlo. Él se puso el sombrero, se paró, le acarició la cabeza a un muchachito, se fue por la calle, se volteó a ver y ella había dejado la silla recostada a la pared.

Augusto era cuatro meses mayor que él. Cuando ambos tenían quince años de edad, comerciaban con productos del campo. Eran comerciantes serios y se parecían mucho físicamente, pero Augusto era un predestinado, un imán. Había algo indígena predominante en ambos, un gesto en el cual el silencio se transformaba en un símbolo enigmático, una expresión de paciencia impaciente, de: “Estoy esperando el tiempo que sea, pero no me hagas esperar el tiempo que quieras”.

Augusto tenía la nariz más grande que Cabrerita y sus ojos sonreían si lo hacía la boca delgada, pero no era propiamente una sonrisa sino una advertencia. En Cabrerita esa sonrisa, compartida con la mirada, era de pura picardía.

En Augusto Calderón había un hombre entero, gigantesco, metido en un cuerpo flaco y pequeño. Decía una cosa y eso era verdad, comprometía su palabra y la cumplía. Los viejos lo escuchaban con respeto y los niños se le acercaban para preguntarle lo que otros no sabían responder. Llegaba el sábado y a continuación una fiesta que servía para sacudir las fatigas. Cabrerita era capaz de estar tocando y cantando, armando el zafarrancho musical dos, tres, cuatro días en fila, porque Augusto no paraba de dar vueltas, de levantar la polvareda, de sudar y sudar hasta que la gente no podía más. Una vez bailó tres días y dos noches, casi sin detenerse, con una muchacha de San Rafael. Ella se fue a su casa con la mano de Augusto marcada en la cintura del vestido, como si la hubiese abrazado un hombre quemándose.

Hubo una semana tormentosa, que todos recuerdan con asombro. Augusto llevó a Managua una carga de café. Viajó solo. Al llegar a la capital, el hombre que le compraría el café revisó el grano y el de la superficie era el único que servía. Augusto se sintió avergonzado y regresó a Niquinohomo, silencioso, sin pronunciar palabra. Tocó la puerta de la casa del hombre que le había vendido aquel café y sin reclamarle nada, sin explicarle su obsesión por el honor, sin darle tiempo a excusas, lo mató al apenas preguntar: “¿Qué deseas, chaval?”.

Dijo que el hombre era medio burlón, medio insolente. Lo mató para que respetara la palabra de los demás. Tuvo que irse de Nicaragua.

Cabrerita vivió metido en un laberinto, en un deambular y casi se olvida del amigo, hasta que un día regresó contando sus experiencias del exterior y repitiendo, hasta la saciedad, que ya no iban a vender más café, sino que se dedicarían a hacer una revolución.

La Infantería de Marina de los Estados Unidos desembarcó en Corinto el mes de agosto de 1912 y se quedó cuatro años, pero luego volverían y sin ningunas ganas de salir del país. Cuando Sandino organizó sus guerrillas, encontró marines en Chinandega, Estelí, Jinotega, Nueva Segovia, en cualquier sitio.

Se les tiraba con todo y caballo, no hablaba cuando peleaba, ni siquiera parecía estar respirando. Se llevaba las ramas por delante, el caballo clavaba los cascos y se deslizaba por terraplenes, por bajadas tapizadas de cascajos y él disparaba sin tregua. “Vamos a hacer una revolución” insistía y Cabrerita preguntaba cómo se hacía algo así. Sabía de buena fuente que cuando una mujer bien plantada se ponía un vestido nuevo y le quedaba como guante, se comentaba: “Esa mujer va a hacer una revolución”, y también era *vox populi* que su primo Juan María estaba haciendo una revolución con aquel camión de estacas.

Hasta escuchó decir, en una Semana Santa, a un cura mexicano que se hallaba de paso: “Jesucristo fue un revolucionario”, y la verdad sea dicha, Cabrerita estuvo a punto de concluir en que todo podía ser revolucionario, como con el limón que servía para la gripe y los sobacos. Hasta comentaron que en Managua estaban llegando a la locura de vender limones, un fruto que todo el mundo cosecha en el patio de su casa.

Falta poco para llegar a Masaya y, sin embargo, se siente a un tris del delirio. En los últimos meses ha estado decaído, enfurruñado, pensativo, porque intuye que la pelea no ha terminado, pero siente que se ha debilitado. Los gobernantes del país fingen que toman en cuenta a los sandinistas, pero susurran que son bandidos sin remedio. Ya va reconociendo las cercanías de Masaya. Se detiene a orinar y se le viene a la mente aquel día de mañanita, cuando Augusto les llamó para mostrarles que los marines podían morir, que no eran inmortales como se decía y juraba entre las personas humildes.

Estaba vestido con su ropa de caqui cruzada de correajes, su sombrero grande y una chamarra que parecía tablero de ajedrez. Aún no puede dilucidar si en aquel momento predominaba Sandino en el cuerpo del general o Augusto Calderón, pero le pareció terrible lo que ocurrió. Unos meses después contempló una masacre de campesinos y se olvidó del asunto.

El marine era un hombre alto, de manos grandes, noventa kilos, picado de mosquitos en la cara, el cuello y los antebrazos.

Augusto levantó un machete y les mostró el corte de chaleco. El gringo se retorció, se desangraba, se moría y los campesinos que acompañaban a Sandino lo miraban, sin poder creer que la muerte podía vencer a un hombre tan fuerte.

Yo me siento molesto contigo, Augusto. No estoy de acuerdo con lo que has hecho, porque esos campesinos han visto morir un toro y un toro es más fuerte que un gringo. Vamos a dejarnos de huevadas con eso, hay que tener ética y el hombre que no tiene ética pierde el espíritu. ¿Sabes cuánta comida ha tenido que darle la madre de ese hombre para que creciera hasta alcanzar tal tamaño?, ¿sabes qué clase de sueños tenía él y qué tipo de libros leyó?, ¿y si leyó otros libros que no nos interesan a nosotros, pero que a él si le interesaban?

Sandino sonrió. El maje sonrió y me dijo: “Muy bien, Cabrerita, tienes razón”. Hasta que un día encontraron sesenta muertos juntos, en un rancherío, agujereados a balazos y las chiquitas despatarradas, violadas, pasadas a cuchillo. Augusto le manifestó que los libros de aquellos matarifes tenían las páginas en blanco.

Cabrerita corre, la madrugada va clareando, el cielo se platea, se blanquea, se azulea y ya es de mañana. Hambre, sed, pies hinchados, ojos enrojecidos. Afortunadamente ahí está la curva que revela el entorno de Masaya. Huele a Masaya. Aquel es el techo de la casa donde vive Juan María y el camión está enfrente con su vidrio y su trompa dormidos de rocío.

“Le voy a tumbar la puerta si no se levanta”.

Es un salón amplio, alto, verdaderamente grande. Una bandeja de plata que pesa cinco kilos está en el centro de una mesa y una cafetera humea levemente; hay tazas y galletas ante quince sillas. Un cuadro de dos metros de alto abrumba con una batalla, caballos caídos, caballos corriendo, relinchando, espadas al aire, cañonazos que revientan en hilera organizadamente. Cortinajes rojos con filos dorados, atados por el medio con cordones amarillos; conchas de mar y ángeles culones tocando largas trompetas flotan en el cielo de yeso; dos arañas de cristal esperan a que llegue la

noche para encenderse y cada uno de los cristales, geometrizados como diamantes, muestra al ojo detallista que las moscas se han atrevido a descargar sus excrementos en un lugar donde el poder respira y transpira.

Las moscas no tienen conciencia. A veinte calles de ese salón y en el preciso instante en que han llegado todos los ocupantes de las quince sillas, está naciendo encima de un catre una niña sin importancia. La partera parece disgustada, hace su oficio casi por compromiso. Lava a la mujer después que ha cortado el ombligo y limpiado lo más que puede a la diminuta niña. El hedor atrae las moscas que cubren la bosta fresca de la calle, que pican las orejas de los perros, que se agolpan en los pegostes de las cocinas. Vienen y chocan contra las piernas de la mujer y quieren probar la piel recién salida de un líquido y la partera las espanta.

“¿Qué es, Alfonsa?, no me has dicho si es hembra o varón” habla desde el catre la madre y Alfonsa piensa que aquella mujer ni siquiera debería preguntar eso, la ha atendido cinco veces y los cuatro partos anteriores se encuentran en la casa de al lado, esperando a que les avisen que pueden regresar a su hogar, con vestiditos mugrientos, crinejas grasientas, y sus hambres fijadas con amarillo en la cara y los ojos. Hambre amarilla y palúdica.

—Siempre pares hembras —responde Alfonsa y como si se arrepintiese de la acidez que segrega su voz, pregunta fingiendo interés:

—¿Qué nombre le vas a poner a esta?

—Serminia.

—¿Y ese nombre, de dónde lo sacaste?

—No sé. Lo escuché por ahí.

Un puñado de moscas se pelea, se amontonan y estallan, como un asqueroso fuego artificial verde, encima de un coágulo de sangre. Una de las moscas cae y después de lamer el piso de tierra sale volando y deja un puntito negro en el traje rojo del Sagrado Corazón de Jesús, ante el cual una vela dice que no con la llama y dice que sí con la llama.

En el gran salón, las espadas cruzadas constituyen parte de toda la simbología del poder, y el poder desemboca en la papada del hombre que domina la mesa, una papada altiva, malévola, distintivo de quien traga más. Esa papada se mueve, se agita, y emite una voz que no acepta réplicas. En los catorce egos que observan al hombre, surge una interrogante, ¿por qué se cree poderoso? Y, sin embargo, obedecen y comparten los dictados que la papada emite.

—Mañana hablará Sandino con el presidente Sacasa. Le acompañarán sus generales Umanzor y Estrada. Cuando finalice esa reunión hay que aprovechar la ocasión para que no salga vivo de Managua. Vengo de conversar el asunto con el ministro americano Arthur Bliss Lane y me aseguró que nos respalda plenamente. Aquí está con nosotros el capitán Lisandro Delgadillo, quien dirigirá la acción. Mañana 21 de febrero, tiene que borrarse del mapa la vida de Sandino o dejo de llamarme Anastasio Somoza.

No puede dejar de sonreír para sus adentros al expresar tal machotada, porque su pequeño hijo se llama Anastasio también y eso equivale a que su nombre resulta difícil de extinguir. Anastasio junior le llena de orgullos, le alegra el espíritu. Quisiera terminar esta reunión para ir a verlo.

Hablan, beben café, muerden las galletas cuyas migas caen encima de la mesa y debajo de la mesa. Catorce egos piensan que el odio de Anastasio senior es como el odio de un hombre a quien otro le ha birlado la mujer en público.

—Mañana hablará con el presidente Sacasa repite la papada. Traga, vibra, se estremece como gelatina, “galletas sabrositas, ¿no?, con un leve gustito a maní, que se va quedando en el paladar como un delicado aceite”.

En el cuadro donde se lleva a cabo la batalla interminable, una mosca suelta su pupa sobre un caballo malherido. La mosca parece extrañarse de que existan caballos tan pequeños, pero conoce perfectamente cuando un animal está muriendo y nada mejor para gusanear que un cadáver, aunque sea diminuto.

—Arthur Bliss Lane me ha prometido su apoyo incondicional, claro que sí. Está de acuerdo en que Sandino constituye un peligro para la Guardia Nacional y hasta para el futuro del país. No hay otra alternativa que matarlo. La ocasión es propicia ahora que se encuentra en Managua.

Traen más galletas. Hablan mal de Augusto. Imagínense cuando dijo aquello de: “Los yanquies son los peores enemigos de nuestros pueblos. Detrás de cada dólar marcha un soldado yanquie, armado hasta los dientes y, ¡ay, del país que haya aceptado la ayuda de sus treinta dineros malditos!”. Un energúmeno. Coman más galletas. Anastasio manotea el aire. Mañana voy a mandar a fumigar con dedeté a ver si se acaban estas moscas.

Un burro ha comenzado a rebuznar un poco lejos, por los alrededores del cuartel. Los cagajones caen y cada uno parece decir su nombre y su rango al tocar pavimento. Pop, pop, pop. El culo del burro, redondísimo, hace muecas y cuando el universo cree que ha finalizado tal bombardeo, se asoma un último cagajón más cálido que los anteriores y las moscas enloquecen con el aroma, pero le tienen pavor a los golpes que lanza la cola endurecida y certera.

La mujer del primo Juan María tiene mirada de reojo, va de un lado a otro en sus quehaceres y observa a su hombre; lo tropieza, lo faldea, le dice: “Ayúdame un momentico”. Cabrerita aprecia los signos, ella está en esos días jugosos, ardientes, fruta madura que se cae con un toque. Entiende por qué Juan María pone peros. No tiene carga para llevar a Managua, no hay negocio que le obligue a pegarse ese viaje; necesita lavar el camión y Rosa Magnolia le ha pedido que encale la casa. Ella bate la falda, lanza una mirada malucona al primo Cabrerita y, sin embargo, ha tratado muy bien a la guitarra, la ha colgado de un clavo grande y le ha pasado un trapo hasta dejarla como nueva.

Cabrerita suelta el porqué de ir a Managua y Juan María se preocupa, inclusive, Rosa Magnolia se detiene en el medio del corredor.

—¿Por qué no aprovechas y llevas a Rosa Magnolia a Managua, ven el Palacio Nacional, se alojan en una pensión, compran telas y hacemos un negocio cuando yo termine de hablar con Augusto? —sugiere Cabrerita y Rosa Magnolia se alborota. A Juan María le gusta el giro que han tomado las cosas.

Preparan un bastimento y Juan María le da vueltas a una palanca para que el camión encienda. Son las once de la mañana del día 20 de febrero de 1934, cuando los tres, en la cabina, conversan mientras el paisaje de las afueras de Masaya se va quedando atrás, a una velocidad de treinta kilómetros por hora. El camión levanta el tierrero, salta, repiquetea, el cielo choca contra el parabrisas, y Rosa Magnolia lleva la guitarra entre las piernas para que no se quiebre. Ella está sentada en el centro, muy pegadita a su hombre, presión de muslo a muslo; Juan María quiere llegar a Managua pronto. Pasan una casita, una colina, un sembradío de plátanos, un algodonal, una yunta de bueyes, una bandada de pájaros y la zona calurosa del volcán les deja gotas de sudor en la cara. Suben y bajan caminos, las piedras saltan y azotan la latonería. Se tienen que detener varias veces para ponerle agua al radiador. Juan María carga dos barriles llenos de agua en la parte trasera, más agua de la que necesitarían diez caballos. Cabrerita piensa, sin embargo, que ese camión es realmente revolucionario, porque se acerca a Managua con la velocidad que exige la urgencia del momento y tiene un espejo para ver hacia atrás y una aguja que va señalando cuánto combustible le queda. Rosa Magnolia se hace la dormida para recostarse a Juan María y Cabrerita está seguro de que ella aprieta un charquito caliente entre las piernas y de que su primo no ve la hora de llegar y buscar alojamiento. La tarde avanza y parece que el camión no alcanzará al sol, que se hunde enrojecido por los lados de Managua, pero a las cinco y media de la tarde los tres comienzan a cambiar impresiones ante los techos de la capital y el paisaje, que según Rosa Magnolia es similar a un almanaque. El sol y las aguas del lago se atacan intentando imponer cada elemento su fuerza. El lago quiere enchumbar al sol y apagarlo. El sol

enrojece las leves ondas, las enciende y se mira en ellas, dejando un camino de lava por donde pasa. Rosa Magnolia traga con los ojos aquel inmenso vaso de ron dorado y se rinde, poniendo la manita izquierda en la pierna derecha de su hombre; Juan María se encona definitivamente, pero Cabrerita se estremece ante ese atardecer que le parece un desangre.

Descubren una posada y Cabrerita baja su guitarra. Acuerdan que allí se encontrarán.

—Ustedes me esperan, primo. Cuando regrese compramos las telas para que Rosa Magnolia tenga bastante oficio el próximo mes —dice Cabrerita y ellos suben, con prisa, la escalinata que lleva a la posada “Brisas de Tiscapa”.

La guitarra tiene ya dos cuerdas rotas y una cadera hundida. Cabrerita camina por las calles empedradas, que los faroles medio iluminan, porque la noche está arropándolo todo. Se detiene ante una pulpería llena de hombres que beben y hablan. Caballos oscuros esperándoles, patean y lanzan latigazos con las colas al mosquero que delira en gajos, en ramilletes, flores que aparecen y desaparecen encima de peladuras, de gusaneras, de labios traseros; de conchas de plátano, de paredes escupidas.

Cabrerita pregunta a los hombres la dirección de la casa donde vive el ministro Sofonías. Cuestión de un mensaje que trae de su hacienda, explica. El pulpero le indica que siga derecho unas cinco cuadras y luego baje sin detenerse, hasta que encuentre el telégrafo: “Ahí le pregunta a cualquiera” apunta. El músico compra un pedazo de tabaco en rama para que no quede gratuitamente el favor y se va en la dirección que le han indicado. Un guardia nacional que está de posta en una esquina lo detiene y le pregunta de mala manera:

—¿A dónde vas con esa guitarra?, estas no son horas de serenear.

Como anda apurado y no quiere inconvenientes, Cabrerita le responde que viene diligenciando y que la guitarra está rota. “Soy un hombre respetable que quiere mandar a recomponer su guitarra” dice.

—Ya veo que te estás burlando de mí. Conozco a un músico fiestero por la jodienda del caminaíto. Tú no vas a alterar el orden porque se te ocurra emparrandarte. Vas a tener que enrollarte en un calabozo esta noche.

“Este se enamoró de mí” piensa Cabrerita y siente deseos de rogarle, pero no rogaría ni para llegar a tiempo de salvar a su amigo. Tampoco puede matar ahí a ese guardia cochón, porque hay gente mirando. Decide irse andando, sumiso, tomado por un brazo. El uniformado lo mete en un calabozo de parroquia sin la guitarra. Un cuartelito hediondo a vómitos y a objetos de cuero. Se ríen por allá adentro, entre oficinas estrechas, enclavadas como nichos en los pasillos. Charrasquean su guitarra con mala mano. El cansancio lo aturde y se va quedando dormido. Sueña que han encontrado culpable a su primo Juan María de haber maltratado al camión Ford. El camión es extranjero y los marines lo protegen. Juan María es fusilado y ni siquiera entregan su cuerpo. Cabrerita entra a la casa consolando a Rosa Magnolia. Ella tiene sudor encima de los labios y el vestido de muselina se hunde en la raja de las nalgas regordetas, mientras lloriquea y agita trastos en la cocina. Él le dice que la va a cuidar y ella sigue llorando mientras hierve agua para el café. Cabrerita se acerca y la abraza por detrás. Ella no se resiste, y él huele su negra y espesa crineja. Ella seca una taza y después la otra. Las nalgas aprietan el bulto. Casi sin darse cuenta las nalgas se mueven hacia atrás y hacia adelante. Rosa Magnolia sopla el fogón y las partículas de ceniza se levantan. Las brasas enrojecen. Cabrerita le sube la falda y no hay pantaletas debajo. Nalgas firmes, con hoyitos en la cintura. Sin soltarla con la izquierda, se baja los pantalones con la derecha y ella cuele el café, pero Cabrerita sabe que cierra los ojos de vez en cuando. Mete una mano desde abajo y toca la babita cálida, los pelos húmedos, los muslos gruesos. La penetra y ella se inclina más y más, coloca las manos pegadas al filo del fogón y llega a parecer una yegua. Lloro, se mueve, le pega nalgazos que resuenan como cachetadas y él siente que esa mujer es para levantarle las piernas

y ponérselas en los hombros, porque tiene mucha profundidad, pero están envueltos en un torbellino y cuando todo termina, Rosa Magnolia se voltea y comienzan de nuevo. Ella no acepta tan poquito; se saca las tetas, le agarra la paloma, se la mete, le muerde los labios, maraquea como demonio y su orgasmo suena como agua caliente cayendo encima de brasas, como aceite bombeado, como chicha desparramándose.

El sol ha salido, pero en el calabozo no se ve ni un tablón de luz; los otros presos despiertan a Cabrerita con una cháchara sobre café y que viene el sargento con la lista. A quienes va nombrando pueden salir. Lo nombran casi de último y pregunta por su guitarra.

—Usted no trajo ninguna guitarra —discute el sargento y él no replica. Eso no le importa demasiado, tiene que correr hacia la casa donde Augusto se hospeda para revelar lo que sabe. Afuera busca la casa del ministro Sofonías Salvatierra.

—Coja esa calle, baje unas seis cuadras, doble a la izquierda y cuando vea un caserón con rejas de hierro y soldados enfrente, esa es —le indica una señora que vende tortillas en la acera.

Camina desesperadamente y parece perdido, pero un caballero de traje oscuro le dice: “Hombre, la tiene ahí mismo, es aquella casa grande que usted ve. Pero no lo van a dejar entrar, ahí está de huésped el general Sandino”.

Cabrerita corre desaforadamente y llega sin aliento hasta la amplia reja de la casa, una reja con escudo. Dos soldados de pie lo detienen.

—Quiero hablar con el general Sandino, díganle que es urgente. De parte de Cabrerita —explica.

—¿Está loco?, aquí no se necesitan pedigüños. Váyase antes de que lo mandemos a un calabozo.

El soldado ha hablado en voz baja, pero Cabrerita no puede dominar la presión y su voz sube como canto de gallo.

—El general Sandino es mi amigo, díganle que aquí está Cabrerita, si es que no quieren meterse en un mierdero serio.

La voz latigueante penetra el espacio de la casa, los corredores, el alma silenciosa y solemne. Augusto, Umanzor y Estrada desayunan con el ministro Salvatierra y escuchan el alboroto. Estrada sonríe y le dice a Sandino:

—Ese es Cabrerita aquí y en Japón.

Augusto se pone de pie después de excusarse y se asoma a la calle. El ministro Salvatierra ha hecho una seña a un sirviente para que vaya hasta la puerta a resolver la situación. Pero Augusto Calderón ya está cerca de los soldados, con las manos aferradas a la gran reja, mirando a Cabrerita sin saber qué decir.

—Déjenlo pasar, por favor —dice a los soldados, con voz pastosa y seria, que enfría las columnas vertebrales de quienes escuchan. Cabrerita murmura: “Gracias a Dios que te consigo aquí” pero Sandino no lo deja decir más nada y se lo lleva al interior de la casa. Lo mete al cuarto donde está alojado. Su sombrero y su revólver cuelgan de un perchero. Los soldados se han quedado comentando: “¿Ese hombrecito es Sandino?, debe ser un jodío, ¿oíste la voz?, se me encogieron los huevos cuando habló. ¿Viste los ojos?, indio corta-cabeza, maje”.

—Después que hablemos desayunamos juntos y te regresas a Niquinohomo —dice Sandino.

Cabrerita le cuenta todo. Al pelo. Augusto no se inmuta. Le pregunta cómo estaba la telegrafista. ¿Cómo va a estar?, llo-rando.

—Quiero que guardes un secreto que te voy a contar, que lo guardes para que un día lo sueltes a tus nietos, porque hoy nada me interesa más que los nietos de todo el mundo —habla Augusto. Siempre se expresa así y Cabrerita lo deja correr.

—¿Alguna vez he destapado tus secretos? —pregunta el músico.

—No. ¿Y tu guitarra?, ¿dónde está tu guitarra?

Le cuenta que la ha perdido, que su octava guitarra ha dado paso a la novena; también perdió su caballo y hace poco se le fue de las manos otra mujer.

—¿Cuál es el secreto?; oye, Augusto, ¿qué comen los ministros?

—Mierda, mermeladas, hígado en pastas. Pon atención, el secreto es un destino, algo que va más allá de Augusto y Cabrerita...

—¿Los nietos? —murmura Cabrerita dos horas más tarde al salir, atolondrado, de aquel caserón. No puede creer lo que ha oído. Augusto y él se han abrazado un minuto que duró más de un siglo. Lo sintió falto de sol y olía a bay rum. Sabe que Augusto usa bay rum cuando le duele la cabeza. Le entregó su revólver, sus monedas de oro, todas las que tenía y una carta apresurada para la telegrafista. Estrada y Umanzor llegaron al cuarto y también se abrazaron con él. Se aleja de la casa con ganas de regresar y obligarlos a irse, pero ahora pregunta por la posada donde paran su primo y Rosa Magnolia.

—Cómprate una guitarra que suene —fue la despedida después del abrazo. La calle larga, a veces atravesada por algún carrromato, le resulta lo más irreversible y lo menos transformable: siempre el mundo será así, con calles y cosas rodando encima. Pero Augusto le ha dicho que se imagine los próximos cincuenta años, que haga ese esfuerzo y mire hacia adelante.

—Somos carne perecedera, pero nuestras ideas no se pudren. Nada de lo que hemos estado haciendo es para el presente sino para después —dijo Augusto.

—Yo pensé que la vida éramos nosotros —respondió él.

Augusto lo trató como un niño. Le contó un cuento que escribió sobre algo que pasó mil años atrás. Llegaron al mundo dos hombres y nacieron en el mismo país, pero no se conocían. Los dos tuvieron oportunidad de vivir bien en su infancia. Uno era observador y sufría por los demás. El otro era malicioso, acumulador de dinero, despreciativo con sus hermanos y dadivoso con los extraños a su sangre. El observador se llamaba Rin y el hijo de puta que hizo alianza con los enemigos de sus hermanos para enriquecerse, se llamaba Roff.

Este quiso ser más rico y vendió su patria a un rey extranjero. Rin peleó defendiendo la libertad y haciendo comprender al pueblo que eran ciudadanos y no animales para que los

estuvieran vendiendo. Después de la guerra ganada a favor de la libertad, pasaron unos años y Rin murió a manos de uno de los hombres que seguían a Roff. Este continuó viviendo entre bailes y banquetes. Su capital, logrado con un mar de sangre, era ya de muchos millones. Pero se enfermó de lepra. La lengua se le engusanó, la gente le tuvo asco y fue arrojado de todas las ciudades.

—¿Sabes lo que te he querido decir? —preguntó Augusto.

—Sí, pero tú me dijiste que uno no se rendía, que moría jodiéndose con el enemigo.

Cabrerita siente todavía los sonidos oscuros de la voz de Sandino cerca de él; ahora van en el camión y Juan María tiene los ojos abiertos, sin parpadear; no habla, no comenta nada. Rosa Magnolia se ha puesto a llorar y eso que no les contó el secreto. Solo les dijo que Augusto había decidido morir.

El camión avanza iluminando con sus faros éxodos de mariposas que se estrellan contra el parabrisas. Rosa Magnolia coloca la mano izquierda en la pierna de Juan María y la derecha en la pierna de Cabrerita. Él se arrepiente de aquel sueño, pero la cinta negra de la carretera borra todo recuerdo y hace que los tres se queden mudos, ciegos, en blanco.

—¿Qué hora es? —pregunta Sandino en la residencia del presidente. Han hablado bastante. Por hablar. Augusto ha dicho verdades secas y Sacasa ha intentado hacerle entender políticas insinceras. Augusto dice a Estrada y Umanzor que es hora de irse a dormir. Salen arreglándose los sombreros bajo los amarillentos faroles; suben a un carro y el motor se enciende, carrasposo, ronco.

Una mujer recién parida saca la teta izquierda y la mete en la boca de una niña que chupa sin parar, mientras otras cuatro observan con las boquitas abiertas. La leche clara rueda por las estrechas comisuras. “Serminia es una tragona”, dice la madre. Las moscas hacen el amor en la madeja de cabellos de la mujer y ella no las espanta para no interrumpir la comida de la recién nacida.

Una veintena de guardias nacionales se atraviesa en un vientre de sombras y gritan: “¡alto al carro!” Augusto se endereza, Umanzor no se mueve, Estrada piensa: “ya se aparecieron”. El chofer se lame los labios y busca el espejo retrovisor. El rostro de Augusto mira hacia la oscuridad como un indio agazapado cazando un tigre.

—¿Qué pasa?—pregunta Sandino.

—Orden superior. Quedan detenidos. Echen pacá sus armas—responde un guardia nacional, de cara huesuda, como repitiendo una lección. Al frente está un edificio que abarca casi una manzana. La Fortaleza, El Hormiguero, sitio hediondo a bosta, a sudores. El carro entra y varios guardias se quedan pasmados, esperando a que bajen los tres hombres. Hacen comentarios entre ellos que suenan como rabos de cascabel en la penumbra del patio enladrillado.

Varias ametralladoras apuntan a los tres hombres que bajan y se recuestan de la pared a fumar. Augusto se muestra molesto. Cruza los brazos sobre el pecho quizás añorando las cananas. Sandino se ha adormilado un poco, sonriente, en la profundidad del pozo de su alma.

—¿Quién es el jefe aquí?, quiero hablar con él—exige altanero, duro.

—No se puede—dice un guardia, asustado de su atrevimiento. Un cacho de luna se libra de las nubes y ni siquiera sabe lo que está pasando allá abajo. Cabrerita, Juan María y Rosa Magnolia también están mirando esa luna.

“No sirve para el amor” piensa Cabrerita.

—Entonces quiero hablar con Somoza. Dígale que me extraña todo lo que están haciendo con nosotros, que nos tienen detenidos como malhechores, cuando hace un año firmó con el presidente Sacasa un convenio de paz. Todos somos hermanos nicaragüenses y yo no he luchado contra los soldados de mi país sino contra los yanquies y no creo que se vayan a aprovechar de este momento para hacer con nosotros lo que no pudieron hacer en la montaña.

Umanzor mira a Estrada y este le pide un cigarrillo. Un silencio los envuelve y Augusto se debate con Sandino. Sandino se burla “¿Qué importa morir?, ¿cuánto tiempo más vas a tener enteros esos huesos, ese hígado, ese corazón, esos huevos, esa cara?”.

Alguien pasa la orden de que los suban a un camión. Los tres suben y se sientan rodeados de guardias que se mantienen de pie. Lejos, Cabrerita mira un conejo que se atraviesa y Juan María abre la boca para decir algo, pero Rosa Magnolia grita “¡No lo mates!”.

De un lado Estrada, del otro Umanzor. El general Augusto César Sandino va sentado en el medio de ambos, con las manos engarriadas en las rodillas y el torso inclinado. La luna sigue al camión como una sonrisa de maíz. El rostro de Sandino parece una piedra mojada.

En medio de una oscuridad que huele a hierbas, el camión se detiene y todos bajan. Caminan hacia profundidades sin senderos, donde un búho canta y unas patas diminutas corren sobre la hojarasca. El capitán Lisandro Delgadillo se acerca y contempla a sus anchas a Sandino sin saber que está mirando a Augusto Calderón.

—¿Todo esto quiere decir que ustedes nos van a matar?, ¿no se avergüenza de hacer una cosa así, capitán?, ¿no va contra lo que soñaba de niño, la valentía, el arrojo, la grandeza? —dice Sandino.

Delgadillo escapa y llama aparte al subteniente Carlos Eddie Monterrey.

—Me voy a retirar a unas veinte yardas, fuera del camino y cuando usted oiga un disparo de revólver que voy a hacer, ordene la ejecución de estos hombres —dice.

Un guardia se adelanta hasta donde los tres hombres hablan y les dice que va a registrarlos. Ellos saben que está llegando el momento. Aquellos guardias luchaban ante el condicionamiento de cumplir órdenes, dudaban, se incomodaban, veían al trío

legendario y sin pensarlo de manera específica, sentían que un día ellos serían juzgados.

—Esto es lo único que tengo, se lo regalo —dijo Estrada y le entregó un pañuelo rojinegro al guardia. Cuando le diga eso a su mujer. En su pecho un cristal se quiebra, una confusión se agita. No ve por qué hay que matar a un hombre que regala su pañuelo.

Monterrey se adelanta y Umanzor saca una cajetilla de cigarrillos “Esfinge” casi llena. “Para usted” ofrece Umanzor.

—Si tuviera un revólver ya habría disparado —comenta Augusto y se queda con las manos en los bolsillos.

A continuación les dice a sus generales: “Vamos a sentarnos, no debemos estar cayendo como payasos frente a estos pendejos”. Los guardias se colocan a tres metros de donde ellos se sientan. Es una joroba de tierra y detrás hay un muro de arcilla y piedras, cuajado de raíces lombricentas. En la oscuridad las ametralladoras apuntan. Umanzor estrecha la mano de Estrada y luego la de su general. Estrada le revuelve con un manoteo el cabello a Umanzor y luego roza la mano de Sandino. Un disparo estalla entre matorrales.

Monterrey apunta con su pistola el cuerpo endeble y la cara tosca de Augusto Calderón César Sandino y dispara. La bala no se ve, pero abre un hueco en el hemitórax derecho.

“Uj” se escuchó el pujido.

La segunda bala agujerea la sien izquierda y Sandino se re-cuesta hacia Estrada, quien lo agarra por la espalda. La tercera pega en el plexo y en ese instante la oscuridad se llena de rayones encendidos, que entran en las carnes de los tres hombres sentados. Rodaron, saltaron, se revolcaron.

“Aj uj eeeeeeuuuujjjjj” pujaban. Se resistían a gritar. La tierra se revolvía como si pelearan unas bestias en descampado.

Monterrey sacó un cigarrillo y sus dedos temblaban. Cuando encendió el fósforo, vio a Sandino boca arriba, los ojos abiertos contra la luna, y su boca sonriendo con el mismo brillo amenazante de los ojos.

Cabrerita canturreaba una canción que había compuesto para las fogatas; Masaya era un tejido de calles silenciosas y sin luz. Nunca podrían convencerlo de que cincuenta años después, allí donde estaba deteniéndose el camión, los nietos de Juan María y Rosa Magnolia cantarían, junto con otros chavales, una canción que diría: “Ya llegó el general, con su batallón... Cabrerita interpreta Una mazurkita en la mayor”.

Rosa Magnolia se ha despertado y pregunta:  
—¿Llegamos?

### **Corodiángeles**

Era como mi papá, me fui al monte con él desde que cumplí los doce años; éramos como cincuenta chavales de once a dieciséis años y nos decían el corodiángeles y también los palmanzones porque palmábamos a los yanquies y él nos enseñó a pelear y a querernos como hermanos, ¿verdad?, como un papá. Mire que lloré cuando lo asesinaron. El corodiángeles de Sandino, éramos.

Mi general era un hombre blanco aindiado, cabello negro y lacio, peinado hacia atrás, con una raya del lado izquierdo; arrechito, de un metro sesenta de estatura. Los ojos le saltaban como un águila y tenía tres dientes de oro en la parte de arriba, todos sus dientes chiquitos y blancos; sombrero stetson, grande, botas federicas que no se quitaba nunca; una pistola Parabellum pegada a la pierna derecha y se paraba así, mirando por debajo del sombrero.

Lloré cojones y anduve huyendo porque nos querían acabar a todos los sandinistas. En el dedo anular de la mano izquierda tenía dos anillos gruesos de oro, uno era de matrimonio y el otro un escudo de Centroamérica. Silla de montar colorada, una mula retinta y otra de color bayo; bebía gaseosas mi general, nada de aguardiente; pantalón bleach, un pañuelo rojo y negro con una semilla de jabillo y una calavera cruzada por dos tibias. Si le hablaban contestaba y si no, no abría la boca. Siempre parecía que se iba a quemar aquel hombre, que era como mi papá. Desde

las seis de la tarde hasta las nueve de la noche se paseaba abriendo caminitos de allá para acá y los palmanzones lo cuidábamos, el corodiángeles ahí pegado, pendiente. Dictaba cartas hasta a tres personas al mismo tiempo; tal cosa, punto; tal cosa, coma y ¡aquello!, yo me complacía de verle la gracia que tenía él y aquel coraje y enamorado de la libertad, ¿verdad? Tal cosa, punto; tal cosa, coma; y eso era el general Sandino. Hablaba con armonía muy halagüeña, era muy amistoso con todos, un hombre sabio; onde quiera que andábamos cargaba su machetito ancho, terrible, terrible, terrible, con ese machetito, ¿no?, su pistola, su capote. Se bañaba hasta tres veces al día, era muy pulcro y se vaciaba aquel chorro de agua de colonia. Le encantaba estar bien afeitado y cuidado con tocar a una mujer, con violar a una mujer, carajo, porque te fusilaba mi general. Mi papá. Tenía un guineo y lo repartía con todos, como hermanos todos.

En Wiwilí, el puerto que fundó mi general Sandino, mataron a casi toda la gente después que él murió. Acabaron con todo ahí, quemaron las casas, ensartaron a los niños, violaron a las mujeres y las cortaron en pedazos y hasta quemaron la artofónica del general Sandino, un aparato que habla como las victrolas. La noche que mataron a Sandino, también mataron en otro lugar de Managua a su hermano Sócrates, pero se pudo salvar Santos López, uno del corodiángeles que fue del estado mayor; Santos López era valiente y hombre completo, palmó a unos cuantos y huyó por los potreros hasta que llegó a El Jocote. Ahora estamos como desamparados sin mi general que era como mi papá, yo lo he llorado como a mi papá. Era mi esperanza, la esperanza de Nicaragua.

Ya no había corodiángeles, nos buscábamos, no nos encontrábamos, nos fueron matando y matando y yo me salvé aunque, anduve, anduve en alitas de cucaracha y coño, coño, coño, coño, coño, coño, coño, encuentro aquí en el viejo monte, en el antiguo campamento de mi papá, que todavía tiene sus caminitos y por ahí rodando un frasco vacío de agua de colonia

yanmarifarina, este cuerpo ahuevado, este cuerpo corrompido en sebo negro, que no se si es tuyo Cabrerita porque...

—Está engusanada y abrazada, como una calavera con dos tibias, pero suena, ¡todavía suena esa guitarra!

Y no sé Cabrerita si este cuerpo ahuevado es tuyo o de otro músico llamado como tú.

Serminia ha cumplido diez años y ha tenido que dejar la escuela primaria justo en el tercer grado. Nació en Managua y ha crecido allí, pero habla como una niña campesina, analfabeta y ha tenido que trabajar lavando ropa, lavando platos, escondiéndose del doctor, porque él cada vez que se queda solo en la casa quiere tocarle la cosita.

No es la única que realiza trabajos ajenos a tan escasa edad, pero ha aprendido que la vida es difícil. Riega las plantas y la señora le grita preguntando que si ya terminó.

—Venga que quiero que vaya al mercado a buscar unos tamarindos para hacer jugo —dice la doña.

Serminia corre al mercado, compra los tamarindos, los hombres le tiran manotones carcajeándose y ella no se detiene. Ahora le tocará fregar el piso y esa es la parte que menos le agrada, pero cuando termine sabe que descansará un poco limpiando el piano y los jarrones, contemplando la sirena de bronce y los lomos de los libros. Después podrá irse a su cuarto donde dormirá un rato, hasta que la llamen de la cocina a cortar remolachas y a tasa-jeaar carne. En la cocina todo es un caos, pero la señora casi no entra en ese lugar y ella aprovecha para meterse en la boca un pedazo de cada cosa sin que nadie se lo impida. La cocinera le tiene cariño y lo único que le pide es que espante las moscas que vuelan por encima de las verduras y de los cambures.

No te dejes llevar al cuarto por el doctor; cuando la señora sale de viaje para Corinto a buscar sus driles y casimires, sus sedas y perfumes, él aprovecha para descarriarse; no te dejes arrastrar hacia el cuarto, porque ese hombre lo ha hecho muchas veces y lo peor de todo es que después te botan y quedas sin trabajo —dice

la cocinera, una gorda de Bluefields, negra melancólica que llega hasta ahí en su respaldo.

Una vez, cuando la señora se fue a Corinto y la cocinera tuvo que salir, porque es la única que escoge bien el aceite de la cocina, el doctor de barbita la llamó para que le llevara un té de manzanilla. Asustada se acercó con la taza y el doctor la jaló y comenzó a tocarle la totona, a meterle el dedo en la rendija y Serminia cerraba los ojos asustada, pero aquello no le parecía tan malo como para irse corriendo. Afortunadamente, llegó la negra con su aceite y ella pudo escaparse de lo que vendría después. Las otras niñas jugaban en escuelas que eran el orgullo de la Managua poderosa, escuelas para niños y niñas, por separado, que podían estudiar porque no necesitaban trabajar. También los demás niños jugaban en las calles, mientras Serminia tenía que acudir al mercado en busca de mercancía o a la tienda a pedir un hilo marca elefante, de este color, para los encargos de la señora.

Una noche, el señor llegó muy tarde, sin hacer bulla y en vez de seguir para su cuarto se metió por detrás de la casa y entró a la habitación de Serminia. Empujó la puerta y no abría. Serminia estaba asustada, pero sabía que era el doctor. Si no abría tendría que aguantar lo que viniese y si abría nadie estaría allí para ayudarla. Abrió la puerta y el hombre entró en silencio. Ella se quedó parada en el centro de la pieza, y el doctor la agarró. Le dijo muy quedo que se callara la boca y le quitó el vestido. No le salían tetas todavía. Quedó desnuda, flaquita, como un cristo en la oscuridad. El hombre le metió un dedo grande y comenzó a murmurar cosas. Después le metió otra cosa, más gruesa, sin miramientos y le rompió las carnes. Serminia ni siquiera gritó. Las manos del doctor se aferraban a sus nalgas estrechas y jojotas y la rompía enloquecido.

Con la barriga como una enfermedad oscilando adelante, Serminia tendía la ropa desde el lavadero hasta el cable que atravesaba el patio. Había cumplido dieciséis años y parecía de treinta. Pasaba el día lavando ropa, haciendo comida, barriendo el

patio con una escoba hecha por ella misma utilizando ramas del monte. Su esposo era exigente, pero la quería y era un hombre bueno que solo aspiraba a encontrar la casa limpia y la comida lista. No comían mucha carne, pero se las arreglaban para que los frijoles y el queso no estuvieran ausentes de la mesa.

Serminia nunca había sabido lo que era un enamoramiento; un día el hombre le preguntó que si quería una casa y ella dijo que sí. Estaba empleada como camarera en un hospital lavando sábanas, manchas de sangre y pus, y apenas ganaba para sostenerse. Su madre había muerto hacía mucho tiempo y también dos de sus hermanas. Las otras dos vivían lejos, una en Chinandega y la otra en Colombia, un país donde aquella hermana, la más sortaria de todas, tenía, según sus cartas, una pulpería en un lugar llamado Cali.

Así barrigona, su esposo Berto Sandoval la agarraba a veces de noche y rápidamente se lo metía para luego irse a leer revistas y seguramente eso fue lo que dañó al muchachito, pero nunca quiso culpar a Berto de tal inconveniente. Su cara había permitido arrugas y rictus, y su corazón se cansaba con cualquier tarea, pero eso no la detenía. La vida generaba rebaños de durezas y amarguras y sin embargo, Serminia creía que eso era normal. Cuando tuvo a su primer hijo, apenas pasada una semana, se lavó entre las piernas y permitió que Berto se desahogara, porque le daba lástima sentirlo tan furioso en esos días. La miraba con odio y hasta sacó en conversación que una vecina le había dicho: “Caramba, usted se ve muy bien, parece que nunca le pasan los años por encima”. Y esa vecina siempre andaba a la caza de un kilo de carne, de una diversión, de cualquier cosa que significara un gusto, como una guanábana, un cochino, un pavo. Ella veía cuando Berto se desnudaba para acostarse y sentía su presión. No le importaba mucho que el niño llorase o que ella exhalara mal olor de parturienta; él quería soltar su jugo y nada más. Era justo, los hombres tienen que liberarse de eso. Serminia se lavó y se hizo la amorosa; lo besó y le dijo: “Buenas noches”, pero sin despegarse de su cuerpo, sin arroparse en la

otra orilla de la cama. Él la agarró, la besó en el cuello, le dijo que la quería y hundió su miembro en aquel pozo aguado de sangre.

Cuando murió su esposo se sintió triste, pero feliz, y decidió que con sus tres hijos tenía. Cuando ellos no estaban cerca se miraba la cara en el espejo redondo y pequeño que tenía en su cuarto y se sorprendía de que hubiera pasado tanto tiempo. Jamás había sentido placer con su cuerpo y ya no volvería a aceptar una penetración en él. La casa era un todo, las gallinas que ponían huevos constituían su felicidad. Veía crecer a sus hijos y eso le llenaba el cuerpo de una satisfacción total. Las vecinas llegaron a hablar alguna vez de la divinidad del acto sexual y ella se reía por dentro con ganas de desencantarlas, pero ese no era su punto, ya que el tiempo no pasaba en vano y sentía que había superado infinidad de obstáculos para llegar ahí. Enterró a su marido una tarde de junio. En un cajón negro con chapas de aluminio. Una chapa estaba guardada y protegida en el baúl de la casa. Esa tarde fue con sus hijos y los vecinos al cementerio, caminando poco a poco, solemnemente, hasta el hoyo cuadrado donde bajó el cajón. Se cerraba así un capítulo de su existencia. Recordó a su madre, acorralada y enferma, diciéndole que debía ir a trabajar a casa de los Alonzo, que allá la cuidarían y le darían de comer. Su madre indefensa, parada en medio de un cuarto, con las ojeras hinchadas y los dientes podridos, entregándole la partida de nacimiento y un crucifijo que la protegería de todo mal. Un crucifijo que nada había hecho por ella. Las moscas revoloteando, imitando al viento, parándose en el retrato de Anastasio Somoza y escribiendo puntos negros allí, en la gorra y la cara rubicunda. La última vez que vio a su madre viva, estaba probando una sopa de huevos y lo hacía como si tuviera que irse de su propia casa; sorbía en la cuchara y de vez en cuando preguntaba: “¿Cómo te va en esa casa?, ¿no te dije que era gente decente?” —las moscas ponían sus patitas encima de las papas, encima de la cucharilla, y le pegaban aletazos al sagrado corazón de Jesús, que veía las cosas desde lejos, a través

de las velas, con su cara de huevón de yeso, excusado de moscas, mirando y sonriendo como si a su alrededor hubiera una fiesta en la que no bailarían con ninguna mujer.

Serminia no sabe qué es el mundo, qué es la historia, ni siquiera piensa en ello. Le importa que los frijoles estén cocidos a la hora en que lleguen sus hijos.

Jamás ha tenido ganas de entregarse a un hombre. Solo una vez, para decir verdad, y fue estando sola en la casa, corrió para un cuarto y cerró los ojos mientras se tocaba la flojedad del sexo y pensaba en aquella maldita noche, cuando un palo de carne le rompió las entrañas y en algún momento sintió que era deseada.

## Capítulo II

### Tres hijos en movimiento

La señora Serminia se quedó demasiado tiempo mirando la irregular cerca de piedras y adoquines que había construido a lo largo de la semana. Tenía los labios entreabiertos y los dientes separados como si aprovechara una tregua para atrapar moscas. Estaba claro que había hecho lo posible por que su casa tuviera enfrente, como las demás casas del barrio, una barricada, pero faltaban rocas y ello se debía a que sus piernas eran unas bolsas repletas de nudosas serpientes enfurecidas, de culebrillas verdosas que se debatían por salir, várices que ya no tenían más alternativa que reventar, igual que estaba reventando todo en estos días.

Sus piernas atormentadas por preavisos de muerte, la llevaron a sentirse acorralada en un túnel de pensamientos y no tuvo más remedio que irse al cuarto de penumbras calurosas, hediondo a peos y sudores y allí comenzó a lidiar con Aarón Baldomero, el hijo mayor, el único que quedaba en casa. Aarón pretendía dormir enquistado en aquel sopor, pero la verdad es que gemía desesperadamente porque no quedaba nada de comer y esa era una de las tantas torturas que era incapaz de resistir.

Que se supiera, eran tres hermanos: Aarón Baldomero, Pompilio y Sandoval, a quien llamaban por el apellido después que el padre murió y tuvo que encargarse de la familia, porque Pompilio se había propuesto estudiar. Aarón se levantó de la cama de alambres, cubierta por un cartón y salió al patio seguido de su madre. Se detuvo olisqueando cerca de la rama de alelí y la fragancia de

las hojas pareció tranquilizarle. Cortó una ramita y la puso a un lado de su cara. La miraba de reojo mientras la señora Serminia le explicaba que ya no podía hacer más nada por él y que por lo tanto Aarón estaba obligado a buscar a sus hermanos: “Para que me vean antes de irme”.

Aarón Baldomero se hallaba aturdido porque el mismo ruido que hacían sus tripas se repetía en su cabeza y aquello de que su madre tenía que irse le daba una idea de lo egoísta que son los viejos. No podía estar contemplando a sus anchas a los hombrecillos de la rama de alelí, que saltaban como trapevistas y concentrarse en lo que amá Serminia decía. Entendía que debía salir y encontrar a sus hermanos: “Y no te metas por donde escuches disparos, pum, pum, pum”, y luego ella aseguraba que alguien, en cualquier parte, le daría comida.

Amá Serminia levantaba la voz, regañándole tal vez, insistiéndole en que se fuera. Sandoval había penetrado la red de callejones en busca de Pompilio, quien tenía varios meses sin regresar al hogar. La ciudad parecía una fiesta navideña con estallidos, columnas de humo y ya no llegaba por estos barrios el panadero con su bicicleta y la gran cesta de panes; el panadero tenía mucho tiempo sin visitar la casa y los hombrecillos de la rama saltaban histéricos.

—Repíte lo que vas a hacer —le exigió amá Serminia y Aarón con sus escasos bigotes y su cuerpo enorme se colocó por primera vez frente a su madre, olvidando momentáneamente la rama en vías de marchitez.

—Busco a tus hijos porque te vas de viaje y en la calle una persona me dará frijoles, tortilla, hígado, pan de avena y si escucho pum, pum, pum, me escondo.

Casi se ríe de ese hijo grande y ancho que, sin embargo, es el más indefenso de la familia. Aarón se dirige a la calle, pero antes, uno de sus peos ha estallado cerca de la madre. Ella le recuerda recién nacido, con sus ojos achinados, la frente estrecha, la cara gorda y el cuerpo torpe. Su esposo, un hombre que pasó la vida trabajando de barbero, sostenía que Aarón Baldomero

necesitaba vitaminas y se curaría si comía suficiente y así fue como se inició la carrera de una gordura estrambótica para un niño mongólico. Aarón desaparecía en un recodo mientras todos los rincones de la ciudad fosforecían con las detonaciones de la guerra. Ella sabía que solo un milagro podría salvar la vida de este hijo, pero era la única esperanza que le quedaba de ver a los otros dos.

La señora Serminia se sentó en el suelo a esperar la noche. Le chillaban las piernas. Sacó un Cristo que guardaba en el bolsillo de su deshilachada y sucia bata y lo besó. Repitió varias oraciones durante un tiempo que avanzaba lentamente. Después metió el Cristo en su seno, entre dos tetas aguadas y envejecidas, para que no se le perdiera, porque era el único que tenía.

Caminó como un elefante muerto de sed por el *bypass* empedrado y solitario sin toparse con inconveniente alguno. Avanzó varias cuadras hasta reconocer el cinematógrafo donde una vez su padre lo llevó y le compró una bolsa llena de presas de pollo frito en harina. Era una divinidad aquella época. Ahora el cine estaba cerrado y apedreado al igual que los demás establecimientos. Pegó la cara en la venta de pollos. Adentro se veían cajas vacías abrumadas de polvo. No había señal de sus hermanos y el hambre le golpeaba ferozmente. Más adelante vio unos cuantos trozos de carne quemada regados por la acera y sobre los abrojos de un terreno baldío. Carne hedionda, moscas verdes chocando felices entre ellas: “Uuuuummmmmmm”.

—Es un hombre... es un hombre... —balbuceó y se apartó con asco y pavor de la cabeza hinchada que zumbaba en el macadan. Si estaban matando a los hombres para comérselos tendría que cuidarse mucho, porque sabía que tenía grasa y carne suficientes encima. Anduvo más deprisa y encontró varios cadáveres chamuscados. Consultó a la ramita de aléfi y tomó rumbo al norte de la ciudad, pero los disparos y los bombazos abundaban por ahí. Decidió meterse en un solar y quedarse quieto un tiempo.

Una gata con cuatro gatitos recién nacidos le miró, acurrucada, con ojos transparentes e interrogantes.

—Después les ponemos nombres —dijo a la gata que lamía a sus cachorros. Un olor a comida hizo que se enderezara y olvidar todo lo que se debatía en la estrechez de su mente. Se pegó a la pared y caminó a lo ancho del solar. Por un hueco que presentaba un bloque de cemento y arena suelta, pudo ver a una mujer muy vieja y delgada que revolvía una olla de frijoles. Estaba sola y cocinaba con desaliento. Esa es la persona que le dará de comer, está completamente seguro y sabe que al apenas verlo ella le dirá: “Siéntate y come”, porque las mujeres viejas son así y él es sabio. He aprendido mucho estando cerca de las cocinas.

Está decidido a pedir alimento a la viejecita cuando entran de golpe unos soldados que tumban las sillas, tiran la mesa de madera patas arriba y ponen a la anciana contra la pared. Un uniformado de grandes bigotes negros le da un culatazo a la olla de frijoles y estos caen como plasta en el suelo.

En su cabeza se abre una grieta y por ella escapa todo el odio que se puede acumular hacia una persona, pero el temor a ser oído le obliga a quedarse en silencio observando la escena. Aquellos hombres son malos, se les nota y registran la casa por todas partes mientras la anciana les mira desde la pared, temblando, pero con los ojos secos y la línea de la boca fundida en una mueca sin labios. El hombre de los bigotes espesos mete la bayoneta en el cuello del vestido de la anciana y de un tirón corta la tela. Con una mano termina de quitar los trozos de ropa que cuelgan del cuerpo huesudo. La anciana andaba sin ropa interior y allí está desnuda, intentando cubrirse el escaso puñado de pelos que asoma entre las piernas forradas de pliegues. Ella ruega y el hombre pregunta por una imprenta y la mujer ni siquiera puede responder a una cosa así.

El uniformado la golpea en el estómago y la anciana cae sin quejarse. Aarón Baldomero comienza a llorar, pero se quita las lágrimas para ver lo que quizás harán también con su madre, porque al parecer los hombres verdes odian a las mujeres viejas,

por alguna razón que tiene que ver con una cosa llamada imprenta.

Se empuja un poco para ver bien lo que hace la anciana en el suelo y nota que está tirada, sin conocimiento. Un soldado se saca el pene y los demás se ríen porque está descolgado, pero en cuestión de segundos se le va enderezando y poniendo duro. “¡Vamos, cabo, demuestra que todavía tienes con qué aplacarlos!” comenta el militar que manda en el grupo y el espacio se llena de carcajadas. Después viene otro y la levanta como si fuera una niña desnutrida que se ha desmayado. “Te voy a coger como una perra” —le dice y la coloca bocabajo y comienza a darle mientras los compañeros hacen bromas y le tiran pelotas de frijol recogidas del piso de tierra.

—Son malos —murmura Aarón Baldomero y se aleja hasta esconderse en el rincón signado de chatarras, donde la gata y sus gatitos se han refugiado. Ya le preguntará a su madre respecto a las cosas feas que ha visto.

No entiende por qué la anciana se murió, “déjala ya, estás botando leche en una muerta” expresó el militar de los bigotes y ello le ha impactado más que todo el suceso, porque ¿entonces es venenoso lo que arrojan los hombres por el palo cuando este se entiesa?

Que amá Serminia no se enfurezca, ayayay, que no se ponga a pensar en aquella vez cuando lo tenía levantado y sofocado, porque después de eso fue que se murió, con el pico abierto, la gallina que amá guardaba para diciembre.

## **Un muerto más**

En mangas de camisa, Alvis Canedo se acercó al ventanal y abrió las cortinas con sigilo de figón, como si en la calle hubiera mujeres desnudas. Un sabor de jugo de guayaba subió por su garganta, pero la burbuja de gas tampoco reventó esta vez. Desde el desayuno soportaba la molestia, pero la olvidaba con facilidad porque ahora no podía calcular la cantidad de armas

que disparaban allá afuera y eso sí que le preocupaba profundamente.

Apenas a unas diez cuadras al norte de la embajada se cruzaban disparos de arma corta, de ametralladoras y de varios fusiles israelíes. Los fusiles israelíes tienen eco y se corre un grave riesgo tratando de reconocer cuál de las dos explosiones es el eco. Jamás se puede precisar la posición del tirador.

Se retiró de la ventana y volvió a insertarse ante el escritorio contaminado de carpetas amarillas y se permitió una insincera sonrisa ante la carta que había enviado a su madre ese día. Le contaba lo bien que se sentía en este país y trataba de quitarle cualquier preocupación, escribiéndole que la violencia era pasajera.

—Es una maldita guerra, otra guerra de mierda —dijo en voz discreta como si temiera ser oído por la secretaria, aun cuando sabía que ella estaba en estos momentos con el embajador, seguramente contándole que él le había prohibido hurgar en “su” archivo. Lo hizo por fastidiarla.

Guardó la corbata en una gaveta repleta de papeles y objetos inútiles; cintas usadas, relojes descompuestos, almohadillas de tinta seca, tarjetas de invitación a fiestas de otras embajadas, lápices y bolígrafos, balas 38 y 45, sin pólvora, porque su *hobby* era hacer llaveros con ellas. Esa gaveta se trababa siempre. Si la secretaria del embajador no se untara tanto maquillaje se vería mejor.

—Luego están esas pestañas postizas empegostadas de hollín —murmuró. El teléfono interno gruñó como una cigarra atrapada en un vaso de papel.

—¿Sí? —preguntó y demasiado tarde recordó que al viejo embajador le molestaba que no respondiesen reglamentariamente. Él tenía que decir algo así como “departamento de seguridad, a sus ordenes”.

“Venga urgentemente a mi oficina” gorgoreó la voz del viejo y cortó la comunicación con sequedad, como anunciando un regaño.

Canedo se levantó con desgana y cuando estaba cerca de la puerta se devolvió a buscar la corbata. “Maldita guerra y maldita corbata” expresó mentalmente. Metió la cabeza en la corbata sintiéndose su propio verdugo en la horca de los formalismos. Recorrió el pasillo cerrando el nudo de la corbata y tratando de precisar qué recuerdo le traía el olor a pino que se desprendía del piso. En la puerta de la oficina del embajador estaba Mirtha, la secretaria. Se recostaba como al borde de un desvanecimiento. Aun con dos capas de maquillaje su palidez era notoria

—¿Qué ocurre? —preguntó Alvis Canedo y ella se limitó a abrirle la puerta, cederle el paso y seguirle, con su perfume penetrante de fresas revuelto con incienso Hare Krishna. Ambos se detuvieron ante el escritorio de madera labrada y cursi detrás del cual, un anciano con una borla de pelo algodonoso encima de la cabeza redonda, se colocaba los lentes bifocales y leía un papel que le había entregado un hombre medio calvo, de patillas espesas y bigotes grandes, vestido con un traje verde brillante y una corbata ancha de rayas gruesas. La secretaria salió y regresó muy pronto con una bandeja tintineante de tazas de café.

—Él es el inspector... —presentó desmemoriado el embajador, dejando el papel bajo el peso de un sello de goma y los lentes sobre una agenda.

El inspector completó la presentación:

—Mitchel Escobar, de la policía civil.

Alvis Canedo estrechó la mano regordeta y caliente y pronunció su nombre sin sentir ninguna clase de emoción o afecto. Le pareció que había visto a ese hombre alguna vez o varias veces, seguramente en uno de los burdeles del sur de la ciudad.

—Camilo Badeschi —interrumpió el embajador— ha sido asesinado. Él ha venido a traer toda la información que la policía ha podido reunir.

La noticia fue tan sorprendente que debió dominarse para no soltar la carcajada. Siempre, ante la muerte, su cuerpo respondía con un estremecimiento y una risa indomables.

—Lo mataron de un disparo a quemarropa, pero antes, lo golpearon varias veces. Fue en su departamento. La vecina nos avisó. Es una mujer nerviosa, asustadiza, que —ustedes deben saberlo— limpiaba dos veces por semana la vivienda del señor Badeschi.

—Ya sé a quien se refiere... —aceptó Canedo. Badeschi había sido unas horas antes su jefe inmediato como director de seguridad de la embajada. Se imagina que los asesinos, o el asesino, le mataron entre las diez y media de la noche y las siete de la mañana. Se habían despedido a las diez de la noche después de poner orden en unos documentos y generalmente Badeschi llegaba a la embajada a las ocho en punto de la mañana. Ya le había parecido raro que esa mañana no llegase con su fingida urbanidad burocrática saludando y dando órdenes antes de entrar a su oficina.

—Es necesario que usted se encargue, por parte nuestra, de investigar el caso. El inspector está dispuesto a cooperar en todo. Yo hablé con él... el general y él prometieron toda la ayuda y la discreción posible. Debo notificar a mi gobierno de inmediato lo que ha sucedido. Es mejor que se ponga a trabajar pronto en esto, Canedo —expuso el viejo y Alvis Canedo captó la preocupación que saltaba como un bañista encalambrado pidiendo auxilio, en las pupilas azules del embajador. También notó cierto sarcasmo en la mirada del policía del traje brillante, pero no supo descifrarlo.

—¿Tiene usted una idea concreta respecto al homicidio? —preguntó dirigiéndose al inspector.

—No, pero quizás seamos de poca ayuda si los rebeldes continúan su avance. En Managua se multiplican los conatos de lucha, aumentan las barricadas. El ejército asegura tener dominada la situación en la capital, pero no se puede decir lo mismo de la provincia. Anoche perdimos Estela, al parecer. Ya sabe lo que eso significa.

—Por supuesto... ¿vamos al departamento de Badeschi? —preguntó Canedo tratando de no continuar la conversación que se insinuaba por el lado político.

—Cuando usted quiera —respondió el hombre y se despidió del embajador con demasiado respeto, casi con adulancia y Alvis pensó que la situación debía andar muy mal para el gobierno. “Si este tipo coquetea con mi jefe es porque intuye que pronto necesitará asilo”, se dijo intentando ser gracioso consigo mismo. Era el nerviosismo de la muerte otra vez. No pudo reprimir una risita que le pareció fuera de lugar a la secretaria, le miró reprobadamente, pero no encontró respaldo en el viejo diplomático, quien pedía, distraído, una comunicación telefónica con el exterior.

—Estaba recordando que anoche soñé con usted —le contó Canedo a la mujer, al pasar muy cerca de su vestido gris de mangas abombadas y en un santiamén supo en qué se transforma el perfume arrasante y casi sonoro que usa Mirtha, al revolverse con el de la guayaba pasada por los ácidos estomacales, un eructo le liberó de la burbuja de guayaba que flotaba molesta en sus vías digestivas.

—Cerdo —protestó ella secamente, pero Alvis ya estaba a varios metros de distancia buscando su saco, su revólver y las últimas anotaciones hechas por Camilo Badeschi en su agenda de trabajo.

“A ver si al fin sirve para algo tanta mierda escrita” pensó y se fue detrás del policía calvo y de espesas patillas, que miraba hacia ambos lados de la calle con un miedo evidente que se podía retratar; ojos saltones, sudor permanente, sobresaltos injustificados y un resoplar constante, como si quisiera coordinar el ritmo del corazón con la respiración.

“Está cagado” pensó Canedo. Y se dio cuenta de que él y todo el mundo también andaban muertos de miedo.

Por todas partes se escuchaban disparos y se encendían hogueras con cadáveres. Investigar un homicidio en esas condiciones le parecía una ridiculez, pero ya le habían dicho que ganarse el sueldo en ese trabajo era de lo peor.

## Capítulo III

### Mujeres en su salsa

Algo grande se está quemando todavía, porque una y luego otras briznas carbonizadas caen retorcidas en el brazo y la falda de Ofelia, quien deja de hurgar entre las matas, espantada de que la tarde haya llegado así de pronto, como una enfermedad. Ofelia ha mirado la mancha de carbón en uno de sus dedos y entra a la casa que se ha apagado un poco antes de que lo haga el atardecer.

Cuando el cielo del oeste es todavía un claro manchón rosáceo, anaranjado en los bordes, gris, pero luminoso en fracciones, una atmósfera violeta se cuelga entre los cortinajes oxidados, fumiga con un *spray* de sombras el comedor, oculta las patas retorcidas y talladas de la mesa familiar, opaca el brillo de la cristalería que nunca se usa y apaga los títulos dorados en los lomos de decenas de pesados libros enciclopédicos.

La noche llega alevosa, como un animal torvo, al interior de la casa que se va convirtiendo en un ropero cerrado y Ofelia se siente a salvo cuando eso ocurre porque se imagina aislada, las calles de allá afuera (piedras redondas, cascajos volcánicos, granzones polvorientos) se alejan a otros predios, se ahuyentan hacia dimensiones que no interesan y no es cerca de allí donde pasa gruñendo un vehículo, donde salen las ratas a tropezar latas y papeles con sus cuerpos pestíferos; no es allá detrás de la puerta de caoba, en el muro de bloques de cemento donde un hombre se recuesta con la respiración retenida.

Un año antes las manzanas de la urbanización olían a grama y aun de noche la tranquilidad era una preponderancia aromática de grama recién cortada. La única angustia posible era la que destilaban los amores clandestinos de las domésticas, jadeos rápidos, adioses cuchicheados, paquetitos de comida, cambiando de manos. Ahora los soldados aparecen como agitados brotes de ropas camufladas, fumando y susurrando en chatos castillos hechos con sacos de arena.

La noche avanza por encima de los cuadros; un perro de cola recta indica con el hocico adelantado el mogote donde se oculta una perdiz; varias ninfas pierden sus largas cabelleras en las penumbras, pero sus senos tienen luz propia y siguen allí; un grabado muestra a un dragón lanzando fuego; saltan los últimos resplandores de cientos de piezas de plata, de bronce, de cristal, de fantasía; una espada duerme en la pared y una alfombra roja acepta los pasos de Ofelia.

El jardín de la alfombra crece en flores puntiagudas cuando ella enciende una lámpara y al accionar el suiche de la bombilla central, una mujer tirada en el piso ríe y entre sus piernas va dibujándose un hombre que en el impulso sexual derrama un ánfora de vino.

Nunca se sintió alterada por esa escena, tal vez porque el hombre parece inofensivo, sin ardor; solo da la impresión de estar jugando con la hermana.

Sin embargo, no deja de pensar, cuando mira la alfombra vieja y cursi, en la soltería de ella y su hermana. Ignora ciertamente si se ha debido a un problema de frialdad, de asexualidad, pero respecto a su hermana está consciente de que se trata de un terror incurable a ser penetrada.

Lo sabe porque Amanda se lo confesó años atrás, cuando hablaban de hombres y de matrimonios. Amanda le dijo que había visto una mañana muy temprano a sus padres desnudos. La madre estaba acostada, abierta, y el padre arrodillado apuntándola con un pene enorme, amoratado, envuelto en venas hinchadas y la

vagina de la madre era pequeña y muy rosada. “No pude ver más de ahí, pero me pareció sencillamente espantoso”.

—Amanda —llama, encaminándose por la escalera hacia las habitaciones de arriba.

—¿Estás dormida, Amanda? —pregunta sintiendo un miedo trepidante, un miedo solitario y demente, porque siempre está pensando que su hermana va a quedarse muerta en una de sus siestas vespertinas. Inclusive, ahora le parece más factible que falle el corazón de Amanda ya que la agitación de los últimos días ha sido toda una antesala de desdichas. Han vivido semanas de truenos, explosiones, disparos, muertes, noticias alarmantes, cadáveres quemándose en las avenidas. Ella ha podido dedicarse a regar las plantas del jardín, un jardín cagado de perros, y esa actividad le ha hecho bien. Amanda, en cambio, ha permanecido encerrada insultando a la humanidad, aunque en realidad los insultos van dirigidos al recuerdo de Rosario Aquino, quien la mandó para el carajo y le dijo que ya no habría servicios domésticos en Managua. Lo que más le dolió a Amanda es que Rosarito le tiró el suéter azul antes de irse, diciéndole: “A mí no me hace falta que me paguen con ropa usada” y eso ya era el colmo de la ingratitud.

Por si fuera poco Agustín tenía varios días alejado de la casa y las dos hermanas no se explicaban qué estaba sucediendo con su hermano. Él las acostumbró mal porque las llevaba y traía para las compras, para diligenciar documentos o para ir a misa. Agustín escogía cuidadosamente las fiestas y reuniones a las cuales tenía que ir con ellas. Generalmente se trataba de recepciones en cancillería o de saraos en algunas embajadas. De vez en cuando acudían a los brindis que se organizaban en la casa de gobierno, un palacio con cabezas emplumadas, cuyo entorno bullía ahora de soldados y vehículos blindados.

Amanda se tornaba tiránica con los años y se desenvolvía como si fuera la dueña de todo. Su hermano Agustín era un hombre extraño, melancólico, que en algunas ocasiones le había parecido, “Dios me perdone”, bastante afeminado, pero entre

las pocas amistades cercanas que tenían se le conocía como un amante reservado a los lujosos prostíbulos de la clase alta. Los tres conformaban una familia de bebedores de té y de conversadores enfermizos que caían irremisiblemente en el pasado. Agustín había cumplido cincuenta años; Amanda tenía cincuenta y uno años años y ella cuarenta y dos. No se atrevía con esos cuarenta y dos años encima, a contemplarse desnuda en el largo y alto espejo del baño, pero cuando estaba apenas cubierta por una delgada y transparente dormilona, se observaba con placer, con orgullo, porque su cuerpo era apetitoso y su cintura se mantenía estrecha y fuerte. Gimnasia y cremas. Natación y cremas.

Le gustaba masturbarse. Pensaba en ello y sentía deseos de hacerlo; pero esperaba siempre a que Amanda se quedara dormida y Agustín estuviera lo más lejos posible de la casa. Averiguaba cuánto iba a tardar, como si fuera su marido y tramara un engaño.

A solas en el baño, desnuda y templada, se tallaba suavemente con los largos dedos de la mano derecha untados de crema y paulatinamente comenzaba a moverse hacia adelante y hacia detrás; se tocaba las nalgas apretadas y se introducía poco a poco un dedo en el ano con ternura desdoblada y las piernas se le cansaban, pero todo se le olvidaba al iniciar un rosario de quejidos, de resoplidos, de sonidos que se retuercen dentro de su cuerpo hasta que tiembla y suelta el orgasmo que le empapa los dedos y hace que recupere la visión de los mosaicos del baño y el agua de la ducha cayendo solitaria encima de la bañera.

Ofelia ha terminado de subir las escaleras que se entorchan en el recodo final como una serpentina y dan paso a otra alfombra, azul y espesa que ahora suelta un polvillo de abandono. Antes de tocar la puerta del cuarto de Amanda piensa en Agustín y se pregunta por qué ha estado tan nervioso en los días recientes, si ha dicho que pronto podrán salir del país. No es usual que se muestre tan descuidado con su aspecto, la barba le crece, no se pone corbata y ni siquiera se molesta en cubrirse la calva con el cabello que acostumbra peinar como una lamida de sien a sien.

—Entra —dice desde el fondo de la habitación una voz quejosa y autoritaria, adolorida y cruel. Un vaho de olores a medicamentos intrascendentes, mentolados la mayoría, golpea su nariz junto con el calor encerrado de la habitación.

—¿Abro la ventana, Amanda? —pregunta en el tono más conciliador posible, pero sabiendo de antemano la respuesta.

—Si te molesta el calor no entres.

—Es que me parece que necesitas un poco de aire puro... —explica sentándose en la orilla de la ancha cama, fabricada quién sabe cuántos años atrás con bronce y pino.

—¿Qué has sabido de Agustín?, ¿cuándo vendrá?, ¡aire puro!, ¿tienes los ojos fritos?, ¿no ves, no escuchas los disparos? —exhala en un ronco desafinado de cuerdas vocales atrofiadas, la mujer cuya piel arrugada se mueve como las dunas cuando las llamas de varias velas encendidas al pie de una imagen moldean su cara.

Amanda se sienta en el centro de la cama y por un reflejo que la acompaña desde la adolescencia, se lleva un pañuelo a la boca y tose. Es flaca, pecosa, de senos derretidos, brazos como palos secos y ojos grandes que muestran bolsas llenas de líquido, ojeras degeneradas en ampollas.

—Agustín no ha llamado. Me comuniqué con cancillería y me dijeron que estuvo en su oficina durante el mediodía de ayer, pero no ha regresado.

Al parecer pidió un permiso para ausentarse. Estará bien... sabes que hace intentos para sacarnos del país y eso no es tan fácil, ya no hay muchos vuelos y está el problema de las visas... —dice Ofelia por decir algo.

—Creo que de esta no salgo —se queja Amanda y ratifica su actitud tosiendo secamente y hundiéndose luego en una almohada suave y demasiado grande para su cabeza.

Ofelia estuvo a punto de responder con la ya muerta frase, “no digas tonterías, estás llena de vida y nos haces mucha falta”, que Amanda espera escuchar cada vez que dramatiza, pero en ese instante suena el teléfono en la mesita llena de medicinas que está al lado de la cama.

—Debe ser Agustín —asume Ofelia con voz esperanzada y no puede llegar primero al teléfono, Amanda se estira como un arquero de fútbol, con fiera agilidad. Sin un saludo previo pregunta: “¿Dónde te encuentras?” de manera automática su agresividad se pasma en un gesto de alarma. Se ha dedicado a oír lo que le están diciendo, intercalando monótonamente, “ujú”, “aja”, hasta que cuelga sin pasar el auricular a su hermana. Después tarda un largo minuto en recostarse como si se estuviese arrojando con su alma.

—Agustín dice que tardará unas horas en volver. No debemos empacar. Nos llamará para decir si vamos a una embajada o si habrá otra salida.

—¿Qué otra cuestión trató Agustín?, te has puesto pálida, ¿quieres un té?, ¿te preparo leche caliente con miel?

—Agustín me informó que han matado a Camilo Badeschi...

Ofelia murmura: “Dios mío” y como siempre, cada vez que una emoción fuerte la conmueve, siente deseos de orinar.

—Ahora vuelvo, Amanda. Te traeré un té de manzanilla —dice y casi corre en dirección a la escalera. Cuando está en la mitad de la espiral se oye un tiroteo muy cerca de allí. Cada vez más cerca.

“La situación empeora” piensa y decide orinar en uno de los baños de arriba.

Alvis Canedo no se pegó demasiado al carro castaño y cuadrado del policía llamado Mitchel Escobar, porque tenía un faro rojo encima y los carros oficiales eran un objetivo bastante apetecido por los francotiradores. Aunque estaba acostumbrado a lidiar con homicidios, porque ese había sido su trabajo antes de ser trasladado al servicio exterior de su país, Canedo quería más que nunca vivir al margen de cualquier gesto de violencia humana. Trabajar en una embajada, conociendo otra nación y a seres humanos distintos a quienes le rodeaban en su ciudad natal, le resultó al principio alentador e interesante hasta que vio los

mismos líos que en todas partes y de paso el estallido de una revolución.

Mira por el retrovisor constantemente sin saber por qué, ya que casi no queda movimiento automotor en Managua. No solo le parece ridículo el empeño de averiguar quién mató a su exjefe en un contexto donde cada día es una cosecha de cadáveres, además, no le atrae en lo más mínimo la historia que pueda haber detrás de ese homicidio, porque se imagina que Badeschi quiso aprovechar la situación, tal como lo han estado haciendo otros funcionarios de diversas embajadas que compran con pocos dólares automóviles lujosos, joyas y otros bienes, a la gente que quiere salir en volandas hacia Estados Unidos, Panamá, Costa Rica, Venezuela y otros lugares. Se imagina que Badeschi se metió en un negocio espinoso con la clase media alta, con un millonario o con alguien de mucho poder y recibió un tiro de propina.

De todos modos tendrá que sacar una conclusión concreta y contentar al embajador para que este a su vez satisfaga al canciller. Ya no le parece divertido andar con una placa y un revólver haciendo preguntas que finalmente no le traerán felicidad ni éxito.

Ser policía no es como en las películas y ni siquiera aprendió bien el kárate. Mucho menos ha podido conseguir amores pasajeros y placenteros como los héroes cinematográficos, las mujeres reales han perdido la onda y no parecen interesadas en gente como él. Cada mes se siente en peores condiciones y ahora se le ha pegado la costumbre de soplarle entre el hueco de las manos para oler su aliento y le resulta imposible saber si anda con la boca hedionda o si todo marcha perfectamente. Se sopla las manos desde la vez que la eficiente secretaria del embajador le llamó discretamente para decirle: “Me vas a perdonar, pero tienes un mal aliento espantoso”. A él no le quedó más recurso que decirle, desmoralizado que había pasado el día con dolor de garganta.

No había gente en la calle; flotaba la sensación de que aquello era un estadio desierto, fuera de temporada. Vio que el carro del policía se estacionaba frente al edificio Lucania y él lo hizo unos metros antes. El inspector Escobar le esperaba en la puerta metiéndose bien la camisa, pero la barriga se resistía a que el intento fuese exitoso. Sin hablar se acomodaron en el ascensor, que chirriaba y subía con mucho esfuerzo. Unos policías uniformados vigilaban el pasillo del piso donde vivía Badeschi y un hombre tomaba fotografías sin mucha disciplina. Canedo esperó a que el fotógrafo terminara su trabajo para agacharse y mirar de cerca al funcionario que apenas unas veinticuatro horas antes le dijera entusiasmado “Dentro de unos días me iré a casa y ya no tendré que preocuparme por tantos muertos en las aceras”.

Le había comentado que tenía una hija a punto de graduarse en arquitectura y pensaba montar una empresa constructora con ella. Badeschi era abogado y policía de carrera. Ahora estaba en el piso, con la calva grasosa tiñéndose de un tono plomizo. La boca entreabierta dejaba ver unos dientes cortos manchados de nicotina. La chaqueta de lino blanco se había ennegrecido con la sangre y uno de los ojos era una bola hinchada. Su frente mostraba moretones y el labio inferior estaba partido. En una mano tenía varias rayas finas de sangre seca como causadas por alambres o por las garras de un gato.

—¿Lo hallaron en esta misma posición? —preguntó sin saber a qué se debía su pregunta, porque no había nada de raro en caerse muerto bocarriba con un tiro en el propio corazón.

Antes que Escobar respondiera, Canedo metió su mano derecha en uno de los bolsillos del pantalón de Badeschi. Sintió el muslo endurecido y como recién sacado de un refrigerador.

—Ya lo registramos y solo encontramos unas monedas sueltas y sus documentos de identidad. Parecía a punto de salir hacia algún lugar cuando lo mataron, porque estaba recién vestido... sí: lo encontramos en esa misma posición que usted lo ve —señaló el policía.

Canedo se paseó por el departamento y vio que todo estaba fuera de lugar; habían realizado un registro a fondo hasta el punto de tirar al piso de la cocina todo el contenido de los pots incluyendo el azúcar.

—¿Qué buscarían con tanto afán? —se preguntó y Escobar murmuró—, “¿qué coño sería?” Y casi inmediatamente ordenó a un policía uniformado:

—Llame a la señora Paredes, agente.

El uniformado salió sin decir palabra y luego se escuchó cuando tocó unas dos puertas más allá, en el mismo pasillo. Una voz femenina quejumbrosa repetía “ya voy, ya voy”. Casi podía adivinarla secándose las manos en un delantal.

—La señora Rosa Paredes hacía la limpieza y a veces le cocinaba al señor Badeschi —explicó Escobar. Canedo no la conocía, pero varias veces Badeschi la había mencionado en la embajada.

Alvis miró a la mujer con cierta pena y trató de disculparse adelantando un gesto que ella aceptó con una presentación de “Rosa Paredes, señor, para servirle”, que hizo inclinando un poco la cabeza y sin estirar la mano. Ella intentaba ignorar el cadáver, pero sus ojos se iban de reojo hacia la calva gris y la sangre coagulada. “Se la tiraba, Baschi se la tiraba, de eso no hay dudas”, pensó Canedo, aun cuando aquella mujer carecía de atractivos y ya no era joven, pero conocía a Badeschi y sabía que metía el pene en cualquier mujer que lo dejara hacer y esa parecía sumisa.

—Era un hombre muy amable —dijo Rosa Paredes con las manos enlazadas por delante.

—Lo sé —apuntó Canedo— ¿Cuándo fue la última vez que usted habló con él?

—Ayer en la tarde. Me tocó la puerta y me pidió que le planchara una camisa blanca de cuello duro... esa que lleva puesta... me dijo de nuevo que se iría a su país y que deseaba ofrecirme trabajo allá, en su casa. Le gustaba la comida que le hacía y siempre alababa la manera como le planchaba sus camisas.

—¿Aceptó usted el ofrecimiento de Badeschi?

—Estaba pensándolo. Soy una mujer sola y no tengo ataduras aquí, pero no me gustan los aviones. Jamás he subido a uno y eso me ha hecho pensar mucho las cosas.

Unos hombres con camilla entraron y le preguntaron al inspector Escobar si se podían llevar el cadáver. Asintió y mientras lo levantaban, la mujer preguntó en voz apagada si era conveniente lavar el piso. El inspector miró a Canedo y respondió: “Estaría bien”. La mujer se puso a llorar en silencio, gimoteando y Canedo aprovechó para pedir su teléfono a Escobar. Este a su vez le pidió el teléfono a Canedo.

—Me gustaría estar en contacto con usted —manifestó Escobar y Alvis Canedo devolvió la expresión, señalando que se mantendrían estrechamente informados.

—Si quiere podemos tomarnos unas cervezas mañana en alguna hora disponible —dijo, y el inspector aceptó—: “A las seis de la tarde” añadió y quedaron de acuerdo.

El cadáver de Badeschi bajó por el ascensor y la señora Rosa Paredes se fue a buscar los utensilios de limpieza. Canedo y Escobar se fueron hacia la calle y hablaron un poco antes de subirse a sus respectivos autos.

—Hay cada vez más disparos en la ciudad —dijo Canedo y Escobar se pasó un peine por las patillas.

—Muchos son del gobierno, pero no le quito que la situación está cada vez peor. Ya casi no hay ley aquí, con excepción de la ley de los proyectiles.

—Esta mañana vi una muchacha muerta cerca de la estación de radio, ya usted sabe, *bypass* Este.

—Sí: yo la vi también. Un tiro en la boca.

—Le habían cortado los senos.

—¿Se dio cuenta?, eso es terrible.

La señora Rosa Paredes ha bajado y los está mirando con unos ojos bordeados de arrugas y opacos como culos de botella.

—¿Quiere decirnos algo? —pregunta Escobar.

—No, no; sigan conversando ustedes —dijo ella y se internó otra vez por la sombría escalera que la había traído hasta la puerta del edificio.

—Pobre mujer —murmuró Canedo.

—Yo creo que el difunto se la cogía —chismeó Escobar.

—¡Qué mal pensado! ¿Por qué no nos bebemos esas cervezas ahora mismo, o tiene miedo de tanta bala?

—Si usted paga no tengo inconveniente.

—Vamos a bebernos las últimas cervezas de este país —dijo Canedo y el patilludo sonrió apenas, pero le pareció acertada la apreciación de las cervezas y dijo que no quería perderselas.

Rosa Paredes los estaba viendo desde arriba y cuando se fueron susurró a alguien “ya no están”.

Agustín se miró un poco en el espejo retrovisor y le pareció que su calva tenía más pecas. “Son como salpicaduras de barro”, pensó. No se había podido afeitarse en los últimos dos días y se veía viejo y asustado. Mientras intentaba no perder de vista el carro pequeño que estaba siguiendo, se sacó un moco duro que le estorbaba en el hueco izquierdo de la nariz y se sintió miserable.

En el carro que parecía un ácaro viajaba Alvis Canedo y se dio cuenta de que aquel hombre se estaba dirigiendo hacia el Hotel Intercontinental. Allí le sería difícil hablar con él, pero tenía que intercambiar algunas palabras urgentemente con aquel sujeto. En una reunión de cancillería alguien le dijo que Canedo parecía mediocre y endeble, pero que, sin embargo, era de una inteligencia insoportable y Badeschi le manifestó en otra ocasión que Canedo tenía intuición, “aunque no se puede confiar demasiado en alguien que solo se deja guiar por sus pálpitos”.

Sabía que aquel hombre iría directamente al bar del hotel. Afortunadamente a esa hora de la tarde el bar es un lugar solitario. Los corresponsales extranjeros se adueñan del ambiente en la noche. Miró su Rolex y el oro le hizo sentir seguridad

momentánea. Entró al estacionamiento al ver aparcado el Honda de Canedo y a toda prisa se dirigió a las grandes puertas de cristal. De allí buscó la semipenumbra del bar. En el hotel se respiraba aire refrigerado y olía a revistas nuevas, a maletas de cuero, a alfombras limpias. La atmósfera roja y sedante del bar estaba vacía; en la barra no había nadie. El barman cortaba unos limones y la música ambiental dejaba escurrir un cruce de piano con saxo barítono que se derretía y fluía buscando oídos para rellenarlos con una paz ficticia.

—Un martini, Jacinto —dijo como saludo al barman.

Este ensayó un rostro de alegría y le respondió: —Buenas tardes, doctor, ¿aceitunas negras?

—Para mí un cubalibre —dijeron detrás de Agustín. Era Alvis Canedo. Agustín Torrespino se volvió y le saludó.

Antes que comenzaran a hablar sentados en la barra, llegó un tercer personaje que a Canedo le pareció conocido, pero no recordó en ese instante dónde le había visto.

“El doctor Torrespino se ha cagado al ver a ese hombre” meditó, completando tal meditación con una semisonrisa. El recién llegado era un hombre bajito, de lentes redondos, chaqueta beige y camisa a rayas.

—¿Cómo están Ofelia y Amanda? —preguntó el hombrecillo con voz suave.

—Bien, bien. No le he visto más por casa, ¿cuándo tendremos el honor de cenar con usted?

—Ando ocupado... Un día de estos. Tome, cóbrese —dijo. El barman miró a Torrespino y aceptó el gesto de no cobrar.

—Yo pago, no se preocupe, le debo una invitación —dijo Agustín, y el hombre de los lentes redondos se bajó del taburete y se despidió indicando que en cualquier momento llamaría.

—Me interesa hablar con usted un asunto de importancia. Deles mis saludos a sus hermanas...

Después que salió, Canedo se dirigió de sopetón a Agustín Torrespino para reclamarle:

—¿Me venía siguiendo?

—Sí. Espere a que se aleje más el barman.

—¿Un cigarrillo?, creo que ya está suficientemente alejado de nosotros.

—Gracias. Es suave esta marca de cigarrillos. Sí: le he seguido porque tengo necesidad de hablar algo de gravedad con usted, pero no puede ser aquí.

“¿Será maricón?” pensó Canedo, mientras disfrutaba el paso del trago fresco por su garganta.

—¿Quiere que nos veamos en mi oficina?

—No, no, las embajadas están muy vigiladas estos días. Preferiría que nos encontrásemos esta noche a las once, en un sitio que ya le fijaré por teléfono una media hora antes. Tendrá que estar en su oficina, ¿podrá usted hacerme ese favor?

Había miedo, mucho miedo en aquellos ojos. Canedo dijo que sí con la cabeza. Agustín llamó al barman y le pagó las bebidas. Canedo se quedó sentado ante otro vaso de cubalibre.

—El gordito de lentes, ¿es periodista, Jacinto?

—No señor... es...

—Cinco daiquirís para la 405... esos periodistas extranjeros beben como demonios —dijo una voz femenina en ese instante. La muchacha uniformada derrochaba maquillaje, pero su rostro era un poema al hastío y casi ni se fijó en Canedo. El barman sirvió las bebidas y las colocó en una bandeja.

La mujer salió y Canedo admiró el trasero saltón.

—Hum... buena hembra...

El barman secaba un vaso. Canedo le entregó varios billetes y le dijo: “El cambio es tuyo”.

—¿El gordito?, ese es el padre Narciso Palomares, el que ha estado preso varias veces —apuntó el hombre de la chaquetilla roja.

Canedo se fue al estacionamiento, encendió el motor, salió de allí, puso una cinta de música caribeña y fue entonces cuando soltó la frase que bajaba y subía en su garganta:

—¡Un cura comunista en la sopa!

A las ocho de la noche apenas quedaba un guardia en la embajada y una recepcionista que recibía las llamadas telefónicas y los télex. Canedo flojeaba recostado en un sofá fumando y pensando. Aunque le dolía todo el cuerpo de cansancio se hallaba satisfecho porque sentía que la muerte de Badeschi había sido causada por un factor que se perfilaba y se notaba a leguas, pero no deseaba adelantar juicios, tal vez porque en el fondo acariciaba la idea de beneficiarse un poco.

Ese factor era dinero. Se movían vastos capitales en aquella confrontación bélica. Había investigado lo suficiente respecto a Agustín Torrespino y se intuía un hombre de transacciones dudosas; seguramente Badeschi fue contactado para servir de puente y sacar dólares del país o para mover hacia alguna parte una fuerte cantidad y creyó que podía apropiársela. El asunto era, ¿dónde ocultó ese dinero? Ni en el departamento de la víctima ni en la embajada pudo hallar indicios, pero presentía que ese era el caso.

Se quedó medio dormido unos minutos y allí estaba, pequeño otra vez, leyendo suplementos de Gasparín. Su hermana pedaleaba la rústica máquina y pasaba la aguja curva entre los hilos negros que en poco tiempo se convertían en alpargatas tejidas. A veces la ayudaba, pero no le gustaba mucho porque se sentía mujercita cada vez que pedaleaba, no podía evitar moverse de la misma manera que lo hacían las mujeres en ese oficio.

Su madre y su hermana pasaban horas acumulando docenas de alpargatas tejidas en verde, negro, rojo y blanco y mientras realizaban esa labor hablaban de Jorge Negrete, de Pedro Infante, del negro José del Carmen que había regresado del ejército “tan buenmozo y de punto en blanco” José del Carmen olía a colonia fuerte y cargaba un álbum de fotografías del ejército en las cuales figuraba siempre en grupos de soldados. Se había dejado los bigotes recortaditos como Jorge Negrete o cualquier mexicano y se pasaba el peine con deleite por el cabello aceitoso. Sus camisas nuevas y sus pantalones de dril y de casimir fueron decayendo y cuando no consiguió trabajo tuvo que irse a recoger papas como

los demás. En esos días solo comían papas fritas, sancochadas, asadas, papas con huevos. Llegó un día en que su hermana no quería ni hablar con el negro José del Carmen y entonces él se dedicó a beber y a poner discos en una rocola dos cuadras más allá. “La pobreza es fea como el coño” decía José del Carmen y una mañana apareció muerto al lado de su bicicleta, envenenado con veneno de ratas. Tenía los dientes manchados de veneno de ratas y parecía estarse riendo de las hormigas.

Sonó el teléfono y pegó un salto.

—Soy yo —dijo Agustín Torrespino. —Nos podemos ver en la estación de gasolina que se encuentra en la vía que lleva a Jinotega. ¿Le parece razonable en media hora? —preguntó y cortó la comunicación. Apenas Canedo le dijo que sí. Se tomó un café negro antes de salir y meditó un poco en torno a si se llevaba o no el revólver. Decidió que era preferible andar armado.

Cuando llegó a la salida de la ciudad un grupo de soldados se le atravesó en el camino. Vieron la placa del Cuerpo Diplomático y de todas maneras le pidieron documentación. Perdió diez minutos en esos trámites y luego se lanzó por la oscura carretera bordeada de altas arboledas frías detrás de cuyas sombras se oía un rumor de arroyos. Pronto alcanzó a ver las luces opacas y amarillentas de la estación de gasolina. Un bombillo rojo se balanceaba encima de los surtidores y tres o cuatro bombillas de pocos vatios se mecían con la brisa y el peso de las mariposas nocturnas. No vio ningún coche en la estación aunque era la hora fijada por Agustín. Se detuvo frente a uno de los surtidores y llamó, pero ningún empleado apareció. Pequeños sapitos como chispas de mierda saltaban de los charcos de agua sucia y aceitosa. No veía a nadie en la oficina del cuadrado edificio. Un fuerte olor de orina mezclada con gasoil fungía de espíritu del lugar. Los sanitarios públicos estaban más iluminados que el resto de la edificación debido a unas lámparas fluorescentes a punto de desprenderse. La puerta de la oficina se abría y cerraba con los golpes de viento que bajaban de la montaña donde crecían abandonados los cafetos.

Canedo pensó que en los sanitarios podía haber alguien escondido y entró con el revólver en la mano. El hedor le sacudió el olfato. Todo estaba manchado de excrementos; el agua fluía desde los tubos agujereados y se pegaba como una tela a los mosaicos que alguna vez fueron blancos. Salió al exterior y acercó el rostro al vidrio polvoriento de la oficina. Miró a través del letrero “Texaco”, pero solo había llantas amontonadas, cajas de repuestos, latas de aceite y algunos stop de carro que enrojecían la oscuridad. Un camión viejo pasó quejándose por la carretera.

—¿Quién anda por ahí? —preguntó hacia la oscuridad donde escuchó un movimiento. Un hombre vestido con un overol azul manchado de grasa y barro salió de unos matorrales y se acercó a la luz con cara de pánico.

—Estaba en el monte... no me gustan los sanitarios... los lavan una vez a la semana... ¿desea gasolina? —dijo sin apartar los ojos del revólver. Canedo guardó el arma y le preguntó:

—¿Ha visto otro vehículo por aquí esta noche?

—Voy a revisarle el aceite a su motor —comentó el hombre y levantó el capó con un movimiento rápido. Sacó y hundió la varilla de medición. Las piernas le temblaban. Canedo pensó que no había escuchado su pregunta, pero el hombre ya estaba respondiendo: “¿Un carro?, no señor, usted es el primero que se detiene desde las nueve de la noche”.

—¿Tiene teléfono?

—No —contestó el hombre y el capó retumbó en la soledad de la noche cuando lo dejó caer.

Canedo sacó varios billetes y se los extendió al empleado. El hombre se quedó observándolo subir al auto. De pronto se asomó a la ventanilla y murmuró:

—No pregunte nada más, señor, ni repita lo que le voy a decir, yo estaba realmente en el monte y cuando regresaba apresuradamente escuché el motor de un carro que se detenía. Inmediatamente llegó una camioneta y varios hombres se llevaron al conductor del carro que había llegado antes. Uno de ellos se llevó el carro pequeño y siguió a la camioneta. No vi violencia

ni intercambio alterado de palabras, señor, pero estaba claro que lo secuestraban.

—¿Por qué cree que lo secuestraban?

—Porque eran compitas, señor... guerrilleros y el hombre parecía un pesado, un gobernero.

Decidió regresar a Managua y apenas giró para irse de allí escuchó una motocicleta encendida y vio por el espejo retrovisor que el empleado de la gasolinera se iba a toda prisa en sentido contrario.

Tendría que contarle a la policía lo del secuestro.

Todo aquello le asustaba. Decidió que se arriesgaría menos.

“A mí no me van a despellejar gratis” pensó y encendió la radio para oír música. Lo único que se oía era la estática llena de grillos, igual que la noche y la camisa se le empapó de miedo.

Deseaba llegar a su habitación para dormirse y soñar con su infancia.

Aceleró porque a lo lejos aparecieron las pocas luces de Managua.

## Capítulo IV

### Aarón tiene hambre

Aarón Baldomero andaba abierto, como descosido; gimoteaba cansado de caminar a través de patios y corrales; los pies se le habían hinchado, le dolía el pecho y tenía las rodillas raspadas de tanto caerse. Todo el mundo se había ido a alguna parte, solo encontraba gatos, perros, ratas, sapos, cucarachas, grillos. Se comió todas las hojas de una mata de ciruela, pero el hambre le haría hervir las tripas con ácido.

Mientras más avanzaba hacia las barriadas de mayor miseria, peores cosas veía. Encontró a un anciano durmiendo en el interior de un caballo de bronce que alguna explosión había arrancado de su pedestal. El viejo parecía un feto acurrucado en el cascarón de la estatua y no quería salir por más que Aarón Baldomero lo llamaba.

Se sentó a ver al anciano y a llamarlo, quejándose y últimamente, cuando el sol se ocultaba, le lanzó puñados de tierra hasta que escuchó que venía un camión. Aarón Baldomero se levantó y como pudo se metió en un autobús abandonado al lado de un taller también abandonado y creyó entender al anciano del caballo cuando se abrazó a sí mismo y se quedó quieto. Era un camión de soldados, porque gritaban y cantaban la misma canción. Aarón sintió que pasaron de largo y se asomó un poco para verlos. Detrás venían otros camiones y se acostó de nuevo. Se orinó en los pantalones y se mantuvo sin moverse hasta que la noche era totalmente negra.

Salió del autobús con ganas de regresar a casa, pero llamó a Sandoval por si este se encontraba cerca.

—Zandová... Zandová... —dijo y comenzó a llorar con hipo. Caminó sin saber hacia dónde se dirigía y al final de una calle vio una fogata. Pensó. Pensó mucho sobre qué hacer. Entonces, mientras pensaba, sintió que le ponían una mano pesada en el hombro izquierdo y una luz le alumbró la cara.

—¡Tus papeles de identidad! —le gritó un soldado y no sabía qué significaba eso, pero cuando quiso alejarse de allí otros dos soldados lo habían agarrado fuertemente y lo arrastraban hacia la fogata.

—Es un mongólico, chocho... —comentó un hombre sentado y acto seguido lanzó la carcajada.

—¡Los van a condecorar por ese prisionero! —agregó el hombre y se revolcaron de la risa cuando Aarón Baldomero se quedó mirando la olla de cocido.

Cuando tienes hambre una olla de cocido es algo inimaginable, significa tener un poco de hogar y de protección a la mano. Todos comían y no dejaban un plato para él, hasta que un militar de más edad dijo “denle comida al muchacho, es inofensivo” y le dieron un perol lleno, pero sin cuchara. Eso no le importó. Bebía y masticaba casi al mismo tiempo y se chorreaba el pecho, la barbilla, la barriga. Cerraba los ojos y comía con tanta prisa que enseguida estuvo vacío el perol. Quiso dar las gracias, a su manera, pero no vio por allí al hombre de más edad. Algunos soldados se habían puesto de pie y fumaban; otros hacían guardia con fusiles y ametralladoras. Uno dijo “Tenemos un culo grande para esta noche” e intuyó que bromeaban a costa suya, y sintió miedo porque recordó lo que hombres así hicieron a una anciana.

Un soldado limpiaba la ametralladora y Aarón Baldomero descubrió que una parte de su cabeza aprendía eso rápidamente. Era muy fácil, como armar, desarmar y volver a armar un rompecabezas.

Quería irse de allí, pero no se atrevía y se puso a ver hacia el cielo todo el tiempo que pudo aguantar la cabeza en esa posición. La mayoría de los soldados comenzaron a dormir, mientras unos cuantos montaban guardia en completo silencio. De pronto sonó un silbido y una pequeña explosión y todos despertaron y se tiraron al suelo. Aarón se quedó parado sin saber qué hacer y vio un soldado recostado a un montón de ladrillos que resbalaba y se caía temblando. Un caos siguió después y las balas sacaban chispas de los adoquines mientras una gritería se adueñaba de la oscuridad. Varios soldados corrieron y se subieron a un camión que lograron arrancar mientras otros corrían hacia cualquier lugar. El sargento pedía a gritos que disparasen, pero solo su arma respondía al ataque y Aarón vio cómo el sargento se arrastraba por el suelo y se iba hacia una zanja y en vez de volver a disparar, aprovechó para perderse en la negrura.

Desde las casas en escombros continuaban disparando y Aarón Baldomero se agachó como si intentara buscar hormigas. Tomó una ametralladora y más adelante encontró otra. Del bolsillo de un soldado muerto sacó dos cacerinas porque sabía con precisión inaudita que esas cajitas de metal eran importantes y sin tomar muchas precauciones se fue caminando en bajada hasta encontrar un solar entintado por la noche. Allí se acostó pegado a un resto de pared y trató de oír lo que decían aquellos hombres que disparaban. Poco a poco el silencio dominó la atmósfera y llegó una hora en que un perro ladró y otro perro le respondió. Más tarde se quedó dormido y apenas logró reconocer el canto de un gallo lejano. Las ametralladoras se calentaban con su cuerpo y se sentía tan bien como en las viejas noches de Navidad, cuando descubría un regalo sencillo y mágico bajo la cama.

Soñó, soñó y siguió soñando hasta que miró claramente a sus hermanos esperándole cargados de panes. Estaba protagonizando una película en la que todos esperaban verlo disparar sus ametralladoras. Subió una colina en su caballo y se acercó más a sus hermanos. El caballo se detuvo, no quería continuar, parecía agotado y tuvo que bajarse. El animal no podría cargarlo más,

se había abierto en dos por debajo y en su interior un anciano en forma de feto le observaba. Ojos sin gelatina, ojos abiertos y sin brillo. Era un anciano agujereado por las balas. Tenía un agujero de bala en una mejilla y con las dos manos se agarraba el estómago.

Dos guardias rasos y un teniente estaban allí cuando despegó la cara ensalivada de los periódicos que le servían de cama.

No sabía nada de nada, apenas que Managua era la capital y que en los últimos años había sufrido procesos de hambre de todo tipo, desde el hambre escueta y cruda de alimentos hasta la necesidad de consumir información. Sin embargo, aquellos hombres no creían en nadie y después de dos semanas de estarle golpeando y sacándole las uñas con tenazas, seguían insistiendo en preguntarle secretos que no poseía.

—Párate, Sandoval —ordenó el teniente, quien se quedó con la boca entreabierta. Un diente de oro hacía el papel de sol en un atardecer nicotinado.

Estaba completamente desnudo y sentía un exasperante dolor de costillas, pero se levantó como pudo. Los guardias lo empujaron hacia un rincón del caluroso lugar y le ataron las muñecas al tubo que sobresalía del bajo techo, haciendo gárgaras de aguas negras.

Cada guardia agarró una pierna y le abrieron como si quisieran fabricar una A muy ancha. Le anillaron los pies al piso; apenas podía moverse. Cerró los ojos un segundo y se esforzó por regresar al vientre de su madre, por devolverse hasta el instante en que era solo una baba diminuta metida en un óvulo, pero al abrir los ojos vio que un japonés o chino o coreano o vietnamita entraba al soporífero recinto, llevando con esfuerzo un perro grande, color mostaza agarrado con las dos manos por el collar.

—Mirá, Sandoval —dijo el teniente—, ese perro tiene hambre de varios días. Si hablas se lo llevan de aquí.

Uno de los guardias se acercó y le untó con una escobilla un líquido espeso en los testículos y el pene. Su olfato no le engañaba, era manteca de cerdo.

Pasan las horas, los días, las noches, y el perro encerrado en una jaula siente que los ácidos hacen hervir sus tripas. Va de un lado al otro, gime, se echa, se levanta, cada músculo pide alimento, cada víscera se trastorna; un mandato de la naturaleza que viene desde los tiempos más remotos impide que se coma a sí mismo, pero los miles de perros que han reencarnado en él exigen carne fresca.

Sandoval siente vergüenza por el miedo que le hincha el corazón, pero no puede hablar y antes que piense una palabra, cualquier palabra, el oriental ha soltado al animal y casi sin transición el montón de músculos y pelos erizados ha llegado hasta sus piernas. Se detiene a olerlo y levanta la cabeza buscando la manteca de cerdo que brilla en los testículos. La respiración caliente del animal le produce una reacción de asco y terror. Trata de patear al perro, pero solo sus rodillas se mueven levemente.

Sin previo aviso, como una inyección, los colmillos del perro se clavan en su sexo y le abren la piel. Alcanza a ver la cabeza grande de orejas agudas halando hacia los lados, tironeando a la presa, arrancando trozos de carne y testículos, la sangre manchando orejas y hocico. Una negrura infinita de dolores no le impidió escuchar por última vez aquel masticar por todo el piso.

Una manada de lobos arrastrando y masticando un conejo, un pájaro, una res.

—Sáquenlo de aquí —ordenó el teniente.

Costaba sostener al perro. Lamía, se quejaba, pensaba en la comida suficiente de cuando era un cachorro, el año pasado. Quería aullar y esa noche lo iba a hacer. Aullaría.

Dios le dice a Sandoval que se vaya. En un pozo negro e infinito Dios hace señas apresuradas para que Sandoval salga sin que los demás se den cuenta. Pasa un siglo saliéndose del cielo y abre los ojos en el preciso momento en que la claridad aparece.

¿Desde cuándo estoy en este hospital? Desde hace cuatro días. Te trajeron los de la Cruz Roja. Te hallaron desangrándote en un basurero de la carretera norte.

¿No ha venido nadie a buscarme?

No, ¿quién te va a buscar si por donde quiera que pases hay heridos, muertos, gente corriendo, gente huyendo, gente peleando? ¿Por qué estás tú aquí? Me dieron un tiro en la espalda. No sé quien fue. ¿Qué opinas? ¿De qué? De lo que está sucediendo. ¿Quieres un cigarrillo? Sí. Creo que nos están jodiendo demasiado. ¿Quiénes? ¿Quiénes van a ser?, ¡los que te arrancaron los huevos! ¿Cómo dices? Que te arrancaron los testículos y todo lo demás. ¡Dios mío!, ¡eeeees mentira!, ¡es mentira! ¡ES MENTIRA! Cálmate maje, ya pasó. Conozco a muchos que han pasado por eso. ¡No vengas con mentiras! ¡Vení a ver, vení a ver si tengo huevos, desgraciado!, y hace señas Sandoval, de manera frenética hacia el otro paciente, pero no se atreve a jalar la sábana ni a tocarse entre las piernas. Lloro con los ojos apretados y comienza a llamar a Dios con la mente, pero el viejo del pozo profundo no aparece y el otro paciente grita pidiendo a la enfermera que venga con un calmante para Sandoval que repite sin cesar “vení a ver, vení a ver, vení a ver que sí tengo huevos”.

—¿Desde cuándo estoy en el hospital?

—Desde hace cuatro días. Te trajeron los de la Cruz Roja. Estabas desangrándote en un basurero de la carretera norte.

—¿Ha venido alguien a buscarme?

—No, ¿quién te va a buscar si por donde quiera que pasas hay tiros y heridos y cadáveres y ambulancias?

—Y tú, ¿por qué estás aquí?

—Me dieron un tiro por la espalda. No sé quién fue.

—Vos, ¿qué opinás? —¿De qué?

—De lo que está pasando.

—¿Querés un cigarrillo?

—Sí.

Yo también quisiera uno. Me dieron un tiro por la espalda, pero peor te ha pasado a ti y a otros que conozco. ¿Cómo fue que te quitaron los huevos?

Sonaba como si aquello estuviera masticándose una tortuga pequeña o unos huevos de pollo y la sangre me caía a los pies. Dios no quiso alojarme, las moscas volaban en la oscuridad, el cielo tiene moscas ¡vení a ver lo que me hicieron! ¡vení a ver si tengo huevos!

Dios hace al guardia, al perro, al civil, a las mujeres, hace las plantas y las moscas, fabrica sueños y pesadillas, construye cerros y guerrilleros, bombas y aviones, caramelos y elefantes, cigarrillos y médicos, Dios no puede con su propio desorden.

—Pónganle una inyección a Sandoval. Por favor. La sábana se ha manchado de sangre. Cree que tiene los huevos en la mano, pero es un montón de esparadrapos y adhesivos.

La enfermera se queda mirando al hombre enloquecido de dolor.

—Qué lástima, y tan buenmozo —opina.

La vida era así: nos levantábamos temprano en la casa. Mamá comenzaba a cocinar para que Pompilio fuera al liceo y yo pudiera llegar a la cigarrera a tiempo y con algo en el estómago. Aarón Baldomero no puede estudiar ni trabajar. Se quedaba con nuestra madre ayudando en lo que podía. Pompilio se metió en un grupo de teatro y leía mucho. Estando en tercer año de bachillerato, siempre con dos pantalones y dos camisas nomás, ya hablaba de profundidades, de filosofías, de política. Yo trabajando en la fábrica de cigarrillos cortando el tabaco con una máquina que todo lo convierte en virutas finas. Lo que yo ganaba apenas era útil para comer, pero vivíamos con eso y esperando algo mágico, tú sabes, un aumento de salario, un premio de lotería o que más tarde Pompilio pudiera ser universitario, pero esto era más difícil que pegar la lotería.

Al lado de la casa había una familia que tenía cinco hijas y yo estaba enamorado de una de ellas, la del medio. Cuando me levantaba a las cinco de la mañana veía por la empalizada cuando ella entraba al baño y luego salía fresca, preparada y lista para su trabajo en una oficina de venta de repuestos de carros. Bella. Solo me saludaba. Una vez me di cuenta de que me miraba mientras yo me afeitaba la cara en el patio. Ponía el espejito en un árbol y me pasaba la hojilla con la mano, así sin máquina.

“¿No te cortás?” me preguntó. En ese instante, por verla, sí me corté.

—Cuando usted me ve sí que corro peligro —le dije, y se fue con una sonrisa.

Ella se peinaba mucho rato, se arreglaba la cara, se vestía bien y una vez, cuando yo me dirigía al trabajo a pie, porque caminaba de ida y vuelta como quince kilómetros para no gastar en el autobús, se detuvo un carro y era ella con un hombre. El carro era del hombre. Olían bien los dos. “Suba, que lo llevamos” dijeron y por una vergüenza dolorosa no me negué, pero no pude hablar mucho con ellos. El hombre llevaba corbata y era muy pulcro; me lo presentó como su novio y dijo que trabajaban juntos y que él sería gerente muy pronto. Dije que me dejaran en una esquina y nos despedimos. El hombre saludó con la mano derecha, con mucha elegancia y desprecio, casi inmediatamente la besó y arrancó.

Nunca iba a tener un carro como aquel. Ni me importaba demasiado. Mi madre hace unas tortillas muy buenas con huevos de tortuga y un café que te quedas con los ojos ensimismados. Eso es lo que más extraño y los consejos tontos de ella. Siempre ha creído que podíamos ser personas con más oportunidades y se pasaba los días reparando nuestra ropa, sobre todo la de Pompilio, a quien yo le entregaba semanalmente los pesos de las horas extras para que sostuviera sus estudios.

—¿Dónde está Pompilio?

—Es guerrillero. Algo así.

—¿Es o no es?

—Desapareció. Decían que había organizado un comando urbano junto con otros compañeros de liceo. Yo salí a buscarlo, a ver si lo encontraba para que fuera a la casa, al menos una vez más: la vieja se está muriendo. No lo he visto. Buscándolo fue que me detuvieron y me torturaron preguntándome cosas que nunca supe.

—Por fin, ¿no conseguiste nada con la vecina?, ¿se casó con el hombre del carro?

—No sé, no la he podido ver más. Desde que se desató esta guerra jodida no sé más nada de la vida.

El padre Narciso Palomares meditaba encerrado en uno de los muchos escondrijos que tenía a su disposición por toda la ciudad. Mantenerse fuera del alcance de los aparatos de seguridad no era su mayor preocupación, pero prefería dormir cada semana en un lugar diferente.

Pensaba en Agustín Torrespino y el cigarrillo que fumaba le sabía a tabaco viejo. Él había confiado en Agustín Torrespino para hacer una transferencia de dinero, cinco millones de dólares en billetes grandes que debían entregar a un vendedor de armas.

Conocía a Torrespino desde la época del liceo y gracias a esa amistad había logrado su colaboración con la revolución en asuntos menores. No era un revolucionario, pero sí un hombre que jugaba a dos bandos y Palomares lo utilizaba cada vez que podía. Esta vez, por su trabajo en cancillería y sus posibilidades de moverse sin interferencias, le había confiado un maletín atiborrado de dólares que ahora no aparecía por ninguna parte.

Agustín parecía en verdad asustado y confundido, pero repetía el mismo cuento cada vez y al padre Palomares eso le sonaba a hueco. Explicaba que había confiado en un amigo, Camilo Badeschi y que este aceptó guardar el dinero.

“Le dije que ese dinero era de la familia y que una persona de confianza lo iba a sacar hacia Estados Unidos. Me creyó. Era

un hombre muy amigo de la familia, y después de eso no lo volví a ver con vida. Lo mataron para robarlo. Alguien sabía que yo tenía ese dinero y que lo llevé al apartamento de Badeschi” manifestó Torrespino. Parecía verdad. También sonaba a plan mal fraguado.

Palomares no encontraba una salida. El dinero tenía que aparecer y él era responsable ante el aparato clandestino de hallarlo.

Ahora se movía detrás de toda la investigación aquel policía extranjero con quien debería hablar para que no enredase más las cosas.

Por poco le pide a Dios una mano. Sonríe ante tal pensamiento. Cuando era liceísta y formaba parte del grupo que integraban Ofelia y Agustín Torrespino, se tornaba fastidioso en ocasiones con su vehemencia religiosa y filosófica. En los bailes se pegaba de las paredes, a mirar y analizar, como indiferente ante su tiempo juvenil, y todos le llamaban “el beato”. Ofelia se insinuaba y las demás muchachas se atrevían a jugarle bromas que nunca pondrían en marcha ante otros jóvenes. Sin embargo, esos recuerdos le agradaban. Tal vez porque ellos no pudieron materializar lo que soñaban y se habían detenido en un punto, mientras él proseguía hacia una meta que probablemente no vería, pero que flotaba allí, frente a sus instintos, de su espíritu, de su existencia, como una razón de vida. Dios era un proceso fragmentado, un ir reuniendo hechos y posibilidades a lo largo de un camino, cuyo premio mayor era mantenerse con vida y con razones para vivir.

Muchas veces pensó que se había hecho sacerdote y luego revolucionario porque era un hombre frío, sin pasiones sexuales. Su cerebro parecía un yugo del sexo, casi nunca llegó a sentir deseos de penetrar a una mujer, de acariciarla, de tocar esas áreas tan magnéticas como los senos, las piernas, las nalgas, el sexo. Últimamente experimentaba un cambio: a los treinta y seis años de edad, no transcurría una noche de soledad en la que pudiera dormir apaciblemente sin llenarse los sentidos con el cuerpo vibrante y cálido de Ofelia. Una fijación. No necesitaba cerrar los

ojos para verla, estaba en sus pupilas dispuesta a atormentarlo. Sus piernas de muslos fuertes y largas pantorrillas; sus caderas suaves, sus nalgas abombadas rebotando una contra la otra; su cintura fina; sus cabellos moviéndose como un animal.

Ella había ocupado el hueco que dejó Dios en su pecho.

Una erección diabólica le perseguía.

## Capítulo V

### Balas son recuerdos

Era de noche cuando Sandoval llegó a León con Chepe García y Arcadio Largaespada. El autobús se detuvo cerca de la catedral, cuya estampa había visto tantas veces en la reproducción que mostraban las cajas de fósforos. Sandoval sentía una emoción no exenta de temor, pero ya no quería regresar a Managua. El recuerdo de aquella ciudad estaba saturado de locura, cerraba los ojos y apretaba los dientes, mordiendo la invisibilidad de un quejido. Tendrían una reunión a las ocho de la noche y Arcadio Largaespada iba adelantado porque era quien conocía la dirección.

Una señora gorda se mecía en una vieja silla mecedora ante la puerta de la casa que buscaban. “Allá adentro están” fue todo lo que dijo sin ver a nadie y señaló un oscuro pasillo entre matas y tablas de carpintería.

Dos mujeres jóvenes y dos muchachos muy delgados esperaban.

—Falta el comandante... llegará pronto —dijo uno de los jóvenes y todos se sentaron en silencio después de las presentaciones. Cuando llegó el comandante, un hombre con cara de indio que hablaba con claridad y optimismo, todo parecía fácil. Les entregó revólveres calibre 38 y varias cajas de proyectiles. Hablaba sobre la necesidad de buscar armas largas y de fabricar bombas caseras para detener a los tanques y los camiones de la Guardia.

Para Sandoval era como un murmullo que no penetraba totalmente en su cabeza. Insistía en recordar la mejor época de su

vida. Un grupo de trabajadores de la fábrica de cigarrillos viajó un fin de semana a la playa. Desde Managua a esa playa había una distancia que se recorría en tres horas y algo más. Fueron en dos carros y vieron algunas vacas en la orilla de la carretera. Él iba en el carro que conducía la secretaria del departamento de contabilidad, una muchacha seria, de ojos grandes y cabello negro, que casi nunca hablaba de ella misma.

Todos le decían que ella se fijaba en él, pero nunca se había dado cuenta y pensaba que se trataba de un chiste a costa suya. La playa era pequeña y ese fin de semana tenía pocos visitantes. Era una orilla con unos pocos metros de arena y varios kilómetros de rocas erizadas de pequeños cangrejos. Un río de poca agua caía en el mar, después de lamer las raíces de un bosque de árboles pequeños y nudosos que el viento jorobaba con un silbido malévolamente y constante.

Un restaurante oloroso a pescado frito era el único establecimiento que se levantaba en la playa. Detrás se oxidaban las casetas de baño. Los tres días que estuvieron en aquella playa durmieron al aire libre, cantando, hablando de cualquier cosa, y casi siempre viendo el amanecer pegados a una fogata. Las botellas de ron hundidas en la arena. Todos andaban de novios menos él y la secretaria de contabilidad. De pronto, a mitad de una conversación las parejas se esfumaban y quedaban ellos solos sin saber qué decirse. Ella le miraba con los ojos grandes y sedosos, pero su boca no sonreía ni se mostraba dispuesta a la más mínima intimidad.

El segundo día, por la tarde, estaban los dos sacándose la arena en las casetas de baño. Él escuchaba su voz, al lado, tarareando una canción. Salía poca agua y ella le preguntó: “¿Se está yendo el agua o es que mi ducha funciona mal?” y él respondió: “Hay agua en cantidad”.

—¿Quieres hacer el favor de abrir más esta llave? —se oyó su voz en la vecindad. Los demás se hallaban lejos, en la desembocadura del río.

Él salió rápidamente, con el corazón acelerado, pero sintiéndose ridículo porque solo se trataba de un favor puro y simple. Ella abrió la puerta de su caseta y allí estaba desnuda. Vientre plano, piernas sólidas, senos pequeños, y ojos grandes, asombrados. Intentaba cubrirse con las dos manos, pero no era posible. Él se quitó el traje de baño y ambos se miraron unos minutos. Después, sin decir nada, sin cambiar una sola palabra, se acercaron y se besaron. Ella abrió un poco las piernas y él la tocó entre los labios, estaba húmeda; creyó que sería fácil, pero intentó penetrarla sin que se diera esa sincronización fascinante. Su pene se resbalaba aunque casi gritaba de tiesura; ella tenía los ojos cerrados y se quejaba en voz tan baja que podría confundirse con el murmullo de una ventana a medio cerrar movida por la brisa.

—Soy virgen... —dijo ella. Y él estuvo a punto de reír ante tal afirmación. Ella no se quejó cuando finalmente la penetró. La sangre, poquita, afiebrada, bajaba por sus muslos en delgados hilos y ambos se movían como tímidos o con todo el tiempo del mundo, sin violencia, hasta que el orgasmo llegó para él.

—Sandoval, ¿qué te pasa, maje? —dijo Largaespada.

Sandoval retornó a la reunión. Ya el comandante se había ido. Arielca María, una de las jóvenes, pidió concretar los días y sitios de reunión, para darle continuidad al trabajo. Largaespada, el encargado de dirigir las operaciones del pequeño grupo, se opuso, alegando que era peligroso adelantar fechas y lugares. Cada uno se fue perdiendo en el interior de la noche calurosa. Sandoval fue dejado en manos de Arielca María. “Dormirás en la casa de la compañera” ordenó Largaespada.

Era una casa de barro y tejas muy estrecha, más bien el pedazo de una casa más grande que había sido dividida por un propietario deseoso de vivir de la renta.

Arielca María preparó frijoles con arroz y plátano verde. Trajo un plato para Sandoval.

—Vos, ¿no comés? —preguntó el joven.

—A esta hora no.

Ella se acostó en el suelo, sobre un petate y solamente se cubrió el pecho, aunque llevaba una camisa de hombre sobre una gruesa franela. Hacía un calor abochornante y pensó que la joven estaba enferma. Se acostó también en el piso de tierra. Era una casa sola, abandonada por los familiares de la muchacha. Se habían ido a Costa Rica llevándose lo que pudieron.

—¿Hace cuánto tiempo estás en el frente? —preguntó Sandoval.

—Un año y cuatro meses.

—¿Estudiabas?

—Sí.

—Yo no. Pensaba estudiar de noche, pero tengo que esperar a que mi hermano llegue a la universidad. Será después que pase todo esto.

—Tú no tienes conciencia todavía, ¿verdad?

—¿Conciencia de qué?

—De lo que es una revolución.

—No. Sé que si no cambiamos las cosas vamos a estar peor, aunque ya no hay nada peor para mí.

—¿Por qué no te duermes?

Arielca María le exigió eso con una voz que le hizo sentir pena, que hundió su mente en un hervidero de pensamientos. Era una voz de ruptura, como si fueran un matrimonio separándose.

Antes de dormirse volvió a hurgar en aquel fin de semana en que la playa abrió una posibilidad sentimental y física. De regreso a Managua la secretaria del departamento de contabilidad, apenas si cambiaba palabras con él, pero antes de despedirse le dio un beso largo y le dijo algo en el oído que él no entendió. Jamás se atrevió a preguntarle qué cosa era.

Desde esa vez, cuando podían, iban en el carro de ella a algún sitio para comer o simplemente para ver un paisaje. Recorrieron todos los parques de Managua y ella se resistía a volver a hacer el amor. Podían pasar dos y tres horas besándose, tocándose, pero nunca cedía. Una tarde ella aceptó ir a un motel. Era viernes.

Un motel descascarado y alejado de la ciudad. Ambos miraron asombrados el tamaño de la cama, pero no hicieron comentarios; la cama ocupaba todo el cuarto prácticamente y a un lado había un pequeño baño. Se acostaron y comenzaron a besarse. Sandoval pensaba inicialmente en que no llevaría completo el salario a su casa, pero el deseo era demasiado intenso.

La desnudó, ella deseaba ser poseída; él se desnudó también. Ella se quedó con las piernas cerradas y le dijo “tengo la menstruación”. Le respondió que eso no importaba. Hicieron el amor de todas maneras. Ella se sentó sobre él y cuando subió con demasiado ardor, un ramalazo de sangre le empapó el ombligo y los testículos.

Era una mujer tímida y realmente bonita, pero demasiado silenciosa. Sandoval se ha quedado dormido y sueña con ella. Morena y dulce, callada y sin coherencia. La última vez que se vieron, ella le dijo: “Chúpamela” –apartando el rostro, con vergüenza.

Él le preguntaba “¿así? ¿quieres que te la chupe así?” y ella asentía con los ojos cerrados. Fue la única vez que la escuchó gemir con fuerza.

—Súbete, mételo, que voy a tener un orgasmo –le apuntó como si le planteara un caso profesional, pero temblaba, se estremecía. Fue un gran momento, el mejor de ambos.

—Ahora si sé lo que es un orgasmo. Leí mucho sobre eso, pero hoy es cuando consigo saber cómo es. Me siento mujer. ¿Cómo te sientes tú? –le interrogó sin dejar de mirar el ventilador del techo.

Sandoval, dormido en León, repitió lo mismo que aquella tarde de motel:

—Asombrado.

La noche pasaba por encima de los cuerpos y de todo lo que yacía. Sandoval continuó soñando hasta que llegó la madrugada y se escuchó llorando. Un perro ladró en el confín de las esquinas. Arielca María estaba cargando agua hacia la cocina. Se dispuso a levantarse para ayudarla y se dio cuenta de que la

muchacha andaba en franela, sin más ropa que esa larga franela. Sudaba mucho y la franela se le pegaba al cuerpo. En vez de senos tenía dos cráteres rotos, dos volcanes de carne trunca. Conocía eso, los guardias cortaban los senos a las mujeres que detenían.

Tocó el revólver y sintió ganas de acabar con su vida. Pero eso no serviría de mayor cosa. Cerró los ojos para no incomodar a la muchacha.

Ya no pudo hacer más nada con sus recuerdos.

“Vení a ver...” era todo lo que se oía en la oscuridad de su mente.

En la embajada, al apenas llegar, le dieron un mensaje. La señorita Ofelia Torrespino deseaba hablar con él. Que la llamara por teléfono tan pronto arribara a su oficina. Algo urgente. Canedo amaneció ese día intentando especificar si era miércoles o jueves. Sentía los brazos y las piernas tan pesados que se tocó los huesos y supo que alguien los había rellenado de cemento. Al mismo tiempo su espíritu, su alma, su sangre, sus sentimientos, sus instintos y todo lo que en su interior representaba el engranaje de la voluntad, estaban fundidos. No deseaba moverse, ni quería continuar trabajando en ese caso ni siquiera en esa embajada. Solo anhelaba dormir, vivir en una playa el resto de sus días, sin masticar, sin moverse, sin tener que asumir una actitud o tomar una decisión. Alimentarse de sol, aire, murmullos de mar.

Era demasiado largo y falso el camino a recorrer, le faltaba conversar con Ofelia, con el sacerdote aquel, con Rosa Paredes y después de eso elaborar un informe cuya extensión no valía la pena. Era preferible escribir una novela en vez de llenar cuartillas con un informe que tendría que complacer a demasiada gente menos a él.

Deseaba renunciar y de hecho cargaba la carta de renuncia en el bolsillo, pero este trabajo no funcionaba de esa manera.

Tendría que pedir a cancillería un cambio y después de eso, buscar un justificativo serio para no continuar en funciones. Era una carta de renuncia sin fecha que había escrito hacía varios meses y tenía a mano cada vez que se sentía como este día.

Antes que llegara el embajador y preguntase cómo iba todo el rollo, prefirió mover su cuerpo de cemento y dirigirse a la casa de las Torrespino. No quiso llamar por teléfono. Prefirió sorprenderlas.

—¿Por qué no llamó antes? —fue lo primero que Ofelia Torrespino le preguntó apenas abrió la puerta de la casa.

—Usted dijo que era algo urgente y en estos tiempos las líneas telefónicas están congestionadas, intervenidas o muertas. Si no desea verme entonces doy media vuelta y me voy. No tengo demasiado interés en hablar este miércoles.

—Es jueves. ¿Aprendió a comportarse así en la escuela de policía?

—No. Me molestan los ricos y mucho más si son mujeres apetitosas.

Ofelia pareció a punto de mandarlo a comer mierda, pero él se dio cuenta de que jamás diría una palabra vulgar frente a un hombre. Ella le comentó que Amanda se encontraba delicada de salud y por lo tanto no bajaría.

—Estaba a punto de desayunar, ¿me acompaña? —preguntó y él aceptó porque esa mañana apenas había probado café. De pura flojera.

Sentados ante una pequeña mesa en la propia cocina, Canedo le contó que había sido citado por Agustín Torrespino para una conversación que al parecer era de suma importancia, pero todo terminó en un secuestro. Ya Ofelia lo sabía porque la policía se lo había notificado. No podía creerlo, ¿qué les interesaba de Agustín?, no era un alto funcionario de gobierno ni le conocían como enemigo de los revolucionarios. Nunca había sido amigo, pero nadie podía decir que era un antirrevolucionario. Agustín se caracterizaba por ser un hombre apegado a su

club, a los juegos de mesa, a las grandes fiestas, a tomar el sol en una piscina. Nada más.

—Nunca se conoce a la gente... —intercaló Canedo. Intentaba ser un tanto cruel e incrédulo con la finalidad de deshacerse de la fascinación que aquella mujer batía como alas ante sus ojos. Era una aristócrata hasta en la manera de morder las galletas, que untaba con mermelada sin casi ponerle mermelada, mientras él se llenaba de huevos, jamón, queso, jugo de naranja y café. Aquella mujer madura estaba hecha exclusivamente para el amor físico y, sin embargo, no parecía haber dado vía libre a ningún hombre; eso se notaba. Sus carnes se mantenían frescas, electrizadas; su cintura era angosta y tensa. Todo aquel cuerpo se quería escapar del vestido, enloquecido por la tribu de orgasmos que ya no tenía más territorio para expandirse. La tribu de orgasmos concentrados en ese continente femenino pugnaba por la libertad. “Superpoblación”, pensó Alvis Canedo y no pudo evitar una risita que le hizo derramar un poco de jugo de naranja.

—¿Le parece gracioso lo que está sucediendo? —preguntó ella molesta. Canedo se avergonzó por su conducta y le explicó que se reía de algo que no tenía que ver con el caso que les interesaba.

Inventó un chiste, algo que supuestamente había ocurrido en la embajada, pero no era gracioso. No para Ofelia Torrespino.

—Mire, señor Canedo, mi hermana Amanda está muy mal de salud y quiero que mi hermano aparezca pronto. Lo he llamado para decirle que él y Badeschi preparaban la salida de todos nosotros hacia Venezuela y de allí iríamos a Nueva York sin mayores inconvenientes. No sé por qué en estos momentos no estamos fuera del país, pero todas nuestras joyas fueron empaquetadas por Agustín y entregadas al señor Badeschi. Quien lo mató se llevó todo y nos dejó en la ruina. Eso no importa ahora, lo único que nos interesa es que Agustín esté con vida y pueda regresar a casa.

—¿Qué podría hacer yo en ese supuesto?, seguramente no podré detener al criminal o a los criminales en este estado de guerra y mucho menos recuperar esas joyas que usted menciona.

Si no puedo hacer tales hazañas, ¿cómo haré para que su hermano vuelva a casa sano y salvo?, ¿por qué le han secuestrado?

—Le he mencionado algunos aspectos para que tenga una idea más clara de lo que pudo ocurrir, pero no...

Por unos segundos pareció quebrarse, estuvo cercana al llanto. No lloró, ni siquiera se aguaron sus ojos.

—¿Conocía mucho a Badeschi, señorita?

—Estuvo en casa varias veces. Él y Agustín se encerraban horas a beber y charlar. No sé de qué hablaban, pero a veces jugaban ajedrez.

—¿Quién más aparte de ustedes sabía que Badeschi guardaría?... ¿dijo joyas, usted? Bien, ¿qué otra persona tuvo conocimiento de ese acuerdo?

—No sé, creo que solamente el señor Badeschi y nosotros.

—Es una lástima que hayan perdido esas joyas... ¿valían mucho?

—Lo suficiente para rehacer nuestras vidas en el exterior.

Ella jugaba con el tenedor, trinchando reseco fragmentos de galleta y juntándolos en el rincón de un plato. No parecía dispuesta a seguir hablando; su alma había logrado robotizarla: el cuerpo quedaba pendiente de llevar y traer el tenedor, mientras el alma se alejaba revoloteando quién sabe hacia cuáles espacios. Ni siquiera se daba cuenta de que tenía las piernas demasiado abiertas. Al fondo brillaba una seda plateada. Bragas de seda plateada.

Canedo se despidió y el robot dijo adiós sutilmente con un giro de tenedor.

Rosa Paredes habla con su gato. Un gato pequeño y rayado como perdiz que permanece fundido de amor como una estatua en el regazo de la mujer.

—Él me hizo ver que se volvía loco por mis guisos.

La mano acariciaba largamente el lomo encorvado sacando solidaridad y aprobación de la vibración ancestral que en un

fluido eléctrico se deslizaba por el canal de la falda y sensibilizaba su estrecho y conservado sexo a través de los vellos rizados.

—Una vez me prometió llevarme a su país. El gatito cerraba y abría los ojos adormilados.

—Era tan gentil...

Los ojos cansados de la mujer se endulzaron tanto que la vida revoloteó en el aire cálido de la habitación; un susurro, un rumor. La luz del mediodía besó aquel rostro, lamió sus poros, acarició las leves arrugas. Un motor a lo lejos, las hojas de los árboles tocándose más cerca, el corazón de ella aquí mismo bombeando una miel de angustias.

Qué recuerdo tan grato el ser asaltada de pronto por la certeza de que nació en Masaya. Masaya tiene un volcán propio. Si llueve, los alrededores del volcán se cubren inmediatamente con una nube amarilla que ahoga a los seres humanos. Está al rojo vivo siempre. Por ahí se baja hasta el infierno, pero nadie se ha atrevido nunca a hacerlo porque es una gruta hecha con brasas enormes.

Hay un lugar llamado China por donde sale el vapor del volcán, pero eso no significa que el infierno esté en China sino que los terrenos del diablo están entre Masaya y China. Las mujeres de Masaya son quienes acuden más a la iglesia. De niña lo supo porque no faltaba a la misa de seis ni a las misas dominicales. Las mujeres son quienes más solicitan la protección de Dios. Durante años Dios ha estado en más contacto con ellas y por eso se maneja con mayor habilidad en el mundo doméstico. Ellas le piden milagros para la salud, para el amor, para los animales y a veces para vengarse de alguien que maltrata la existencia femenina.

Cuando el hombre se digna acercarse a Dios para plantearle un caso político, deportivo, económico, consigue poco. Por supuesto que las guerras estallan fácilmente porque la maldad de las guerras no es femenina, es masculina y los hombres llegan a consultarle en ese último instante, en que ya no hay mucho que hacer. Dios está arreglando una licuadora en ese momento

o aprendiendo un nuevo punto de tejido; quizás suavizando un llanto de desolación o asistiendo a un parto solitario.

Las guerras se acaban si las mujeres toman parte obligada en las confrontaciones. Dios tiene pavor a quedarse solo, sin esos platos dulces, esos embarazos incomprensidos, esos dolores de corazón de las mujeres insatisfechas aferradas a la cocina y al lavadero, y hace que la guerra termine para bien o para mal.

El volcán de Masaya tiene una particularidad; lo intuyó y aprendió desde que era niña: concede un deseo a la persona que consiga una pluma de loro o perico en sus alrededores. Se toma la pluma y se deja caer en el volcán. Todos se interesan en un volcán así porque se puede dominar el mundo con solo tener a mano una cantidad respetable de plumas verdes.

—Una vez pedí un deseo, ¿sabes que encontré una pluma grande?, la dejé caer y dije entre mí: “Quiero sinceridad”, porque mi abuela decía que la sinceridad es el amor de los amores.

El gato duerme y sigue generando ondas eléctricas que se sumergen como anguilas invisibles en el cauce de la falda rumbo al pubis.

Rosa Paredes suspira quejosa y solicita hablar con Dios.

—Teníamos que matar a ese hombre. Nos mintió tanto, ¿no?, y tan gentil.

## Capítulo VI

### Esa revelación

Camina, camina, camina, baja por una quebrada seca, se pica los brazos cruzando un alto pajonal, se tropieza con un montón de botellas empolvadas habitadas por cucarachas ahogadas en líquidos ambarinos oscuros, amarillos, empozados. Está amaneciendo y se agacha para entrar por el hueco de una cerca metálica. Desemboca en el patio de una casa como nunca hubo una: grama, plantas, un estanque en cuyas aguas flotan hojas de almendros amostazadas por el verano. Una ventana tan grande como un cielo le muestra la levedad de su rostro encima de ramas, de haces de luz, de muebles cubiertos por sábanas blancas. Una mosca parada en el vidrio desde el lado de adentro tiene por barriga una cápsula de pasta blanca y mueve sin cesar la extraña boca como si besara enloquecida su propia imagen. Aarón Baldomero empuja y la ventana no se abre. Toca con los nudillos y nadie se aparece. Se han ido. No queda nadie. Apenas una mosca que no ha podido salir.

La mano pesada se redondea en un puño y golpea el vidrio; la mosca no se mueve, ¿está pegada?, ¿está dormida?, ¿va a parir mosquitas allí mismo? Aarón mete la mano y no sabe hacia qué dirección debe mover un gancho que evidentemente mantiene cerradas las hojas, pero muy pronto el gancho abandona su actitud intransigente y las dos grandes hojas de madera y cristal se desplazan para que pueda entrar. Cerca ha visto un bidón metálico y mientras lo mueve se pasa la lengua por los labios agrietados pensando que ahora sí que hallará comida, porque en esa

casa tiene que haber muchos alimentos o no habría una mosca tan gorda aplastada y diseminada a lo ancho de un ventanal.

Aarón Baldomero entra, cae al piso y cierra la ventana con tímida delicadeza. Luego recorre el lugar. Todo está cubierto por sábanas que han comenzado a empolvarse. Dobla a la derecha y encuentra la cocina. Un ámbito reseco y revuelto. Un gancho brillante. Lo jala y se abre una puerta blanca y la oleada de frío le refresca la panza. Cebollas, queso, agua, panes sudados en una bolsa plástica.

Una lata grande carne de buey. Sandoval le llevó una pequeña y dijo, “esta es para Aarón”, y ese día le enseñó lo mucho que saben quienes cocinan esas latas, hay una llavecita pegada encima. Se despega y se busca alrededor del envase una pestaña de metal que se mete en la ranura de la llave. En la punta de la llave hay una ranura. Ahora Aarón está dándole vueltas a la llave y la lata se abre mostrando una grasa gelatinosa y escapa un olor que desata el coro de sus tripas. Un rolo de carne rojiza; una bolsa de panes húmedos, varias cebollas, agua.

Se sienta a comer en el suelo aunque ha visto una mesa con sillas allí al lado, pero no hay tiempo. Come, come, come, hasta que no puede más. Se levanta y siente que en su gran barriga comienzan a revivir los peos más rugientes y vitales. Su madre tenía razón, hallaría comida alguna vez.

Recorre dos baños, cuatro cuartos, encuentra unas fotografías sonrientes, una señora, dos muchachas, un niño, un señor elegante, sonriendo.

Un ludo, un cepillo de pelo, muchos libros con láminas donde aparecen esqueletos, brazos, piernas, niños encogidos.

Llega hasta la puerta del hogar, ancha puerta de madera cerrada para siempre. Afuera todo está en silencio y las casas metidas entre árboles y jardines morbosos tienen miedo y se paralizan si el viento se arrastra y se mete por las estrechas rendijas, porque las casas son ideas abrumadas de soledad y Aarón Baldomero decide que le hará compañía a esta casa mientras tanto.

Se quita las dos ametralladoras que lleva colgadas del cuello y pegadas al pecho de gordas tetillas y las acuesta en el cuarto, en la cama que tiene encima un ludo y un cepillo de pelo.

Sale un momento, busca por aquí y por allá, penetra en uno de los baños, jala una cortina de plástico que cuelga sujeta a una docena de anillos y allí hay una cama rosada de piedra, pero está inundada de agua jabonosa.

Es como un lavadero de animales; huele a extraños jabones, a hierbas y ácidos. Hay mechones de cabellos en los rincones, ¿matan gente en sitios así?

Aarón Baldomero cierra la puerta, camina hacia la ventana por donde entró y observa el ancho y largo solar. Ni un alma, ni una mariposa, ni una sola pasión animal desafiando al sol.

Se quita los pantalones, los tira a un lado y se agacha como un buda. Reconoce sus vapores y se siente con fuerzas.

Puja y tiene fe. Es un hombre, es un hombre que sabe ayudar a su madre.

Si ella lo viera en este momento.

Se evaporaba completamente solitaria la vía que pasa cerca de la universidad; Canedo dio varias vueltas por calles rotas y viejas fábricas cuyas máquinas se hallaban detenidas y la hierba parecía crecer hasta en las paredes. A cada rato se secaba las manos en el pantalón porque le sudaban encima del volante. Pensaba y ni cuenta se daba de la poca gente que hallaba en su camino. Una cara asomada un segundo, una puerta que casi mordía la estela de una falda. Se dirigió hacia el edificio donde vivió Badeschi. Se estacionó al frente y subió las escaleras.

No se detuvo en ningún tramo, pero se sintió cansado, y mecánicamente realizó unos ejercicios respiratorios como si entrenara.

La puerta del departamento de Badeschi lucía un papel que decía: "Expediente 4069". Caminó hasta el departamento de Rosa Paredes y tocó la puerta. Oyó un golpe, algo cayendo de

una mesa y creyó que Rosa Paredes hablaba con alguien. Unos pasos se aproximaron y la puerta se abrió.

—¿Es usted? —dijo ella, languideciendo en su bata casera; la-deaba la cabeza como si una molestia en la nuca le obligara a ello.

—¿Cómo se encuentra, doña Rosa?, ¿puedo conversar con usted unos minutos?

Rosa Paredes le invitó a pasar y un olor a cera de piso le trajo a Canedo el hálito materno y su boca se preparó para un pudín invisible que aparecería al apenas sentarse ante la mesa. Un aparato de televisión cubierto por un paño terminado en borlas, una alfombra gastada encima de la cual un elefante de cerámica elevaba su trompa silenciosa y un gato rayado de gris le rodearon.

Rosa se sentó frente a él y le observó como esperando que probara un pudín invisible.

—Camilo le tenía mucho aprecio a usted... —comentó.

Ella asintió.

—Era viudo. Tenía una hija nada más. Una muchacha excelente.

—Sí. Me lo contó.

—¿No le pidió él que le guardara algo... un paquete...?

—No. Me entregaba sus camisas. Decía que en la lavandería no se las planchaban como yo.

El gato se lamía una pata. En alguna parte se oía un radio tocando música clásica y más lejos explotaban algunos disparos aislados.

Rosa se levantó y explicó que iba a hacer té de manzanilla porque no tenía café. “Venga para acá si quiere” le dijo desde la cocina.

Por detrás ella parecía una mujer más joven.

—¿Sabe? —expresó con intimidad, con esa ternura lacrimosa de las mujeres solas— Camilo me acariciaba con tanta suavidad... al principio no podía quererlo porque mi esposo era moreno, más fuerte, ¿no?, su peso estaba en mí siempre; aún sentía sus manos y su olor a carros, a grasa, gasolina, ¿no?, era mecánico. Pero después Camilo llenó todo en mi vida. ¿Le gusta a usted la

manzanilla fuerte o suave? Inclusive fue él quien me regaló el gato, Olímpico, le llamó él porque se paraba en las patas traseras y caminaba unos centímetros lanzando golpes, pero yo lo llamo Príncipe y así se va a quedar para siempre. Es prácticamente el único ser que me queda... como un hijo, ¿no? a veces pienso que hay en él un espíritu reencarnado, el espíritu de un príncipe. Me desprecia cuando soy vulgar, sin clase, ¿entiende usted?, por ejemplo me mira mal si tiro una puerta o hago gárgaras para el dolor de amígdalas.

Ella puso una bandeja de aluminio con las tazas de té en la mesa. “Este pantry me lo regaló mi difunto esposo” dijo.

Se sentaron y tomaron sorbos pequeños y pensados de té amarillo. Tomaban silencio, se tragaban sus meditaciones.

—Mi madre hace un té como este, es muy sabroso y ayuda a tranquilizarse —dice Canedo. Rosa Paredes le sonrío con dulzura y le pregunta si quiere más. Sirve otro chorrito en la taza de cristal escarchado.

—Cuando supe que se había encaprichado con esa mujer y que ya no me llevaría a su país decidí suicidarme. Busqué el revólver que me dejó mi esposo y lo encontré igual que siempre, con balas. Nunca disparé un arma, pero estuve un rato frente al espejo ensayando. La puse en mi boca, en mi frente, en la sien derecha. Entonces recordé que no podía dar ese feo espectáculo a Príncipe y llegué a la conclusión de que era mejor devolvérselo. Camilo quería a nuestro gato y lo cuidaría bien. Fui a su departamento y no estaba. Tengo una llave. Lo esperé. Cuando llegó le dije que sabía todo sobre él y esa mujer. Lo negó, “estás equivocada, medita las cosas” me dijo, pero varias veces había olido ese perfume ¿Arpege, de Lanvin?, y cuando se me acercó para abrazarme se lo sentí en alguna parte. Le tiré el gato encima y saqué el revólver para matarme, pero me gritó algo feo, muy feo, que sonó fuera de ambiente... sin categoría, vulgar, odioso y Príncipe se dio cuenta también. Tuve que reventarle el corazón para que se liberara de eso, no era él, ese hombre no era mi gentil Camilo. ¿Quiere que sigamos hablando? Yo actuaba tan

furiosa, que lo golpeé estando en el piso, pero también lo besé... lo quería. Lo besaba y, ¿sabe usted?, sentía de pronto un soplo de Arpege, ¿era Arpege, de Lanvin? y entonces le pegaba con la culata del revólver.

Rosa gesticulaba ahora y Alvis Canedo no podía creer aquello: se le salía un seno y ella no se percataba. Un seno cuya punta tenía un huequito, como si hubieran arrancado una fresa y la hubiesen dejado allí deshidratándose.

Los bombardeos continuos levantaban sobre León una sólida nube de humo que llevaba partículas de madera, cemento, carne y plástico. El hedor de los cuerpos quemados que chisporroteaban en las calles fosilizaba el alma de la gente. Al llegar la noche ninguna bombilla se encendió porque la energía eléctrica ya no vibraba a través del alambrado. Las líneas dormían tiradas a lo largo de las aceras.

Agazapados a pocos kilómetros de la ciudad unos ciento cincuenta guerrilleros esperaban la señal de sus compañeros que corrían escondidos por los vericuetos de León. A la distancia se oían las tanquetas de la Guardia aproximándose. “Están más cerca”, se corría el comentario y preparaban la única bazooka que tenían.

—Si los caza-perros no toman el cuartel habrá que replegarse porque no tendremos con qué responder a esas tanquetas —opinó uno de los hombres y quienes le oían asintieron.

Sandoval avanzaba con su grupo de caza-perros. El cuartel se hallaba a la vista y no quería fallar en esta operación. Arielca María se encontraba en Managua y no sabía nada de ella. Sudaba y creyó un segundo que entre sus piernas se había movido el palpito leve de un pene. No se atrevía aún a mirarse la cicatriz y odiaba con fuerza desmesurada cuando tenía que agacharse para orinar. Los caza-perros eran guerrilleros tan temibles que se encargaban de trabajos como el que ahora iniciaban. Les llamaban así porque nada los detenía a la hora de atacar. Eran ochenta y

seis hombres castrados por la misma tortura y ninguno le tenía miedo a la muerte. Unas ráfagas comenzaron a llenar el espacio nocturno con rayas al rojo vivo: esa era la señal para atacar de frente. Largaespada había comenzado su ataque por detrás del cuartel.

—¡Granadas! —gritó Sandoval y las explosiones se sucedieron hasta que la puerta del cuartel quedó retorcida en el suelo. Era una gran puerta de hierro, pero sostenida con maderos agujereados por las termitas. Los bloques de cemento tenían más arena que cemento y por aquel boquete se introdujeron los caza-perros.

Una inútil sirena ululaba en el patio y ya Largaespada había dominado los dormitorios. Salían en ropa interior con los brazos levantados quejándose por la guerra; unos decían “no tenemos que ver con esto” y señalaban a un capitán que dos guerrilleros habían recostado a un árbol grueso.

Largaespada llamó a Sandoval y cuando estuvieron juntos le dijo “mira eso”; una procesión de muchachitas entre doce y quince años salía al patio desde los pasillos del cuartel. “Nosotros no tenemos nada que ver con esto”, repetían algunos guardias y las muchachas se quedaron quietas, esperando lo que fuera a sucederles.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —preguntó Sandoval.

Ninguna de ellas respondió, pero varias miraron hacia el capitán. Era un hombre delgado, joven, de cejas negras y ojos de pájaro.

—Hay que sacarlas porque las tanquetas se aproximan. Diles a los muchachos que preparen la artillería que estos mierdas tienen, para recibir a las bestias —ordenó Sandoval sin dejar de mirar al capitán. Este no parecía asustado.

—¡Eh, niño! ¡deja que los caza-perros afinen ese nido! —gritó uno de los guerrilleros y vieron todos que en una de las casamatas un niño intentaba enderezar un cañón antitanque.

—¡Esperá un poco!, ¡baja de ahí! —ordenó Largaespada, al tiempo que preguntaba—: “¿Quién es ese chaval?”.

—Es mi hermano, señor —respondió una de las muchachas.

—El capitán lo mantenía obligado en el cuartel para que nos ayudara con el agua.

—¿Agua para qué? —preguntó Sandoval.

—Para lavarnos... tobos de agua para lavarnos porque...

“León puede ser abatido, pero nunca vencido. ¡Viva León, jodido!” cantaban afuera, llegaban otros guerrilleros y una multitud se les había unido.

—Las tanquetas se detuvieron a unos doce kilómetros, no se atreven a seguir —informó el primer grupo que penetró al cuartel. Ya los caza-perros habían encerrado a los guardias sobrevivientes y repartían fusiles, explosivos, pistolas, cacerinas, a los recién llegados.

Las muchachas se abrazaban con familiares y conocidos, pero no lloraban. Solo se abrazaban y no había una sola sonrisa en sus caras.

—¿Es Iván quien comanda su grupo? —preguntó Largaespada a los guerrilleros que entraban y trataban de organizar a hombres y mujeres que se apretaban para pedir armas.

—Sí: está allá atrás ubicando emboscadas.

Un disparo estalló, seco, en medio del patio.

—¿Qué pasó? —preguntó Largaespada intentando ver por encima de las cabezas que se aglomeraban.

—Nada, compita, Sandoval que mató al capitán de un tiro —dijo alguien.

Largaespada se abrió paso y pensó que perderían la guerra porque no había manera de organizar tanta gente en tan poco tiempo. Al menos no podrían sostener ese cuartel en tales condiciones. Llegó hasta el árbol. El capitán parecía dormido encima de la gruesa raíz. Cabeza ladeada, mechón negro cayendo en la frente.

—Somos revolucionarios Sandoval, no podemos actuar así, maje, ¿por qué mataste a ese hombre?, era un prisionero nomás —reclamó.

Sandoval sostenía al niño que antes estuvo en la casamata.

—Ahora vos le decís a tu hermana que te ponga alguna pomada, ¿sabés lo que es una pomada?, y te olvidás de eso. Te olvidás para siempre de eso —murmuraba Sandoval.

El niño, ojos negrísimos, boca pequeña y fundida, movía la cabeza diciendo que sí.

—¿Pomada? —preguntó Largaespada para sus adentros y vio las hormigas subiendo por las raíces hacia la forma despatarrada del capitán.

—Vámonos —dijo una muchacha de pelo liso y el niño levantó la cabeza y la miró. Se fueron poco a poco, hablando telepáticamente en medio de la noche.

Palomares se había ido sin aclararle su situación, sin decirle a qué conclusión podrían llegar respecto a él. Ni siquiera sabía en dónde se hallaba. Era un lugar estrecho y completamente oscuro, hediondo a trapos saturados de grasa de máquina, pero también podía captar un vaho de animal muerto, ¿una rata?, Agustín Torrespino intentaba asumir una posición más cómoda, pero cada cambio le resultaba luego peor que el anterior porque los tubos sobresalían por todas partes en aquella espesa penumbra.

El aire se enrarecía paulatinamente y se imaginaba que le habían sepultado vivo. Su propio olor humano se descomponía hasta alcanzar esa fetidez de muertos que los seres vivos cargan latente y que se manifiesta en las salas cerradas sin ventilación, en los cinematógrafos baratos o sencillamente en un dormitorio hacinado. Almizcle torvo, vapor de células muriendo, de sebos ácidos, de caspa, de mal aliento, ausencia total de lavanda, de champú, de oxígeno y dentífrico.

Estaba ciego prácticamente y cuando quiso fingir que las normas de su existencia se mantenían inalterables, sus ojos se llenaron de lágrimas que no distorsionaron imágenes y un feo sollozo, de toro atravesado con la última espada de la tarde, reventó en su estómago y subió como graznido flemático cargado de úes hacia el tubo de su garganta. Lloraba con pujidos, igual

que cuando era niño y su madre no hacía nada por liberarlo del castigo paterno.

Su padre lo llevaba al sótano y lo obligaba a desnudarse; lo golpeaba con una fusta hasta que los manchones morados aparecían. Después tenía que cubrirse el cuerpo con espuma de jabón y quedarse de pie en un solo lugar, esperando que la espuma se convirtiera en un tapiz calcáreo. Su madre bajaba y le explicaba dulcemente que esa era una manera de aprender a conocer la vida. Este encierro de ahora le parecía la propia muerte, mucho más que aquel morir infantil. Estaba seguro de que le matarían, de que jamás saldría de esta negrura alucinante. Siempre había tratado de imaginarse la muerte, de ensayarla para adelantarse al porvenir total, y aunque tenía la idea de que sería un momento doloroso y desesperante, lo que realmente le desquiciaba era saber durante cuánto tiempo estaría muriéndose, soportando el proceso.

Sentía que la electricidad hormigueante de la falta de oxígeno y circulación se acentuaba en sus piernas y en sus brazos. No lo habían golpeado, pero le dolía la boca y tenía la sensación de que su lengua se hinchaba lentamente. Mantenía las mandíbulas apretadas y de vez en cuando la lengua recorría los rincones de la boca y llevaba hasta su cerebro las formas lisas, aserradas o astilladas de dientes y muelas.

Había creído en Badeschi, se lo dijo así a Palomares, pero no sabía si Badeschi le había contado a una tercera persona respecto al dinero. Palomares le creía a medias, pero en realidad ocurrió de esa manera. Lamentaba profundamente haber confiado en Camilo Badeschi, pero intentó matar dos pájaros de un tiro; entregar los dólares sin ningún riesgo al vendedor de armas y sacar las joyas de la familia del país. Además, Badeschi le prometió asilo en la embajada para la familia.

Si él moría sus hermanas quedarían solas en un país cuyo destino no era muy claro. Solas y en peor pobreza. Ellas no podrían sobrevivir en esa ruina.

Nunca había actuado rectamente. Se daba cuenta. Jugó a los dos bandos, aunque su colaboración con los revolucionarios se debía más a la amistad con el padre Narciso Palomares y en cierto modo al remordimiento de conciencia que anidaba en su vida cada vez que recordaba cómo su padre trataba a la gente desposeída. En una ocasión le fracturó las piernas a una cocinera porque se había atrevido a decirle que Dios lo iba a castigar. La golpeó y la despidió. Cuando la familia de la mujer quiso reclamar, los hizo detener y estuvieron en prisión ocho meses.

No era revolucionario y no le interesaban las ideologías. En el fondo nadie le tenía confianza porque él era un tronco a la deriva entre dos aguas. Pero eso no era lo que afectaba más su vida sino el hecho terrible de sentir, por alguna oculta y absurda razón que vivía condenado a ser homosexual. Nunca había tenido relaciones con otros hombres, y luchaba contra esa sensación, pero cuando decía algo, caminaba o se detenía a observar cualquier cosa, sentía que era afeminado, que miraba las braguetas de los hombres y eso era mentira. Se había enamorado de varias mujeres y mantenido con cada una de ellas una relación normal, pero intuía una debilidad, una falta de actitud masculina en la posesión de la hembra. Una de ellas le introdujo un dedo por el ano en la emoción del orgasmo y él se levantó furioso, como nunca se había enfurecido y, sin embargo, siempre soñaba con aquel día y usaba el recuerdo para excitarse cuando tenía enfrente un cuerpo femenino.

Palomares no le dijo dónde se encontraba. Bajó al sitio del cautiverio en horas de la noche y él alcanzó a ver la luna de cuarto menguante en un cielo sin nubes, pero apenas fue un instante.

“¿Qué van a hacer conmigo, Narciso?” le preguntó. Narciso Palomares le había traído unos chocolates. Se sentó en la oscuridad con una linterna de mano que encendía y apagaba nerviosamente.

“No sé: ellos quieren el dinero, ese es un dinero de la revolución” respondió diciendo “ellos” como si él no fuera parte determinante.

Insistió hasta la saciedad que él no había robado los cinco millones de dólares. Juró por su madre, por Dios, por Ofelia, por la vieja amistad que les unía.

—Vendré otro día —prometió Palomares.

Agustín le dio las gracias por los chocolates y le pidió cigarrillos.

—Haré que te traigan cigarrillos.

El padre Narciso Palomares se fue por el mismo boquete que le sirvió para llegar. Antes le dijo, en voz baja “trataré de ayudar a tus hermanas, pero sigue pensando, trata de recordar si le contaste a alguien más que tenías cinco millones de dólares en tu poder. Es importante que recuerdes. De lo contrario no puedo salvarte”.

—Gracias por los chocolates... —volvió a decirle.

La oscuridad lo atrapó de nuevo. Cerró los ojos y ahí flotaba su padre pegándole con la fusta. Y su madre diciéndole que era por su bien. Ella le miraba desnudo, todo el cuerpo, observándole los moretones.

—Cuando se vaya tu padre te pondré una cremita, pero no le odies, él no quiere que fracasas —alegaba.

Se quedó dormido y creyó escuchar a su madre sollozando en la escalera del sótano. Un sollozo feo, de toro derrumbándose.

## Capítulo VII

### Cosas que pasan

Arielca María lograba que Sandoval olvidara cualquier pena. Le contaba películas y le hablaba de libros que había leído. Una tarde le comentó sobre los mercenarios vietnamitas que saltaban de los techos a la calle como resortes. En Managua, varios vietnamitas masacraban guerrilleros urbanos y finalmente fracasaron porque las mujeres hervían agua todo el tiempo para que los niños pudieran beber agua pura.

“¿Sabes que en Managua toda el agua se contaminó por los cadáveres que la guardia arrojaba al lago? Bien, las mujeres hervían agua todo el tiempo y cuando veían a un vietnamita le echaban agua caliente y así fue como logramos acabar con ellos” decía.

Después le contó aquello de veintisiete personas enterradas por los guardias hasta el cuello. Los cubrieron con la tierra arenosa y negra y cuando solo se veían cabezas los dejaron solos.

Eran veintisiete cabezas llevando sol. ¿Nos van a dejar morir así? preguntó una señora y comenzó a rezar. A la hora llegaba una avioneta ronroneante, de dos colores, liviana. Se acercaba rasante al lugar donde estaban sepultados hasta el cuello aquellos seres. ¡Nos vieron!, ¡nos van a salvar! gritaban emocionados y las cabezas seguían el vuelo del aparato, ¿vos sabés cómo?, igual que miran el tenis. La avioneta dio una vuelta y dejó caer un barril de metal que estalló reventando casi toda la colina. El aparato se fue como vino y seguramente el piloto vio cuando volaron las cabezas como desinflados balones de fútbol. Una sola cabeza quedó intacta, no se sabe por qué. Un hombre, pero había perdido los

ojos. Al rato la cabeza se movió un poco. El hombre no entendía lo que había pasado; ni siquiera sentía su cara empegostada de sangre, tierra y de una pasta amarilla. Creía que había otras cabezas con vida y preguntaba: ¿Qué pasó?, ¿qué pasó, Manríquez?, ¿me oís, Manríquez?, ¿Esperancita?, ¿señora Esperancita? Así llegaron la noche y la madrugada. Nadie respondía y no sabía qué hacer y poco a poco se percató de que una nube de moscas cubría su cara, moscas comiendo la pasta amarilla de la masa encefálica de los vecinos. ¿Qué pasó?, ¿no pueden hablar? repetía. En la mañana algunos pájaros se espantaron, pero otros miraban curiosos los saltos de los buitres. La boca del hombre estaba seca, agrietada y un buitre le aleteó a un lado, luego encima de la cabeza. ¿Manríquez?, ¿eres tú, Manríquez?, déjate de esas huevadas, Manríquez. No se oía otra voz por allí.

Los buitres comenzaron a picotear su boca y uno de los pájaros negros metió su pico en el ojo derecho. Se los cuento como me lo contó el compita de Masaya, un niño casi, un chaval de catorce años. Miraba escondido detrás de una piedra y tenía miedo de acercarse. Dice que la cabeza peleaba con los buitres hasta que tuvo que rendirse al mediodía.

—¿Por qué contás esas cosas, Arielca María?

—Son historia, no son mentiras.

—Hacen daño.

—Habrá que soportarlas.

—Sí. Una muerte terrible, ¿no?

—Todas las muertes son terribles. No hay una sola muerte hermosa.

Un hombre estaba hinchado a golpes, color berenjena y apenas podía ver a través de las rayas que se abrían sobre sus párpados ennegrecidos. Mira, le espetó un guardia, señalándole la mujer y los dos hijos que subían a un helicóptero grande. Primera vez que conocían un aparato de esos y sintió espanto, pero cuando iba a preguntar adónde llevaban a su familia se desmayó por el culatazo que le dieron en el estómago. Cuando vio la luz de nuevo estaba en el mismo camión que le había sacado del campo. Subían

una cuesta y le costaba sentarse. Varias botas verdes, de cuero y tela le rodeaban. Media hora más tarde el camión se detuvo y lo bajaron para que viera el volcán. La tierra oxidada, calcinada, parecía de hierro fragmentado. Mira, le repitieron, y le obligaron a ver el fondo del volcán por donde salía un humo amarillento. Pájaros verdes y vocingleros volaban aclimatados por encima del volcán y los guardias comenzaron a preguntarle por la ruta que servía de comunicación a los guerrilleros de las montañas con los guerrilleros de las ciudades. Yo no sé nada de eso, respondía y le mostraron el helicóptero sobrevolando la zona. Tenemos radio aquí y si no confiesas les diremos a los del helicóptero que dejen caer a tu mujer y tus hijos. Por favor, ¿cómo van a hacer eso?, yo no sé nada, les diría si supiera, por favor, y los guardias se reían del miedo. 04 a Pajarraco, lanza uno, le habló uno de los uniformados a la radio y cuando él se desesperó uno de los guardias le clavó la bayoneta en una nalga. Vas a tener dos culos ahora. Se sentía enloquecer y hasta se creyó en medio de un mal sueño, que la fiebre del mosquito lo había trastornado. Sonrió aliviado porque de eso se trataba, de una pesadilla, pero el guardia que mandaba a los otros confundió la sonrisa y dijo: te estás burlando de nosotros, ¿no, piojoso? y en eso cayó la mujer desde el helicóptero, con su vestido violeta, de florecitas y él vio una ráfaga de su mujer cayendo al volcán y más atrás la hija dando vueltas como una muñeca de trapo. Por último, vio en la pesadilla que lanzaban al vacío al muchachito, al hijo bordón, al más pequeño y lejos se escuchaban seguidos los golpes contra la tierra porque no acertaron el foso lleno de piedras al rojo vivo. Corrió hacia el volcán con todas sus fuerzas y antes de que lo acribillaran, antes de sentir los disparos calientes contra su espalda gritó algo y luego cayó al vacío. ¿Qué gritó ese jodío? No sé qué gritó. Entendido y fuera, dijo la radio.

—¿Qué dijo ese jodío? —preguntaba el hombre de la radio.

—Perros, creo —contestó un guardia más joven y los chillidos de los pericos se reanudaron. El helicóptero se iba de medio lado en el cielo, apenas moteado con nubecitas suaves, igual que el vapor de una tetera. Los del helicóptero no parecían sombríos.

Uno le contaba al piloto que allá abajo, en aquel caserío, había tenido una novia hacía años. Me la tiraba en el monte de noche y no me vas a creer, una noche se me escondió un grillo en el culo y eso bastó para que no pudiera... las risas y el ruido del motor terminaron la historia. “No se dice se me escondió, se debería decir se me metió un grillo en el culo” corrigió el oficial.

—Siempre que vengo por aquí mato un perico con las aspas —comentó el piloto.

El inspector Mitchel Escobar no se asombró cuando Canedo le dijo, en una cervecería restaurante donde se habían citado, lo que le contó Rosa Paredes. Escobar se tomó la mitad del vaso de cerveza de un solo trago y se sirvió más. El ambiente era sofocante y el humo de la carne que se asaba detrás de la barra aumentaba el calor y le ponía un desesperante escozor a los ojos.

—¿Lo sabía usted ya?, me sorprende y me frustra, porque quería pavonearme como detective. La verdad es que se trata del único caso que he resuelto satisfactoriamente yo solo y en menos tiempo. ¿Sabe algo, Escobar?, soy un policía flojo y fracasado, detesto indagar y por eso busqué trabajo en el servicio diplomático —comentó Canedo, algo achispado porque en la mesa permanecían vacías ocho botellas grandes de cerveza.

—No y no me lo imaginaba. Me refiero a que Rosa Paredes hubiera asesinado a Badeschi. ¿Me esperó usted mucho rato?, casi se acaban las cervezas de este local.

—Una media hora, pero le confieso una cosa, estoy asustado. Ya no se puede andar muy confiado por esta ciudad. Esta mañana estuve muy cerca de un tiroteo y me parece que los combates de la periferia se están acercando al centro de Managua... es una apreciación muy personal.

Escobar se rascó una oreja y automáticamente hizo un movimiento vibratorio con el meñique en el oído derecho.

—Yo opino igual. Tengo que decirle algo, Canedo y sé que no le va a gustar, pero ya no estoy en condiciones de adentrarme

mucho en esta investigación. Rosa Paredes fue hallada muerta en su departamento hace apenas una hora o una hora y media. Le golpearon el cuello y le hundieron la tráquea...

Canedo derribó la botella que contenía cerveza y el líquido espumoso se regó por la mesa y le mojó los pantalones. Se disculpó y Escobar llamó a un mesonero para que limpiara y trajera más cerveza.

—Encontramos el revólver que ella utilizó para matar a Camilo Badeschi, pero no había rastros de la persona que la asesinó. No entiendo nada de este caso, Canedo, y sinceramente no me importa. Mi esposa y mi hija, tiene cinco meses solamente, corren peligro como todo el mundo y estoy tratando de encontrar asientos en algún avión para irnos a Costa Rica o Panamá. Esto se lo digo en confianza y le ruego que no lo repita.

—¿Rosa Paredes asesinada?, ¡pero si era como una niña!, mató a Camilo porque estaba tocada de la cabeza, yo tampoco tengo ahora una idea clara, Escobar, sobre lo que ha sucedido.

Ambos, como de común acuerdo, elevaron los vasos y bebieron. Canedo sacó un cigarrillo y le ofreció otro al policía.

—Hemos trabajado duro en esta vida y somos unos asalariados usted y yo, ¿verdad, Escobar?, le expreso esto porque si no nos ayudamos seremos más indefensos. Le quiero proponer algo, ¿por qué usted no se trae a su esposa y su niña a la embajada?, yo le consigo asilo y... bueno, seguramente podré buscarle un buen trabajo en mi país. Vivo solo con mi madre y mientras consigue vivienda podrá quedarse allí...

Escobar, un tanto cargado de cerveza, se conmovió con la proposición de Canedo.

—Usted es un tipazo, Canedo y créame que le voy a estar agradecido toda la vida por eso. He querido varias veces pedirle ese favor, pero no me atrevía; le acepto el ofrecimiento y desde ya tiene en mí a un amigo para lo que necesite. Un hermano mío trabaja en Santo Domingo y por eso quería ir a Panamá o Costa Rica, para salir hacia allá. Si usted me consigue asilo en su

embajada no le molestaré en su casa, me iré inmediatamente a la República Dominicana.

Se estrecharon las manos y luego comenzaron a contarse sus vidas. Pidieron carne asada con picante y tortillas con queso aderezadas con cebollines.

La comida les hizo bien y se les pasó un poco el mareo, aunque seguían con la garganta seca. El calor parecía aumentar. Había poca gente en el local.

—Le quiero contar una historia —dijo Escobar de pronto—, pero se trata de un aspecto muy confidencial que ya no tiene nada que ver con nosotros, sino con inteligencia militar. Rosa Paredes pudo haber sido asesinada por causas muy distintas y quien la hizo pasar al más allá realizó un acto de justicia sin saberlo.

—No comprendo...

—La señora Paredes estaba muy ligada a Agustín Torrespino. Ella fue empleada de los Torrespino varios años. Eso fue hace unos veinte años. Era cocinera en esa casa y se esmeraba sobre todo con Agustín a quien quería mucho. Él fue quien la ayudó cuando enviudó y prácticamente la protegía; los vecinos más viejos del edificio dicen que a veces Agustín la buscaba para ir al cementerio y juntos visitaban la tumba del difunto esposo de Rosa. Él fue quien, por una información de la señora Paredes, le consiguió a Badeschi departamento en ese edificio. Yo creo que los secuestradores de Torrespino sabían respecto a la gran amistad que unía a Rosa y Agustín y la visitaron intentando hallar algo en su departamento, que seguramente son documentos, informes, ese tipo de materiales. Agustín Torrespino tiene acceso a mucha información gubernamental. Pienso que de eso se trata, la visitaron, quiso gritar y la mataron.

Hablaban saturados de cerveza. Canedo se levantó a orinar y cuando regresó, Mitchel Escobar le imitó.

—Tal vez usted ha acertado en esa teoría, pero no deja de apenarme lo que le ha sucedido a esa pobre mujer, mucho más que la muerte de Camilo Badeschi, quien a fin de cuentas ha

corrido siempre ese riesgo. No me crea, tampoco me alegra la situación que debe estar viviendo a esta hora Agustín Torrespino, pero las guerras no son nada humanitarias. Yo le aseguro que este caso es naturaleza muerta para mí y nada deseo más que poder subir a un avión y ver a mi madre... espero que pueda conocerla usted.

—¿Por qué no nos hablamos de tú?, ¡son veintiséis cervezas juntos! —dice Mitchel.

—Es cierto. Quiero preguntarte algo, ¿cómo se llama tu niña?, he estado pensando en casarme... los amigos que tengo se vuelven chochos con sus hijos... y tú sabes cómo son las cervezas, hálbame del matrimonio a ver si me decido.

Escobar se ríe. Parecen viejos amigos.

—Se llama Lourdes, como su madre.

—Por Lourdes —brinda Canedo.

Escobar choca con su vaso el vaso de su colega y la conversación se va por la ruta de las domesticidades, finalizando con la clásica cháchara de dos hombres que beben para desahogarse, las mujeres. Mujeres inolvidables, mitificadas, inventadas, puro cuerpo y meneo, puro éxtasis y piernas, tetas, nalgas, mamadera, chupadera, sonidos, posiciones, olores, gemidos y clítoris.

Nada de alma.

## Capítulo VIII

### Caliente como un volcán

Un muñeco desnudo llamado “el Niño Jesús”, un sombrero de tela de camuflaje lleno de anzuelos y de insignias deportivas, un reloj despertador con las manecillas en el centro de la cara de Mickey Mouse, un cepillo para quitarle el polvo a los trajes, unas tarjetas navideñas usadas, un caballito de barro cocido, un libro pequeñito y una de las ametralladoras metió Aarón Baldomero en el saco de lona que tanto le gustó y que tomó de un clóset. Era un saco de esos que se cuelgan los marineros de la espalda, siempre había querido tener algo así desde que vio una película en la que un marinero se iba para todas partes cargando en su bolso la vida entera.

También le gustó la chaqueta militar ancha y fresca que estaba debajo de un montón de ropa sucia. Se la puso y antes de colocarse la otra ametralladora al cuello, le echó un vistazo a la nevera. Ya no quedaba nada de comer en aquella casona. Sentía bastante tener que irse, pero debía buscar a sus hermanos y sin comida no podía mantenerse quieto y encerrado. Puso un mueble y salió por la ventana. Recorrió el patio, buscó el boquete en la cerca y echó a caminar por el monte vecino. Pasó la tarde caminando; se detenía atontado para descansar. Llegó la noche y anduvo por puro monte. El hambre le golpeaba las tripas, dos días sin comer era un tiempo demasiado largo y terrible. Había llevado una botella llena de agua y eso lo mantuvo, pero se le estaba acabando. Decidió acostarse un poco antes del amanecer. Le gustaban los

cauces secos de arena fría que se mantenían tapados por penachos de pasto silvestre.

Soñó que era jugador de básquetbol. Su madre, su padre, Sandoval y Pompilio bullían en las gradas junto a otras personas gritando para que le sacaran a jugar. El básquetbol no es nada fácil. Hay unos tipos muy altos que meten la pelota casi sin levantarse del piso. Decidió ser más alto que ellos y creció. Le aplaudieron.

—¡Braaaaavoooo, biennnn!

Aarón Baldomero toma el balón, lo rebota sin que sus contrarios puedan arrebatárselo, pasa veloz como un conejo y todos los jugadores enemigos se le cuelgan de los brazos, la cintura, las piernas, pero él solamente tiene que dejar caer la pelota en la cesta.

Más aplausos. Su madre llora de felicidad, su padre, aunque está muerto, también llora de puro orgullo. Sus hermanos dicen a los demás: “Ese es nuestro hermano Aarón Baldomero”.

Ahí va el héroe del partido llevando el balón con total precisión y un maldito jugador de dos metros y medio salta y le estampa un peo hediondísimo en la cara y Aarón Sandoval llama a su madre para que le busque una ramita de alelí. Se coloca la ramita de alelí en la cara y lanza la pelota con la mano izquierda para hacer otra cesta.

Otra lluvia de aplausos y la pizarra ahí enfrente. Esa es una A, le dice Pompilio. Repite: una A, de ajo, de agua, de azúcar, de alita de pollo. La pizarra marca ahora una B y Pompilio se disgusta mucho porque Aarón Baldomero se ha puesto chiquitico y no quiere saber nada del básquetbol. El balón crece y se enciende, está demasiado caliente y Aarón no lo puede agarrar. El héroe cierra los ojos, se le ha caído la ramita y está llorando, el público pita, silba, todos lloran, las lágrimas le caen encima al héroe del partido quien abre los ojos y se despierta.

—¿Amá? Las hojas lanceoladas se ven negras. El sol está en el medio del cielo.

Aarón Baldomero se sienta en la zanja y se retuerce. Busca la botella de agua y se bebe el trago que queda. La sed y el hambre lo apabullan.

Se pone de pie y encuentra una mata de guayaba, pero sin guayabas. Comienza a comer hojas, pero se le atascan en la garganta y logra escupir algunas.

Camina con pesadez. El sudor y las lágrimas se van uniendo en un delta que a veces va a dar a su boca y se bebe esa agua salada. Al final de una cuesta alfombrada de piedras planas que le hacen resbalar a cada rato, hay una calle y cuando llega hasta ella mira montones de adoquines colocados sistemáticamente unos sobre otros. Las casas de lado y lado muestran cientos de agujeros de balas y todo el centro de la calle es ahora de tierra porque los adoquines han sido levantados. La gente se ha vuelto loca, ni siquiera huele a comida. Entre una casa y otra hay un estrecho callejón y Aarón Baldomero siente un sobresalto de felicidad indescriptible; allí hay un árbol de alelí. Una rama de alelí ayuda a resolver cualquier problema, uno la toma, la mira y ella le dice dónde está la gente que no es loca, aquella que cocina tranquila y le dice: “Toma un poco de frijol, toma un poco de quesito, toma un jugo de pitahaya”. Camina un poco más aprisa, pero renqueando porque tiene las entrepiernas escocidas y los pies hinchados, abiertos en las plantas.

Antes de que llegue al árbol de alelí, un grito sobrecogedor le obliga a correr para protegerse:

—¡Un vietnamita, es un vietnamita! —estalla la voz aguda de una mujer que como loca protege a sus crías de males exteriores. Aarón Baldomero, con ganas de ayudar grita también que hay un vietnamita por allí y trata de sacar de su cuello la ametralladora. Su voz hace erizar a las madres que se guarecen en las casas.

Aarón se ha pegado a la pared terriblemente asustado y sin poder sacar la ametralladora porque la correa se le ha enredado en el cuello de la chaqueta militar.

Un chorro de agua hirviendo cae sobre su espalda y su cabeza y el dolor es tan intenso que se tira al suelo y se golpea y se destroza con tanto pataleo. Un montón de pies, un bosque de botas y zapatos le rodea en un segundo. Levanta el rostro adolorido y enrojecido, boca espumeante y ojos achinados para pedir auxilio.

—Zandová... Zandová... —murmura al guerrillero que está más cerca y este levanta un fusil mantecoso, aceitoso, largo y le golpea la cabeza con todas sus fuerzas.

—Maldito vietnamita... —dice y escupe la cara de Aarón Baldomero.

Sin hacer ruido, procurando no tropezar con el archipiélago de mesitas sobrecargadas de adornos, de objetos, de recuerdos, Ofelia se dirigió hacia la biblioteca. Nunca reparó demasiado en la cantidad de pequeños e inservibles objetos que se había acumulado durante tantos años en esa casa demasiado grande para tres personas e inmensa para dos mujeres solas. Ya no tenían servidumbre, desde hacía meses cocinaba y limpiaba lo que podía. La oscuridad no era total porque la luz del pasillo superior caía en zigzag por la escalera. Ofelia trató de comprender qué hacían subidos sobre tantas mesitas aquellos conejos, leones, gatos, elefantes, gallos, serpientes, budas, las flores de porcelana, las cajitas de música que nadie oía, las escenas de nácar, los santos de madera, los soldaditos de cerámica y de metal, los pájaros de cristal, los platitos pintados... “Podríamos abrir una tienda” pensó.

Eran las doce y media de la noche y no podía dormir. Se encerró en la biblioteca a pensar y a escribir varias cartas. Tenía deseos de llorar por su hermano, pero se negaba a desesperanzarse, esperaba verlo llegar en cualquier momento. Escribió cartas dirigidas a varios funcionarios del gobierno solicitando que intentasen canjear a Agustín por algún prisionero revolucionario. Insistía en la amistad, en que Agustín había sido un buen funcionario y un amigo cabal. Le parecía vacío todo lo

que escribía, pero de alguna manera debía llenar la angustia que sentía.

También decidió escribir a un matrimonio amigo que vivía en Brooklyn; siempre había deseado vivir en los Estados Unidos, especialmente en Nueva York porque sus amigos de la época estudiantil estaban diseminados por toda la ciudad. Brooklyn le gustaba para conversar.

El timbre de la calle sonó y se asustó tanto que echó a perder una carta con la punta del bolígrafo. Se levantó y caminó con sigilo temeroso; afuera estaba demasiado oscuro porque uno de los balazos de junio había convertido en añicos la bombilla del porche. No pudo desenroscar el trozo que quedó en el contacto eléctrico y se vio obligada a dejar el exterior sin luz.

Se asomó por una ventana al lado de la puerta y no vio a nadie. Se cubría el rostro con la cortina, temerosa de que la vieran. Otra vez tocaron, pero ahora con golpes suaves.

—Soy yo, Ofelia —dijo una voz que reconoció enseguida. Pensó mil cosas en un segundo y todas tenían que ver con Agustín. “¿Lo matarían?” fue la interrogante que predominó en su cerebro.

Abrió y el hombre entró con aire furtivo, empapado de sudor, como si hubiese tenido que correr un buen trecho.

El padre Narciso Palomares se quitó los lentes redondos y los limpió con un pañuelo grande y arrugado.

—¿Y esa visita a esta hora? —preguntó.

No se veían desde hacía varios meses.

—Me hallaba cerca esperando a que fuera tarde y cuando vi la luz encendida en la biblioteca supe que eras tú. Amanda no saldría a leer a esta hora —dijo Palomares. Era un hombre afable, de rostro aniñado y regordete. Ofelia le tenía confianza.

—¿Querías hablar conmigo?

—Sí, ¿podemos ir a la biblioteca?

Caminaron hacia ese sitio como dos sombras.

—No debería estar aquí a esta hora, pero ya sabes que en el día me sería complicado visitarte. Vine a decirte que Agustín se encuentra a salvo, que es prisionero de la revolución hasta que

quede claro un asunto. Al triunfar la revolución, haré que le permitan salir de Nicaragua si se prueba, como espero, que él no tiene nada que ver con el caso que nos concierne, pero quería aconsejarte además, que procures salir del país lo más pronto posible, esto se derrumbará de un momento a otro...

Ofelia, con un temblor que no podía dominar en los labios, en las piernas, en los hombros, le interrumpió:

—¿Tú le secuestraste, Narciso?, ¿su mejor amigo?, ¡tú sabes que es un hombre sin ubicación política!

—Yo no lo secuestré, pero logré que quienes lo hicieron no le causaran ningún daño. Sin embargo, Agustín está metido en un lío que no se ha podido resolver y es necesario que ustedes se vayan primero del país, no es conveniente que se queden.

Palomares trata de evitar que sus ojos contemplen los senos hinchados y sacudidos por el llanto.

—Tú sabes que los quiero a los tres y que no deseo que te ocurra nada malo; las calles se llenarán de chavalos que te desconocen, los comités tomarán esta propiedad y ustedes tendrán que irse a vivir a otro sitio. Amanda no está en edad de cambiar tan brutalmente de vida y tú no podrías resistir mucho tiempo sin... sin este mundo —explica haciendo una curva abarcadura con la mano derecha. Esa mano se posa en la cabeza de Ofelia y ella lo abraza sollozando. Su pelo huele a champú de hierbas. Palomares le acaricia el cabello y le susurra palabras cariñosas.

—Tengo que irme, tengo que salir de esta zona —dijo el padre Narciso Palomares cuando en realidad deseaba probar esa boca, aferrarse a ese cuerpo y hundirse en ese pozo femenino que siempre había vadeado.

Ella percibió la retirada del hombre y de un ramalazo fugaz entendió las paradojas de la vida. Se sintió culpable de que las puntas de sus senos empujasen la tela y trató de olvidarlo todo.

Palomares salió y ella se quedó escondida tras la cortina de la ventana. Un motor se encendió a varias cuerdas de la casa, cuyos alrededores se habían quedado sin soldados porque el gobierno

retrocedía hacia el centro de la ciudad. Luego escuchó cuando alguien cerró la puerta de un auto y el auto arrancó.

Aquella cara arrugada, amarillenta, con algunos vellos sobreviviendo en un terreno que parecía hundirse, agrietarse, esterilizarse, se levantó y el cuerpo entregado a la pereza de la agonía fingida apartó el edredón con una furia ciega. Amanda, quien jamás pisaba el suelo con los pies descalzos había dejado las pantuflas y daba vueltas por todo el cuarto insultando a la época, a las ideas, a los seres humanos y por último a Ofelia.

“¿Por qué se lo dije”, pensaba Ofelia, pero luego se respondía que había sido necesario poner a Amanda en antecedentes de lo que ocurría con Agustín. Tuvo que hacerlo para intentar convencerla de que debían solicitar asilo inmediatamente. La verdad es que Ofelia no soportaba más, quería estar lejos de todo y deseaba tener la oportunidad de comenzar en cero su vida, acariciaba la idea de que al cambiar radicalmente de existencia encontraría la satisfacción que su cuerpo le pedía y las emociones que su mente recreaba. Había llegado a un estadio en el que soñaba lo que quería soñar, planificaba sus sueños y en cada uno dirigía las fantasías de acuerdo con sus gustos y deseos. Sabía que falsificaba la realidad, que inclusive falsificaba los sueños, pero solo tenía fe en lo que podía dominar, conocer y manejar.

Amanda le respondió que si estaba loca. Ella no aceptaría irse, no dejaría el país y muchos menos si existía la posibilidad de que Agustín fuera liberado. Argumentó con pasión que estando Ofelia en el exterior habría más posibilidades de que ella y Agustín salieran alguna vez. Por otra parte se negaba a dejar la casa y mucho menos la vieja vajilla, la platería, los cientos de objetos que jamás tocaba o miraba, pero que le proporcionaban un bosque existencial, una aldea de silenciosos habitantes que la reconocían como dueña y señora.

—Si me conoces de verdad ya sabes entonces que soy una mujer necia que disfruta de sus achaques y el reducto de esta casa.

Te agradecería que tuvieras conciencia y te fueras lo más pronto posible, pero no sin antes decirle a Narciso que deseo hablar con él.

Amanda no se iría de allí y Ofelia tenía la plena seguridad de que nada la sacaría de su determinación. Cuando aceptó esa decisión, Amanda la llenó de palabras cariñosas y comenzó a ayudarla a preparar las maletas. Del fondo de un cajón Amanda sacó un sobre lleno de cartas y de su interior extrajo paquetes de billetes. Ofelia se asombró un poco; sabía que su hermana guardaba dinero desde que tenía uso de razón, pero creía que lo tenía en el banco.

—Lo del banco no podemos sacarlo y de todas maneras no serviría de nada porque nadie nos venderá dólares en estos días. He guardado para una emergencia ocho mil dólares y quiero que te los lleves porque así podrás mantenerte mientras resolvemos este lío. Eran diez mil, pero gasté dos mil cuando viajé a Houston con lo de la úlcera el año antepasado —dijo y mostraba cierto placer al entregar a Ofelia lo que tanto tiempo guardara con avaricia. Era mentira que tuviese ese dinero para un momento de apuro; desde que conoció Houston y paseó sus enfermedades por los sofisticados consultorios médicos deseaba volver a aquella ciudad y estar un tiempo más prolongado entre los especialistas que tanta gente importante consultaba. Ante la posibilidad de viajar con ocho mil dólares más, en vez de los pocos dólares que tenía como único capital en estos días, Ofelia no continuó oponiéndose a los razonamientos de su hermana. Ni siquiera le interesó preguntarle cómo se las arreglaría. Ya sabía que algunas familias de la clase alta nicaragüense, al estar cerrados los bancos, comenzaron a vender a precios irrisorios sus propiedades, siempre y cuando les pagasen en dólares. Un Mercedes Benz en quinientos dólares, un Rolex en doscientos, una casa en cinco mil.

Amanda lloraba quedamente y Ofelia no quiso prolongar más aquello. Por eso no consoló a su hermana, se dedicó a meter en las maletas todo lo que podría hacerle falta en su viaje, aunque las

pieles jamás serían una necesidad tropical, pero ella no pensaba en permanecer muchos días en América Latina. Detestaba el calor.

Tomó el teléfono y marcó un número. Repicó varias veces hasta que alguien levantó el auricular y reconoció la voz de Alvis Canedo.

—¿Quién llama a esta maldita hora? —él preguntó y al instante se disculpó—. Perdone, señorita Torrespino, pero a las dos de la mañana ocurre lo mejor de mis sueños... ¿Hay alguna novedad?

—Estoy llamando a la residencia del embajador, porque supongo que muy pronto se comunicará con ustedes alguien cuyo nombre les daré después, pero en este instante quiero que venga urgentemente a mi casa, señor Canedo. Le espero pronto... Le interesa lo que tengo que decirle —fue todo lo que Canedo oyó, porque Ofelia le cortó la comunicación.

Pasó media hora con una densidad que pareció de diez horas, hasta que se escuchó el motor de un vehículo. Ofelia había preparado un té de camomila y trataba de aparentar ecuanimidad. Sirvió una taza a Amanda y mantenía una taza vacía por si Canedo deseaba beber té a esa hora.

No se hallaba de espíritu muy firme, intuía que ya estaba iniciándose para ella una nueva vida y no sabía si sería mejor o peor que la actual. No era una mujer vieja o débil, pero tampoco era una adolescente y tendría que trabajar y cambiar de hábitos. Jamás había trabajado, ni siquiera en los últimos cinco años cuando los tres hermanos se decidieron a enfrentar una realidad irremediable, su padre no les había dejado muchos bienes, tan solo una ubicación en el mundo aristocrático de Nicaragua, una casa, un montón de acciones de empresas que ya no existían y las joyas que entre todos habían acumulado en tiempos mejores.

El timbre de la casa sonó como una campanada lejana. Ofelia abrió la puerta al hombre. Le parecía una persona inteligente y de fiar, aunque no en el plano sentimental. Notaba que se desestabilizaba fácilmente ante sus cualidades femeninas. Bostezaba y se había vestido a medias, llevaba una chaqueta cerrada hasta el pecho, pero se le había olvidado ponerse una camisa.

Ofelia le contó sobre la visita del padre Palomares. Amanda se limitaba a tomar su té con los ojos encharcados bajo las delgadas cejas que se fruncían y se movían como un pájaro planeando para dejarse caer en las aguas turbias de aquella mirada. Amanda no estaba bien de la cabeza, a juicio de Canedo, pero eso no era asunto suyo. Lo que le pareció molesto fue que Ofelia se hallara lista para salir mientras aquella Torrespino mal estructurada y avejentada permanecía en bata de casa y sorbiendo té con toda la parsimonia del mundo. Ofelia pareció adivinar lo que pensaba o era que se le notaba la impaciencia. Le dijo que Amanda se quedaría en casa.

Aquello le pareció a Canedo una locura, pero con esa gente no se sentía del todo bien, así es que dijo que llevaría a Ofelia hasta la residencia del embajador, porque a aquella hora la embajada era una casa cerrada habitada apenas por tres funcionarios menores.

—Es muy temprano aún. Terminaré de dormir en la residencia y en la mañana hablaremos de esto con el embajador —añadió Canedo y agarró dos maletas que le parecieron sobrecargadas. Ofelia sacó una valija de mano.

Amanda ni siquiera asomó a la puerta. Canedo se metió al automóvil mientras Ofelia se despedía de su hermana. Suponía que se abrazarían y llorarían un poco. Una, exuberante y agresiva, la otra un saco de huesos con mirada febril y pecas que se asemejaban a manchas de óxido.

Se abrazaron, pero no lloraban. Se besaron las mejillas. Ofelia pensaba que nunca más se volverían a ver. Amanda le pedía sobriedad, le recordaba que no debía confiar en nadie y que al apenas llegar al exterior llamara o escribiera.

Ofelia salió cerrando con cuidado y cuando el carro dio la vuelta para enfilarse hacia la residencia del embajador, las luces debajo de la casa se apagaron y allá dentro la soledad creció como un ciclón. Ofelia se imaginaba los pasos leves de su hermana, el avance en la oscuridad, la entrada al cuarto, la llegada a la ancha cama que era su nido natural. Y sabía del llanto que ahora

afloraba. Amanda se acercaba a la muerte y esa idea hizo que interrumpiera algo que Canedo decía y que no había oído.

Canedo notó que Ofelia lloraba y no supo qué actitud asumir. Optó por no decir nada y manejar más aprisa.

—¿Cómo va uno a creer en Dios? —preguntó ronca y resabiada Ofelia, tocándose los ojos con un pañuelo de papel.

“Ya Dios te ha dado lo que tienes” pensó Canedo, pero en ningún momento del trayecto abrió la boca para hablar. Creía, sinceramente, que los seres como aquella mujer no sabían en realidad lo que era sufrir. Él tenía una idea muy primitiva del sufrimiento.

### **Aquel perfume**

Cuando la puerta eléctrica del garaje cerró detrás de su carro, Alvis Canedo se sintió mejor. Miró a Ofelia y esperó a que ella terminara de arreglarse la cara. Había tenido que encender la luz interior del vehículo para que la mujer pudiera verse en el espejito de su polvera. Dio la vuelta al carro para abrir la puerta de la pasajera. Ella bajó sujetándose la falda con la mano derecha.

—¿Dónde estaba usted, Canedo? —preguntó el embajador, seguido y edecaneado por su esposa, una dama gorda y peinada como para una eterna fiesta. Llevaba pantalones arrugados debajo de una bata púrpura que atrapaba con propiedad los tonos del amanecer. La silueta de los picachos comenzaba a dibujarse a lo lejos.

—Resolviendo un problema señor, ¿qué hacen ustedes levantados a esta hora?

—No me va a creer, han llegado hasta esta casa veinticinco personas conocidas de Betty... de nosotros... están amontonadas en la sala con sus maletas, cajas, paquetes de todos tamaños. Piden asilo, pero en vez de irse a la embajada prefirieron llegar a este sitio. Vamos a tener que llevarlas a la embajada tan pronto amanezca.

—Yo también traigo una clienta, señor: la señorita Ofelia Torrespino; me parece que ella tiene ya los papeles arreglados.

Badeschi había preparado el asilo de ella y sus dos hermanos, pero la señorita Ofelia será quien salga primero.

El embajador saludó a Ofelia, quien ya conversaba con la esposa del diplomático. El anciano retuvo la mano de la recién llegada. Se conocían, habían conversado varias veces en recepciones, en reuniones.

—Siento tanto esto, señorita Torrespino. Bueno, está en su casa —dijo y ella entró con Betty a una sala donde se agitaba buena parte de lo que podía hallar en cualquier cóctel de la alta sociedad. Hubo abrazos, besos, saludos, comentarios, preguntas. El embajador se había rezagado exprofeso para cambiar impresiones con Canedo.

—Estamos en un lío. Cuando sean las siete de la mañana lleve a toda esta gente a la embajada. Vaya con el agregado militar. Yo haré los trámites pertinentes en cancillería y me comunicaré con la cancillería de nuestro país. Ahí adentro tenemos un coronel, dos tenientes y a unos cuantos personajes de alto nivel. Quisiera que arreglara usted lo necesario para que Betty salga pronto de este país, sabe lo nerviosa que es y no me parece que tarden mucho los vuelos internacionales en paralizarse.

Canedo le explicó luego lo concerniente a Ofelia y unos minutos después estaba cambiándose de ropa para salir hacia la embajada. No se hallaba tan retirada de allí. Cuando el reloj marcaba las ocho de la mañana la embajada hervía abarrotada de gente. Solo había dormitorios para las mujeres y los niños. Los hombres se acostaron en el piso. Canedo conocía al coronel. Era un hombre gordo que vestido de civil se veía indefenso y vulgar, con mucho sudor en la frente.

Dio instrucciones en la cocina para que preparasen un desayuno y subió a la azotea. Las hojas de los robles caían amarillentas y de vez en cuando se desprendían con el viento algunas ramas secas y caían en la superficie impermeabilizada. Canedo se sentó a fumar un cigarrillo y antes que pudiera hilar un pensamiento vio llegar a Ofelia con dos tazas de café.

—Le traigo café —dijo ella. La miró con detenimiento y ella se dedicó a contemplar el paisaje exterior, las calles solitarias, los plumones de humo a lo lejos. Se parecía a Sofía Loren, pero solo en la boca y los ojos. Él siempre buscaba parecidos en la gente.

—Están saqueando los establecimientos comerciales —comentó Ofelia mirando el humo lejano.

—La gente tiene hambre de todo y mucho rencor. Como en todas partes aquí lo mejor ha sido para unos pocos y la gente se cansa de eso. Se cansa de las humillaciones...

—No sé de esas cosas ni me interesa mucho. Creo que cada quien hace de su vida lo que puede.

—Usted solo parte desde el punto de vista de su vida en particular, pero allá afuera hay una multitud que cuando ha trabajado nadie ha valorado su trabajo. Un trabajador pide un crédito y le exigen de todo, le piden que se humille, pero no le dan el crédito. Los bancos prestan dinero a quienes ya lo tienen. La publicidad incita al consumo de cosas que ellos no pueden comprar y promociona un modo de vida que no está a su alcance. La otra vez conocí a una mujer que trabajó limpiando la embajada. Una madre joven, y ella no conocía la leche en polvo. Se asombró de veras cuando le explicamos cómo se hacía leche con ese polvo.

Ofelia se pasó las manos por detrás, como alisando sus nalgas y se sentó a su lado. Había dejado la taza en el filo de la azotea. Las hormigas subían por esa taza como si fuera un centro comercial, la asaltaban, llegaban en grupos agitados y parecían confundidas buscando la manera de sacar el azúcar del líquido oscuro que reposaba en el fondo.

—Me parece que Narciso se preocupa mucho por usted y creo que está enamorado, pero no lo culpo: es terriblemente atractiva —señaló con frivolidad inusitada Alvis Canedo. Ofelia bajó la cabeza y después la levantó para mirarlo. Con ojos cansados. Adentro había un alma enjaulada.

—Es un buen amigo mío y es un sacerdote de vocación. Eso que usted dice es nuevo para mí, ni lo he pensado ni quiero

pensarlo —alegó mientras intentaba sacar, con un palito seco, a varias hormigas que luchaban por salir del fondo de la taza.

—No es bueno que sea el amor imposible de un sacerdote que es además guerrillero: no le convendría eso —bromeó Canedo y ella sonrió.

—No pienso en cuestiones sentimentales ahora. Quisiera que Agustín y Amanda pudieran salir y encontrarse conmigo. Casi estoy tentada de regresar a la casa. Agustín es débil y Amanda está muy achacosa para...

—¿Qué sucede allá abajo? —interrumpió Canedo. Un barullo crecía, voces hablando atropelladamente y como si fuera una señal esperada, en toda la ciudad arreciaron los tiroteos.

Ambos bajaron casi corriendo y encontraron a los asilados aglomerados, junto con el personal de la embajada, ante el aparato de televisión. Un nervioso locutor oficial informaba que Somoza se había ido del país. Los hijos de los asilados jugaban en el patio, indiferentes, cerca de una piscina sin agua. La cocinera y una ayudante se asomaron al oír el alboroto, que pronto era un murmullo degenerando en silencio, en mutismo.

La cocinera rompió su mudez y sus palabras cayeron como una lápida encima de los asilados, especialmente encima del coronel, a quien la mujer miraba sin disimular el odio que le inspiraba:

—Perdió la guerra la bestia mayor... Ese jodido se ha ido por fin. El desayuno está listo para los que quieran comer.

Y se metió de nuevo en la cocina.

—¿La bestia mayor?, ¿quién es la bestia mayor, mamá? —preguntó un niño que se había acercado a los adultos. Su madre le dijo que se fuera a jugar con los otros. Ofelia parecía petrificada y a Canedo le gustó porque se había aferrado a su brazo derecho y su perfume flotaba íntimo como fundiéndolos a ambos.

Alvis Canedo se tocó la cara sin afeitarse. En algunas áreas le brotaba poca barba, pero en otras los pelos raspaban su mano. Tenía ganas de darse un buen baño y afeitarse. También deseaba

salir pronto de Nicaragua. La violencia no cesaba, los guardias y los soldados que resistían estaban bien armados y algunos aviones seguían bombardeando. En las calles ardían más cadáveres que nunca y en los techos de las casas cientos de mujeres escribían con gruesas brochas y pintura de cualquier color la frase: “Hay niños”, pero los bombardeos y los tiroteos no parecían tomar en cuenta esos avisos.

Durante meses las mujeres se olvidaron de comprar champú, carmín, lápiz labial, desodorantes, carne, leche, pan, pero buscaban potes de pintura a como diera lugar.

Llegó a la embajada y hurgó en los archivos donde guardaban los pasaportes visados. Había tenido que atravesar varios pasillos llenos de asilados sentados en el piso, hombres que fumaban asustados, mujeres que temblaban y que quizás pensaban en el mal matrimonio que definitivamente habían hecho. Sus esposos no se veían gallardos y altivos ahora. Algunos en realidad no habían hecho ningún mal imperdonable, pero otros eran asesinos en potencia, seres mediocres que no conocían nada respecto a los caprichos de la historia. En el archivo de Camilo Badeschi encontró los pasaportes de los hermanos Torrespino y también el de Rosa Paredes. No había ningún paquete a nombre de ellos. Solo una caja con la etiqueta a nombre de Camilo Badeschi. “Fragil. No abrir”, decía la etiqueta. Canedo la abrió y era un betamax. “¿Por qué Camilo compraría aquí un betamax si en Panamá son más baratos?”, pensó. Sacó su navaja y comenzó a darle vuelta a los tornillos. Antes que terminara con todos se levantó y cerró la puerta con seguro. Tenía la garganta seca. Cuando levantó la tapa del aparato vio que adentro no había cables ni el tripaje electrónico que esos aparatos necesitan; un plástico grueso cubría un paquete y cuando lo abrió sabía que vería dólares allí, cinco millones de dólares en billetes de alta nominación. Había un casete introducido y lo sacó para luego cerrar la tapa. Le temblaba el pulso y tardó un siglo en apretar los tornillos. Llenó de sellos la caja y cambio la etiqueta. Puso,

“Alvis Canedo. Frágil. Valija diplomática” y llenó un formulario que muy pronto haría firmar por el embajador.

Después, sentado frente al escritorio y aún con la puerta cerrada, abrió el casete que a simple vista era una vieja película. Adentro brillaban con chispazos las joyas de la familia Torrespino. Buscó un sobre y las guardó en un bolsillo.

Encendió un cigarrillo y se preguntó si había visto aquella película. Era la historia de un soldado norteamericano en Saigón. Los barrios con sus calles saturadas de ventas de arroz humeante, carne de serpiente y de perro; los lodazales, las prostitutas enfermas, los camiones militares, los niños atontados por el hambre. Recordaba aquella delgada vietnamita con quien el protagonista se acostó en la habitación corrompida por la humedad y el calor, cuyo papel tapiz lleno de mariposas hablaba de una época más colorida. La mujer era joven y de una belleza triste. Su vestido de seda barata salía como una concha de ajo y aún su corazón se sobresaltaba al recrear aquella imagen, andaba desnuda por el cuarto y la cámara la seguía. Tenía un brazo tatuado. Su cuerpo era diminuto, pero atlético, de piernas fuertes. Tenía escasos vellos y los labios de su sexo eran pálidos y angostos. El hombre occidental se había quedado dormido en la cama y ella sacó un cuchillo que estaba en el pantalón del hombre. La mujer se abalanzó y la cámara mostraba su cabellera negra flotando por la acción violenta y los giros del ventilador que se quejaba prendido al techo. Entonces el hombre despertó y se tiró de lado. El cuchillo le entró cerca de la axila izquierda y... no, esta no debía ser aquella película.

—En fin... —dijo Canedo y cuando salió del cuarto no sabía aún cómo hacer para devolver las joyas a Ofelia Torrespino.

Al embajador le tranquilizó el informe que Canedo le presentó. Escobar, quien se alojaba ya en la embajada asilado con su esposa y su hija de cinco meses, lo ratificó, así debió suceder. Badeschi, de buena fe, había aceptado sacar las joyas de la familia Torrespino y las llevó a la embajada. Posteriormente Agustín Torrespino le pidió otro favor, pero Rosa Paredes lo mató por celos y guardó

en su departamento una valija que cargaba Badeschi, creyendo que allí estaba su pasaporte y que también se hallaba en su interior el paquete con las joyas de los Torrespino. No había nada de eso, tenía en su poder nada menos que cinco millones de dólares y eso fue el motivo de que alguien la asesinara.

Ahora quedaba por dilucidar si debía entregar las joyas a Ofelia o a su hermana. Canedo opinó que Ofelia las debía tener porque así podría sacarlas del país. De todas maneras les pertenecían a la familia y no valdrían más allá de doscientos o trescientos mil dólares.

—¿Le parece poco? —dijo entre bromista y aliviado el embajador, quien aceptó la opinión de su subalterno. Saber que Badeschi no había estado enredado en algo turbio le bastaba. Canedo también suspiró descargado al entregar las joyas al diplomático. Escobar no deseaba hablar demasiado de aquel asunto, feliz de haber encontrado asilo y agradecía esto a cada instante. Inclusive, Canedo le prometió que al llegar a Caracas tendría pasajes para él y su familia hacia la República Dominicana. Escobar no pudo disimular las lágrimas. Canedo buscó una botella de Chivas Regal y bebieron juntos en la cocina hasta media noche.

No contó a nadie que había estado una tarde en Granada. La ciudad no mostraba un solo balazo. Allí la tranquilidad era insólita. Vio un carruaje tirado por caballos, un lujoso carruaje vacío, donde llevaban a los muertos adinerados hasta el cementerio, pero en Granada no había entierros en esos días. Se detuvo a tomar un refresco en la plaza Rubén Darío y luego preguntó por el mejor sitio para comer pescado de río. Le mostraron el camino hacia una casa elevada encima de una laguna que recibía en su seno las aguas transparentes de un río. Contempló a los pescadores y al llegar a la casa se topó con uno que entraba por la puerta trasera con un racimo de pescados que brillaban como dijes colgando de una vara.

Los dueños del restaurante eran dos ancianos húngaros que habían llegado a Nicaragua treinta años atrás. Comió un excelente pescado de carne blanca, jugosa, chisporroteante. Canedo

preguntó al anciano, mostrándole una fotografía de Badeschi, si había visto a ese hombre por allí. Sacó unos anteojos de aumento y después de contemplar la fotografía dijo que sí. Con una mujer hermosa, de mucha clase. Ella parecía fingir que lo quería, porque cuando el hombre se iba al baño (lo hizo varias veces) tomaba cerveza. La dama veía el reloj y mostraba cara de fastidio y de impaciencia. “Eso se conoce... he visto miles de parejas por ahí y sé cuando están enamoradas” comentó.

Esa mujer había convencido a Badeschi de que traicionara a Agustín Torrespino.

Creía que se trataba de Ofelia, aunque no entendía cómo Badeschi pudo pensar alguna vez que ella le amaba.

La verdad es que todo indicaba que Badeschi deseaba llevarse ese dinero a Venezuela, pero no parecía posible que hubiera decidido eso sin un motivo más fuerte. Tenía que ser Ofelia. No había otra solución.

Al apenas salir el sol Canedo hizo rápidamente sus ejercicios matinales, se duchó y se vistió como para salir a una fiesta. Cuando le servían el desayuno entró la secretaria del embajador. Lucía demacrada y sintió pena por ella. La animó un poco:

—No te preocupes que pronto estaremos fuera de aquí, ¿quieres sentarte?

Ella sonrió forzosamente y pidió un jugo de naranja. “Solo tenemos jugo de guayaba” dijo la muchacha de servicio.

El embajador entró en ese momento y después de saludar y sentarse a la mesa, comentó:

—¿Sabe lo último, Canedo?, acaban de llegar a la embajada veinte personas más; ordené cerrar las puertas y no aceptar más asilados por los momentos.

—Hizo bien, señor —respondió Canedo con cara de preocupación.

—Es la misma cara que yo puse cuando me lo dijeron.

Poco después salieron ambos hacia la embajada. La secretaria pidió permiso para quedarse en la residencia y el embajador le dijo que sí. “Está descompuesta, la pobre” apuntó en el carro.

En la embajada varias mujeres se turnaban para cocinar porque la cocinera no estaba allí. Los hombres conversaban en pequeños grupos. Afuera, a pocos metros, dos camiones llenos de guerrilleros sandinistas permanecían como esperando una orden para entrar. La ayudante de la cocinera se había quedado, pero solo se dedicaba a hacer café para los asilados. Un exteniente de bigotes delgados y ojeras moradas la contemplaba con rencor, sin disimulo, cuando ella llegó cargando la bandeja de café.

—¿Tienes ganas de envenenarnos? —dice el hombre.

Ella no responde. “Déjela, al menos te está ofreciendo café” manifiesta otro asilado.

—¿No se atreve a beber el café? —pregunta la muchacha y deja la bandeja con una docena de vasitos de plástico y una cafetera grande. Se marcha a la cocina porque ha visto entrar al embajador.

—¿Dónde está la señorita Torrespino? —pregunta Canedo. Le dicen que no ha salido de su habitación. “La que está al lado de la escalera que sube a la azotea”. Canedo llega hasta la puerta estrecha, toca y la puerta se abre inmediatamente como si la mujer hubiese estado esperando esa llamada.

—¿Podemos ir a la oficina del embajador un momento?

—Claro.

Los hombres sentados siguen con la mirada el paso de Ofelia. Ninguno deja de creer que está en problemas. “La van a sacar de la embajada y afuera se encuentran los guerrilleros” murmuran.

El embajador se pone de pie y saluda a Ofelia. Rápidamente le explica que tiene sus joyas, hace que firme un recibo de entrega y les pide a ambos que vayan a terminar de conversar en otro sitio. Ni siquiera le interesa ya el caso. Está resuelto y solo desea terminar su trabajo en ese lugar para alejarse lo más posible. Al día siguiente saldrán en el primer vuelo de Iberia su esposa, su secretaria y el agregado militar. Los demás irán con él en el vuelo de la próxima semana si es que consiguen sacar a los asilados de allí.

Canedo y Ofelia se van hacia la azotea. Abajo, en la calle, permanecen los camiones de los sandinistas. Ambos se recuestan a un muro y como de común acuerdo se sientan en el piso.

—Hay un mitin en el centro —dice Canedo.

—No me gusta la política —responde ella. Su perfume es seductor, profundo.

—¿Qué perfume es ese? ¿Arpège de Lanvin?

—¿Cómo dice?

—Que si su perfume es Arpège de Lanvin.

—No. Es Givenchy, ¿de dónde sacó eso?, no conozco a nadie que use Arpège. El verdadero es costoso, difícil de conseguir. Alguna vez supe de la esposa de un diplomático o de un alto jefe militar que lo usaba, pero no: les gusta a las mujeres de más edad o a las mujeres muy sofisticadas. ¿Sabe mucho de perfumes usted?

—No. Curiosidad.

La tarde comenzaba. Gritos y consignas venían con la brisa cálida como el aviso de una creciente, como el desbordarse de un río. Las cigarras iniciaban su salida de los cascarrones transparentes que quedaban pegados a los troncos leñosos de los árboles. Era como si la ciudad estuviera friéndose.

—¿Está disgustado conmigo el embajador?, lo noté seco, frío —dice Ofelia abrazada a sus rodillas.

—No. Ya sabe cómo son los diplomáticos, siempre tienen la cabeza puesta en un lío o en algún informe. Sencillamente anda atravesando un momento complicado, pero ya lo volverá usted a ver en su salsa de hombre amable. ¿Qué hará al llegar a Caracas?

—Saldré inmediatamente a Nueva York. Doña Betty me prometió que hablaría con la embajada norteamericana para conseguirme la visa.

—Creo que Narciso ayudará a Agustín a salir, pero por los momentos todo es un caos. Me hubiera gustado mostrarle Caracas, pero ya sé que usted apenas podrá conocer la ciudad dos o tres días. ¿Por qué no se ha casado usted, Ofelia?

—Les tengo miedo a los hombres. Por eso.

—¿Alguna razón en particular?

—No. La razón no se me ha revelado aún.

Varias veces ha venido a su mente, como ahora, aquella imagen: aunque le habían prohibido como a sus dos hermanos, penetrar en la habitación de sus padres, una noche se desplazó en la oscuridad y empujó la puerta. Tendría cinco o seis años; se escondió detrás de una espesa cortina y veía desde allí hacia el mundo barroco de la cama matrimonial. El cuerpo blanco y delgado de su madre estaba bocabajo, en cuatro patas. Ella se sostenía a duras penas con las manos abiertas sobre almohadones y su padre, arrodillado, la empujaba y la jalaba. Ella parecía sufrir y disfrutar al mismo tiempo. El hombre la insultaba, con palabras que Ofelia conocería mucho después. Él la jalaba y la empujaba. Ofelia no entendía por qué el rostro de su madre no era visible, pero escuchaba sus gemidos. No resistió y se escurrió hacia su habitación, aterrada. Sin embargo, no era esa la razón. Temía el contacto sexual con un hombre, pero lo deseaba cada vez con más ardor. Sabía que llegaría ese momento. Pero lo había retrasado adrede.

—Un tipo como yo jamás podría gustarle a una mujer como usted, ¿verdad? —habló Alvis Canedo, como si hubiera estado inmerso en sus pensamientos.

—No —dijo.

Cayeron hojas secas cerca de ambos, el rumor del mitin iba y venía, crecía y se extinguía. No había pájaros por allí. El perfume de ella era una incongruencia. Igual que las ondas del mitin, llegaba en ráfagas de viento hasta los jóvenes guerrilleros como el espíritu femenino de una sociedad que estaba desplomándose. Ellos olían, se inquietaban y miraban las grandes casas con ganas de saltar.

## Capítulo IX

### Fiestas y cruces

En ese momento era la fiesta más grande y más extraña del mundo. Hombres, mujeres, niños, limpiaban las calles, los callejones, apartaban los restos quemados de vehículos, los carbones de los cadáveres, las conchas de los proyectiles. De manera veloz y asombrosa construían nichos o lápidas con nombres que señalaban “Aquí murió Roberto”, “Aquí murieron Juan, Sandra, Pino”, y así sucesivamente. Nombres y cruces.

No se podía caminar por el centro de las calles, las tumbas obstaculizaban el paso, pero eso no parecía importar. Casi nadie se libraba de haber perdido un familiar o al menos un conocido. Aparecieron miles de muchachos y muchachas, de hombres uniformados y armados, con los uniformes y las armas abandonados por los soldados de la dictadura. Surgían también montones de sacos de arena, detrás de los cuales se erigía un comando; las barricadas se convertían en cuarteles; miles de niños de apenas doce o trece años caminaban orondos y serios con holgados uniformes y fusiles o ametralladoras demasiado negros o pesados para ellos.

El erotismo flotaba encima de la muerte. Era una manera particular de mirar a la mujer: cuerpos revelándose fuertes y diferentes dentro de los uniformes, miradas agresivas y sedosas bajo cabelleras recogidas. Comenzaron a proliferar los mercados, aunque sin mucho que ofrecer. Encima de tablonces colocados de cualquier manera humeaban las frituras; en cualquier esquina aparecían cachivaches amontonados que se cambiaban por otros cachivaches o se vendían a bajos precios. También había armas

tiradas que podían cambiarse por una lata de sardinas; cajas de repuestos para vehículos, paquetes de cigarrillos.

Día y noche circulaban seres uniformados con pañuelos roji-negros en sus cuellos, se encendían hogueras que chisporroteaban animadas por canciones que contaban hazañas y mencionaban héroes populares. Las iglesias se llenaban de gente uniformada o vestida con harapos que acudían a cualquier hora a oír misa. Los sacerdotes celebraban misa a toda hora, la mayoría con canciones que iban desde el repertorio revolucionario hasta las canciones que habían quedado de moda, atascadas y que ya no sonaban en otros países.

Los tiroteos continuaban, pero cada vez eran menos los guardias que hacían resistencia. Solo quedaban unos pocos escondidos en algunos barrios, en uno que otro edificio viejo. Los zaguanes mostraban heridos mirando desde sus vendajes, ancianos postrados, muchachos sin brazos o sin piernas, mutilados sonrientes.

Se organizaban comités, mítines, reuniones que llevaban el optimismo de la reconstrucción a cada rincón. Las calles ya no eran desconocidas, calles largas, calles sin salida, casas construidas por ferrocarrileros, ventas de cerveza y carne asada, calles a oscuras, calles con fogatas, calles colmadas de gente que buscaba a otra gente. Se contaban, preguntaban por los desaparecidos. Construían nuevas tumbas y organizaban más homenajes. Mujeres que mostraban fotografías y en cada uniformado que veían creían hallar la respuesta deseada: “Sí, está vivo”.

Sandoval camina más aprisa a medida que reconoce el callejón de su casa; lleva en una bolsa la correa de Pompilio, hedionda a carne podrida y no sabe aún cómo decirle a su madre que el cuerpo de su hermano era solo una masa descompuesta en la orilla del lago. Ya todos los cadáveres descubiertos allí están siendo sepultados. También carga un paquete de comida enlatada para que la señora Serminia y Aarón Baldomero mitiguen el hambre. La casa está a oscuras, la tierra se ha llenado de hojas secas y de basura. “Deben de estar adormilados de hambre”,

piensa con tristeza porque su madre y Aarón Baldomero jamás dejarían que el patio estuviese en ese estado. Más allá titilan las fogatas.

—Mamá... Soy yo... Sandoval —dice empujando la puerta de la casa. Camina con certeza hacia la madera que sirve para comer y para sentarse a pensar, a conversar, a jugar a las cartas. Para quitarles la basura a los fríjoles y para leer. Enciende la lámpara de kerosene que está en el mismo lugar. La levanta y camina por la casa. No hay nadie. “¿Habrán salido?, tienen que haber salido a buscar alimentos o a buscarnos a Pompilio y a mí”.

Deja la lámpara y los paquetes en la mesa y sale al patio. Un vecino sin camisa se asoma por la cerca de palos retorcidos y saluda a Sandoval.

—Hace dos semanas enterramos a la señora Serminia. Está ahí mismo en el patio. La encontramos sentada en el suelo, pegada al alení. Pero no sabemos dónde está Aarón Baldomero —le explicó. Sandoval dijo que estaba bien y salió de allí.

“Aarón Baldomero debe estar quemado en cualquier parte”, pensó y en eso rompió la represa de un llanto que había acumulado desde hacía tiempo.

De todas maneras caminó dispuesto a buscarlo y también tenía que encontrar en alguna parte a Arielca María.

Los conocidos lo saludaban. Él respondía al saludo. Algunos comentaban con admiración que era comandante. Cargaba dos granadas en el pecho, una pistola, un fusil ligero y un cuchillo. También caminaba con una pena que crecía como una fogata.

—¿Qué eres tú? —le preguntó un pájaro mojado y de pico tieso a Aarón Baldomero.

—Soy un caracol —respondió él. Estaba incrustado entre raíces húmedas y aprendía a sacar sus antenas y a ver las cosas que le parecían monstruosas, agresivas, demasiado grandes. El pájaro se rió estruendosamente, porque los caracoles tenían

concha y este era una cosa babosa que no le calmaría el hambre a ningún pájaro por muy pequeño que fuera.

—Te quiere comer... —susurró una voz larga y Aarón vio unos ojos amarillos como miel con sal que brotaban de una cueva. Así conoció la primera serpiente de su vida y sintió que aquellos ojos también le contemplaban con hambre. Presintió el peligro y quiso tener pies, muchas patas para irse de allí. El pájaro bajó una rama, dos ramas más abajo. La serpiente avanzó su cabeza verde llena de escamas brillantes. Él se movió la cuarta parte de un centímetro. La serpiente se sintió más cerca y capaz de arrebatarse el bocado al pájaro mojado. Comenzó a hacer eses de plata verde entre las hojas podridas y Aarón Baldomero guardó sus antenas de hule gris con terror.

El pájaro mojado y marrón se lanzó en picada y la serpiente perdió un segundo de tiempo en un hueco de agua sucia que se le atravesó en el camino; dos garfios rodearon su cuerpo y sintió que todo el universo giraba y se asombró de estar vivo y de ver el mundo al revés, a tanta velocidad que creció un poco.

Sobre una montaña llena de ramas sin hojas el pájaro comenzó a descender hasta un nido reseco.

—¿Qué cosa eres? —preguntó de nuevo el ave.

—Un caracol —dijo Aarón.

—Los caracoles tienen concha. Una casa con dibujos.

El pájaro quería comérselo, pero aquello no tenía mucha carne. Sintió lástima y decidió construirle una concha. Aarón sufría dolores en todo el cuerpo aunque era un cuerpo encogido, diminuto. El plumaje del pájaro se había secado y parecía más bonito. Le dijo que subiera a una hoja y esperó una eternidad mientras Aarón Baldomero obedecía. Luego tomó la hoja con su pico y fue hasta la casa de un búho y de allí pasó a las casas del conejo, de las ardillas, de los ratones de monte. Nadie sabía cómo hacer una concha.

—El gusano de seda debe saber —le aconsejaron. En el taller del gusano de seda se hizo lo que se pudo, pero no resultó, la seda resbalaba de aquella cosa babosa y adolorida. Le dijeron al pájaro

que en el mar había conchas por todas partes, y salieron hacia el mar. El mar parecía un león. La orilla era blanca y saturada de ramas rotas y de conchas de todos los tamaños, pero había mucho sol. Un gavián bajó desde lo alto y el pájaro no lo vio de tan concentrado que estaba midiéndole las conchas a Aarón Baldomero. Lo metió en una concha que parecía un cuerno y se burló de lo ridículo que se veía. Aarón se sentía demasiado apretado allí, pero cuando iba a pedirle que lo sacara llegó el gavián y atacó al pájaro marrón. Este voló asustado huyendo, pero el gavián lo alcanzó en el espacio y comenzaron a luchar. Aarón no podía verlos y tampoco escuchaba los graznidos. De pronto solo había mar, brisa y sol. El calor quemaba a Aarón Baldomero.

—¿Dónde estás? —preguntaba y trataba de meterse más en el caracol porque el sol lo quemaba, lo deshidrataba.

—¿Qué dice ese jodío?, no se le entiende nada —habló alguien.

—Busquen a Sandoval y díganle que tenemos a un vietnamita y que se puede morir. Necesitamos interrogarlo —dijo otra voz.

—El médico dijo que necesita más suero, pero que no está grave todavía.

—Sandoval anda como loco buscando a Arielca María.

—¿Qué dijo ese cochón?

—No se le entiende.

La cárcel es un castillo tosco con los pisos alfombrados de paja; podría decirse que es un castillo de imitación construido para filmar una película de Walt Disney. Sus piedras están rayadas en el interior con nombres de seres humanos que pasaron por allí, que estuvieron mucho tiempo encerrados o que murieron sin lograr ver al exterior. Cada amanecer sacan a un prisionero de los nuevos, o algún hombre acusado de torturador o de asesino, como el que están sacando esta madrugada, un sargento de la Guardia Nacional que confesó haber matado a cuarenta y cinco

jóvenes sandinistas. Lo van a colocar pegado a una muralla y él no parece oír la pregunta de si quiere venda en los ojos o no. Lo dejan sin venda. No es propiamente un fusilamiento porque lo van a ajusticiar con ametralladoras y lo harán cinco muchachas, todas ellas hermanas de algunas de las víctimas del exmilitar. Cuando dan la orden de disparar, las ráfagas enloquecidas caen sobre el cuerpo del hombre, corren por su camisa como una máquina de coser y algunos balazos pegan desviadamente a varios metros de distancia. El hombre cae gritando y aunque las muchachas han dejado de disparar sigue saltando en el suelo como si le alcanzaran balazos invisibles, se estremece, compulsivamente se revuelca; la boca se le llena de tierra y piedras, se golpea la cabeza contra el muro y no para de gritar. Levanta polvo con los gritos y los estertores, parece que se va a poner de pie otra vez, pero cae de lado y se le desprende un brazo casi completamente. Las muchachas lo miran en silencio, pero no se horrorizan como podrían haberse horrorizado antes, han visto demasiadas muertes y cada vez implica un drama diferente aunque con el mismo final.

El hombre que ha dado la orden de disparar pide que lo rematen y el ajusticiado mueve la cabeza y mira hacia las muchachas, pero ellas no quieren hacerlo.

Agustín Torrespino, en su celda, ha despertado con una palidez que habla de su miedo. Sabe quién es el hombre y lo vio cuando salió de un calabozo peinado con brillantina y vestido de limpio, con una guayabera blanca, como si se dirigiera a la calle. En su opinión el hombre estaba loco, toda la vida se había dedicado a matar por puro placer. Hay gente que se acostumbra a matar y después solo desea morir, seguramente porque en algún instante ha envidiado esa ida, esa partida hacia un lugar sin preguntas ni respuestas, sin carne y sin asuntos.

Más después, cuando una gran olla de frijoles con papas arde en el patio exterior del castillo, un carro de doble tracción llega y dos hombres se bajan aporreados por el viaje.

—Es una lástima que hayamos llegado a las nueve de la mañana a este sitio, fusilaron a un hombre y yo quería confesarlo. Un asesino. Nos habríamos enfrentado a uno de los instantes más absurdos que vive el ser humano: el hombre de frente ante la muerte segura e irreversible y los ejecutores quedándose vacíos por dentro, compartiendo un poco de esa muerte —dijo Narciso Palomares a Canedo. Varios milicianos les rodearon y miraban a Palomares con reverencia. Varias mujeres viejas echaban verduras al agua de la olla.

Adentro, los calabozos estaban llenos de guardias nacionales y otros militares, la mayoría de mediana estatura, acampesinados y de rostros cansados.

Narciso Palomares y Alvis Canedo seguían a dos muchachas uniformadas que caminaban sin prisas. Otra joven los detuvo y sus compañeras le dijeron que se trataba del comandante Palomares. Ella lo miró asombrada. Se unió al grupo y avanzaron hasta una escalera que bajaba hacia un panal de calabozos. En uno de los huecos abarrotados vieron a Agustín Torrespino, sentado encima de un colchón delgado y destripado. Abrieron la reja y los dos hombres entraron. Las muchachas quedaron conversando afuera, algo retiradas.

Agustín no habló. Se quedó mirando a Palomares y a Canedo con ojos enrojecidos. Su camisa ya no era blanca y su pantalón de casimir azul marino mostraba manchas y desgarrones. Palomares y el detenido se estrecharon las manos. Canedo esperó su turno.

—¿Cómo están Amanda y Ofelia? —preguntó y Palomares le respondió que Ofelia había salido del país el día anterior y Amanda saldría después porque había decidido esperar la libertad de Agustín. Este se puso a llorar un largo minuto, y los otros hombres no quisieron mirarlo.

Después hablaron largamente. Le contaron todo lo que sabían y Palomares le dijo que tendría que esperar un tiempo para ser sometido a juicio, pero le garantizó que saldría bien del proceso. Sonaba vacío, bien intencionado, pero vacío, a juicio de

Canedo. Aquel sacerdote revolucionario confiaba demasiado en que haría valer su punto de vista personal, pero Agustín era un preso que muy bien podría servir de ejemplo para castigar esa parte de la sociedad capitalista que es el aburguesamiento indiferente. Palomares le pidió a Canedo que saliera del calabozo y se quedó a solas con Agustín.

Los dos hombres se recostaron a la pared de piedra, sentados en la colchoneta.

Hablaban en voz baja. “Lo está confesando”, pensó Canedo. Cerca, las jóvenes sandinistas cuchicheaban riéndose, a intervalos. En el patio, voces adolescentes, inmaduras, cantaban: “Ya llegó el general, con su batallón”, Cabrerita interpreta *Una mazurkita en la mayor*.

Estaban cerca del pueblo donde nació Sandino. Allí todavía vivía una anciana que había sido novia de Sandino desde la infancia. Las muchachas le contaban eso a Canedo porque él les preguntó sobre la canción. La novia anciana decía que Augusto César Sandino se llamaba en realidad Augusto Calderón.

—Nos vamos—dijo desde el calabozo el padre Palomares. Canedo fue y se despidió de Torrespino. Tenía la mano blanda y fría. Se acostó recostado a la pared y pronunció un “adiós” quebrado, lloroso. Se vio caminando al amanecer hacia el muro donde había manchas de sangre y astillas de huesos. Palomares expresó a las muchachas, en voz tan alta como para que Agustín oyera:

—Este prisionero es especial, quiero que lo traten bien. No debe mucho a la revolución, hasta ha colaborado con ella. Es mi prisionero y quiero que lo mantengan con vida. Quiero que le digan esto a todos los milicianos. Ahora hablaré con su comandante.

Se fueron. Canedo no quiso mirar atrás. En el patio Palomares habló con el comandante y le manifestó su deseo de que protegieran a aquel detenido. Luego les ofrecieron sendos platos de cocido. Verduras y costillas de res. Comieron contemplando la larga y angosta carretera que se pierde hacia Managua, detrás de un cerro de basalto. Las puntas rotas de los volcanes se

reflejaban en un lago perfecto y hermoso, limpio y tranquilo. Como hormigas jalando una hoja, un grupo de hombres, en la lejana orilla del lago, amarran un bote.

—Buscan cadáveres —explica Palomares mientras corta un trozo de verdura con la cuchara.

El jeep baja por la estrecha carretera de asfalto. Las palabras saltaban con los baches. “Mi familia es una familia de clase media de Corinto”.

—¿Conoce Corinto?, es un puerto sin muchas casas, poca gente pero con una infinita pureza espiritual. Es el contacto con el océano que trajo siempre barcos de todo el mundo y los regresó también a sus lugares de origen. Mi padre era aduanero y los Torrespino iban con frecuencia a Corinto. Algunas veces se quedaban en la residencia de la aduana. Allí en esa casa grande, tejados victorianos verdes como el mar, nos conocimos muy bien Ofelia, Agustín y yo. Agustín era callado, tristón, pero él y yo pensábamos igual respecto a la situación de la población nicaragüense. Era muy sensible en cuanto a la cuestión social. No sé qué le paso después, tal vez no pudo contradecir demasiado a su padre. Ofelia era como de otra dimensión, una criatura que se transformaba frente al océano: soñaba con irse lejos y ser actriz. Después nos reíamos de esos sueños; ella también sentía lo que sucedía en el país, pero era fatalista, creo yo. Cuando mi padre me envió a Managua a estudiar en el liceo de los padres dominicos, encontré allí a mis amigos y nunca más dejamos de vernos, hasta ahora.

Camiones llenos de milicianos transitan o están detenidos en la carretera; Canedo no habla. Ya le ha manifestado a Palomares que seguirá buscando sus dólares hasta el último día en que esté en Nicaragua, pero no tiene idea de quién mató a Rosa Paredes.

—Olvide ese dinero y ese crimen, Canedo, estoy casi seguro de que fue un conocido de Rosa que aprovechó el estado de guerra para matarla y quitarle el botín. De todas maneras no

podrá sacarlo del país. Ya sabemos que en ninguna de las embajadas hay gente con muchos dólares, así es que no hay más nada que decir: le agradezco en verdad lo que ha hecho por todos –le respondió el sacerdote revolucionario.

—¿Sabe, Palomares?, le dije a Ofelia que usted está enamorado de ella –dice Canedo de pronto.

El sacerdote se ríe sin malicia y replica:

—Ella lo sabe. No es nada nuevo. Hemos estado jugando a ese amor desde hace años. Si me hubiese aceptado la primera vez que le hice ver que la quería, seguramente no sería sacerdote...

—Ni revolucionario...

—Ese es precisamente el punto, creo que ella no habría podido vivir con alguien como yo. Además, le voy a confesar algo que me ha rondado la cabeza mucho tiempo, creo que Ofelia es una de esas hijas que odian la imagen del padre y ello la condujo a rechazar cualquier actitud masculina. Es una mujer muy femenina, pero me parece que... que fácilmente podría amar a otra mujer. De alguna manera eso también ha afectado a Agustín, aunque en menos grado. Aquel hombre era terrible, los maltrataba un día y al otro los mimaba, pero finalmente era un ser humano cruel y áspero que gobernaba sus vidas como un dictador.

—Yo nunca pensé que eso ocurriera en la vida real. Siempre me parecieron cosas de novela.

Canedo se queda en silencio después de expresarse sin mucha consistencia. Está cansado de lo que ve, de lo que oye, de lo que siente. Había ido a despedir a Ofelia al aeropuerto y antes de subir al avión ella le ofreció su boca, se besaron. Después se fue sin voltear el rostro una sola vez, ni siquiera cuando iba en el interior de la nave y la ventanilla pasó frente a él. Fue un beso apasionado y perfumado, cálido y de sabor limpio, prometedor. No entendía a esa mujer, pero no tenía nada de lesbiana.

—Ese camión está lleno de cadáveres, son cuerpos rescatados por los pescadores, ¿ve usted los bultos amontonados? –interrumpe Palomares.

—Sí... –dice Canedo sin ganas de mirar aquel camión.

Siente deseos de entregar los cinco millones de dólares al sacerdote, de ser un héroe de la revolución, pero piensa en su país, en la madre anciana que está esperándolo, en el largo camino que tiene que recorrer. Mientras ella no muera él se mantendrá solitario, sin ninguna otra mujer en su vida. Esos cinco millones de dólares quedarán escondidos un largo tiempo. Después saldrán a flote y le servirán para buscar a una mujer como aquella que se le ha escapado de las manos.

—Givenchy... se le sale la palabra.

—¿Cómo?, ¿quién? —pregunta Palomares.

—No, pensando en lo que le voy a regalar a mamá. Siempre me resulta problemático —explica Canedo.

El camión que ha pasado, hediondo a pescado y a muerte, salta, cruje, rechina; los pescadores y los milicianos saludan a los dos hombres del jeep, especialmente al comandante Palomares.

Uno de los chavales uniformados ha mirado con mala espina a Canedo y como por preguntar algo mira a sus compañeros y refunfuña:

—¿Qué dijo ese jodío?

## Capítulo X

### Es que te confundí

Sandoval caminaba entre la multitud que vestía como él y portaba armas como él. Managua parecía incendiarse de fogatas y oscuridades al mismo tiempo. Buscaba entre la muchedumbre que iba llegando hasta la catedral donde se concentraba toda la gente para el gran mitin. La efervescencia alcanzaba su máximo nivel. Aparecían los carritos de hielo con agua dulce y colorada; miles de niños pululaban entre las piernas de la masa, jugando, lloriqueando, curioseando; decenas de cámaras de estaciones de televisión y de reporteros de todo el mundo se movían como marcianos apuntando con sus picos negros hacia el dramático carnaval que mostraba alegría revuelta con luto; niños con fusiles, ancianos desarrapados y sin zapatos, con revólveres a la cintura; mujeres desafiantes con las tetas erguidas entre las equis de las cananas, senos y granadas en un mismo pecho; guerrilleros de barbas, de pelo largo, lampiños de pelo corto; blancos, morenos, indios, negros, cojos, mancos, llenos de cicatrices. Las ambulancias de la Cruz Roja listas con sus camillas. La multitud crecía, se multiplicaba, llegaba desde todos los puntos de Managua atravesando los escombros, levantando el polvo de los terrenos cubiertos con terrones y yerbajos amarillentos.

Sandoval buscaba a Arielca María y a su hermano Aarón Baldomero, no se cansaba de ver y de escudriñar cuerpos, figuras, movimientos. Todas las muchachas uniformadas se parecían por detrás a Arielca María. Sandoval las llamaba o las tocaba y luego decía: “Perdón, compita, te confundí”.

—Perdón, compita, te confundí.

—Perdón, compita, te confundí.

Creía que hallar a Aarón Baldomero, si estaba vivo, sería más fácil, porque casi nadie era gordo como él, ni podía caminar como él lo hacía.

Al fin se topó con algunos compañeros conocidos y después del mitin se fue al comando de ellos en vez de regresar al suyo. Andaba demasiado agotado y preocupado como para buscar un camión que lo llevara hasta la colonia Tenderí, donde había montado su comando transitoriamente.

Se prometió aprovechar el día siguiente cuando no tendría guardia, para reiniciar su búsqueda.

—Sandoval, compita, me pareció que te buscaba alguien de tu comando porque en alguna parte tienen detenido a un vietnamita y quieren que vos lo interrogues, no sé cómo, pero tienen a un maldito canguro que no se pudo escapar —comenta uno de los chavales que caminan con él.

—Hombre, mañana veré a ese vietnamita. ¿Me pueden llevar al comando al amanecer?

—Pues sí, no hay problema con eso. Yo mismo te llevo. Nunca pude ver a un vietnamita vivo.

Sandoval se quedó en silencio y caminaba bajo la noche calurosa levantando polvo con las botas demasiado grandes para sus pies. Pensaba en Arielca María. Recordaba cómo se alteró cuando le dijo que él la quería. Se lo había confesado primero como en una película, pero después lo repitió con sencillez. “Pero tengo que decirte otra cosa, no puedo quererte” le dijo a continuación y ella sonrió.

“¿Por qué, si yo también te quiero?” preguntó la muchacha. El corazón de Sandoval se despotricó, se desbarrancó, se golpeó contra las costillas. Arielca María le había enseñado sobre la revolución, la lucha de clases, el materialismo histórico y el reflejo condicionado. También le hizo tomar apego por los poemas de Whitman. “¿No es norteamericano, yanqui, pues?” había preguntado él. Era un norteamericano diferente a los que había

conocido en Nicaragua. Sandoval le contó que no podía quererla por culpa de un perro. Le habló de aquel mordisco, como si ella no lo supiera. “Nos veremos en el triunfo de Managua” le prometió la muchacha cuando se separaron en León.

Al cantar un gallo que tenían atado en una barricada de adoquines, Sandoval se levantó y buscó donde bañarse. Se peinó con brillantina y aceptó dos tazas de café antes de salir hacia la colonia Tenderí. Tenía ochenta pesos en los bolsillos y como había amanecido con el pálpito de que hallaría a Arielca María, decidió comprar un regalo en el centro de Managua.

—No podemos pasar por el centro si queremos llegar pronto a la colonia Tenderí, compita, ¿no vas a resolver lo del vietnamita? —le dijo el miliciano de la noche anterior, quien oía divagar a Sandoval, mientras intentaba encender el motor de un diminuto carro Honda.

Cuando iniciaron el viaje hacia el este de Managua las calles ya hervían de gente como si nadie hubiese dormido.

—Tenés razón, compita, vamos a la colonia Tenderí —dijo Sandoval y luego se dedicaron a comentar lo que iban viendo, qué se quemó, qué se salvó, quiénes habían muerto. Se llamaba Erasmo y se conocían desde la época en que ambos trabajaban cargando bolsas de alimento en el supermercado, y pasaban las tardes limpiando zapatos y los fines de semana lavando automóviles. Luego se volvieron a encontrar en la fábrica de cigarrillos y los últimos meses se vieron fugazmente en León y en Estelí, ya veteranos con una ametralladora en la mano cada uno.

—Siento bastante lo de Pompilio, maje. Era un dirigente nítido —comentó Erasmo cuando entraban al vericuerdo de las callejas de Tenderí. Una heladería estaba abierta y había una cola de dos kilómetros para comprar helados y papas fritas. También se veían grupos de personas comprando y revendiendo dólares.

Una ambulancia de la Cruz Roja aparcaba ante el comando de Sandoval; pararon detrás y se bajaron.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sandoval y un posta le respondió que los paramédicos se iban a llevar al vietnamita para el hospital

porque tenía gusanos en las quemaduras. El cuerpo hediondo y grande estaba tirado bocabajo en un nido de cartones. La espalda era una llaga pustulenta y también la parte de atrás de la cabeza. Sandoval pegó un grito y corrió hacia aquel cuerpo gordo que se quejaba mientras los paramédicos buscaban la manera de subirlo a una camilla y varios guerrilleros cuidaban con sus armas asombrados de ver a alguien así.

—Es mi hermano Aarón Baldomero ¡Chocho!, ¿qué le hicieron? —gritó Sandoval y levantó la cabeza de Aarón con cuidado. Este había recobrado el conocimiento y sonreía con su boca pequeña y regordeta botando baba.

—Zandová... —dijo con un ronquido incrustado de alegría y dolor, y Sandoval miró la venda de la cabeza y la boca con dos dientes menos. Mientras ayudaba a subirlo a la camilla le contaron cómo lo habían encontrado y se enfurecía porque pudieron matarlo y él también pudo haberlo hecho de haberse quedado en el centro de la ciudad. Explicó que era mongólico y después se rió nerviosamente cuando le dijeron que caminaba con dos ametralladoras y una bolsa que parecía de un saqueo.

—Zandová... comía... comía pa' mí... —decía Aarón, estaba muerto de hambre. Sandoval le explicó que irían primero a curarlo a un hospital y que después podría comer. En ese momento llegaron dos jóvenes muy bien uniformados, evidentemente estudiantes universitarios que habían regresado del exilio. Uno de ellos se presentó como el comandante de toda el área Este y mostró un documento.

—Vengo a llevarme el vietnamita que ustedes han cogido, es ya un caso para ser resuelto por el comando estratégico, así es que agradezco que me ayuden a trasladarlo al cuartel general —dijo el pulcro comandante, cada hombro con una estrellita.

—No es un vietnamita, es mi hermano Aarón Baldomero, un retrasado mental, un mongólico. ¿Conoce a los mongólicos?, es como un niño —dijo Sandoval y los dos recién llegados se mostraron contrariados.

—Tiene usted que elaborar un informe para nosotros. No podemos irnos con una explicación así —replicó el otro.

Los chavales se iban reuniendo en torno a ellos y mostraban caras de rechazo; Sandoval se alteró y dijo:

—Vamos a llevarlo al hospital, porque es el único familiar que me queda de esta guerra. Si quiere un informe hágalo usted, nosotros no estamos aquí para escribir esas mierdas. Erasmo, comunícate con todos los comandos de Managua y pregunta a quién consultaron para nombrar comandantes de área porque yo no estoy de acuerdo con el procedimiento... vamos —se dirigió a los de la Cruz Roja.

—Yo tampoco estoy de acuerdo con eso —apuntó Erasmo y los demás corearon. Los dos jefes desconocidos quisieron conciliar, pero tuvieron que regresar al sitio de donde habían salido. Se subieron a un Mercedes Benz. Llevaba en la antena una bandera sandinista. Tenían chofer.

—Va a haber lío —comentó Sandoval.

Erasmo se fue detrás de la ambulancia, pero luego cambió el rumbo para hablar con los comandantes de la ciudad, uno por uno.

En la ambulancia iba Sandoval acompañado por dos de sus hombres. Aarón Baldomero hablaba y hablaba de cosas que Sandoval iba entendiendo poco a poco. Su hermano había sufrido más que cualquiera porque no tenía la capacidad para sobrevivir en la violencia que sacudió a Managua y, sin embargo, estaba vivo todavía.

—¿Quién habrá nombrado jefes a esas mierdas? —preguntó uno de los chavales.

—No sé —respondió Sandoval—, pero es el primer error irreparable que estoy viendo. Me recuerda a los gerentes de la fábrica de cigarrillos, ¿vos no trabajaste nunca en una fábrica, Emilio?

—Sí, en la pasteurizadora. Sé lo que dices, allá también hacían que trabajaban tipos así, pequeña burguesía arribista. Son pura teoría, compita. Lo que más aspiran en la vida es a ser burgueses.

—Bueno, quién sabe cuántos tenemos aquí ahora —dijo Sandoval.

La ambulancia iba de prisa; el sol apenas dejaba ver las calles, las borraba, las transformaba en espejismos de agua.

Sandoval les explicó lo que pudo sacar en claro de la historia que Aarón Baldomero le contó y todos olvidaron el incidente con los del Mercedes Benz y se pusieron a reír,

Emilio le jaló un cachete a Aarón y le dijo:

—Casi te cocina una ama de casa, vietnamita —y Aarón dijo que sí con la cabeza gorda abajo y puntiaguda arriba. Sonreía. Se puso a hablar otra vez con su voz de cigarrón metido en una lata.

—¿Qué dice? —preguntó Emilio.

—Que un pájaro lo salvó, algo así —responde Sandoval.

Después de salir del hospital y dejar a Aarón Baldomero bien cuidado y protegido, Sandoval se quedó en el centro de Managua. Fue hasta el búnker a contarle a su comandante lo que había sucedido esa mañana. El comandante Walter estaba agitado y había otro hombre con él, uno que Sandoval no conocía, pero intuía el poder. Era un hombre con poder.

Walter le miró con desaprobación y aunque escuchó la historia de Aarón Baldomero, luego manifestó que la actitud de Sandoval con sus superiores no había sido acertada. Sandoval replicó y sacó a colación la conducta revolucionaria.

—Mirá, vos no te convirtás en un problema —apuntó Walter y el otro hombre se largó un discurso denso y calmado en torno a la reorganización y a los puntos que debían fortalecerse en un movimiento revolucionario que tomaba el poder.

—Ustedes lo que quieren decirme es que ahora, quienes hemos estado peleando y dirigiendo el combate, estamos de más, somos peones para otra instancia, ¿no es así?, soy disciplinado y acepto el planteamiento, pero no tiene razón de ser, es un error y ya verás cómo se les va a complicar la situación —dijo Sandoval y después se limitó a oír. Cuando pudo salir de allí lo hizo y salió. El Hotel Intercontinental bullía de uniformados, de periodistas, de recién llegados.

La ciudad seguía enfiestada, todo se movía con efervescencia. Un periodista detuvo a Sandoval al verle el distintivo de comandante activo.

—¿No le gustaría hablarme un poco de su experiencia, de lo que siente en este momento, compita? —preguntó el periodista. Sandoval lo miró bien y simpatizó con él. Era mexicano. “Tiene que ganarse la vida duramente. He visto caer a varios” —pensó y decidió hablar para el grabador del hombre. Este escribió en una libreta el nombre de Sandoval y comenzó a hacerle preguntas.

—¿No cree que ustedes están demasiado divididos para emprender con éxito el proceso de reconstrucción? —fue la primera pregunta y a Sandoval le pareció que el periodista no era muy hábil.

—¿No le parece una pregunta muy a destiempo?

—La verdad es que sí lo es, pero se la hago porque he visto el fenómeno de la división y como usted es uno de los que han estado en la guerra quería saber si le preocupaba este punto.

Salían y entraban camiones llenos de uniformados; el búnker, se alejaba porque el periodista y Sandoval caminaban hacia la sede de los trabajadores, donde animados grupos conversaban.

—Mire, majé, yo sé que en el mundo hay lugares más bonitos que este, más ricos y fértiles que este. Hasta he llegado a pensar, ¿por qué quieren quitarnos un terreno tan angosto y tan árido?, pero Nicaragua no es solamente lagos y volcanes, sacuanjoches y sanates, Rubén Darío y palo de mayo. No es nada más desgracias y pobreza, también es gente en proceso de humanización y ese proceso tiene un combustible propio. Si una idea extraña se interpone reventará como pasó con los norteamericanos. Ellos han deseado este paisaje pero quieren tenerlo sin nosotros y esta geografía está íntimamente ligada a los nicaragüenses, solo queremos estar nosotros aquí. Somos como la tierra ante los volcanes, no nos importa morir, no le tememos a la muerte, podemos desayunar al lado de nuestros familiares muertos, descompuestos y seguir peleando si la libertad está en juego y la libertad que nosotros reconocemos es poder vivir aquí sin que manipulen nuestras

vidas y esa es una cruz que queremos, nadie nos va a encerrar ni a manejar. Hay teorías, libros, genios que han escrito cómo actuar y qué hacer para que los pueblos asuman otras actitudes, pero eso se caerá siempre por su propio peso en este país. Le voy a decir una cosa, Dios solo existe donde hay maldad, es un recurso que genera el vacío contra la maldad. La bestia mayor se encerró en un búnker de ciudadano norteamericano tratando de castrar a todos los nicas y Dios respondió quitándonos el miedo a morir.

El periodista quiere hacer otra pregunta, pero en ese momento llega un chaval hasta Sandoval y le dice que Aarón Baldomero está bien, que le quitaron los gusanos y lo dejaron hospitalizado y comiendo.

—¿Adonde vas, Ernesto?

—Voy de posta para el Intercontinental. Se reúnen ahí los nítidos esta tarde.

Ellos llaman “los nítidos” a los líderes de la revolución. Ernesto mira a Sandoval con admiración. Es apenas un adolescente, un niño casi. En su conversación infantil y sin mucha coherencia, discurso de gestos y sonidos, dice que ha oído mencionar a Arielca María. Sandoval se ha emocionado y se despide de Ernesto y del periodista, no sin antes haber posado apresuradamente para una fotografía. El periodista se ha mostrado interesado en la reunión que ha mencionado Ernesto, pero también quiere preguntar al muchacho sobre Sandoval. Este hurga en sus bolsillos buscando los ochenta pesos y cuando los palpa se aleja hacia el Hotel Intercontinental.

Antes de llegar allí recuerda que los precios en la tienda del hotel son muy altos. Caminó indeciso hacia el terreno vecino lleno de ventorrillos. Los camiones transitaban lentamente para no tropezar los tarantines. El viento jugaba con los pañuelos rojinegros que señalaban cuellos y más cuellos. Un cuello moreno, un cuello de niña, un cuello de viejo, un cuello de pobre. El viento le trajo un olor de huevos de tortuga pasados por agua con sal, cuellos tragando huevos de tortuga. Sintió que no tenía a dónde ir ni qué buscar. Se vio metido en una caseta de baño

mirando unos ojos que se abrían ante los suyos sin ningún por qué, el cuerpo brillante de gotas de agua, los muslos morenos y sólidos esperándole, los senos pequeños y puntiagudos, el vientre plano, los brazos caídos y la cabellera negra suelta. Las caderas suaves, la boca dejando asomar unos dientes blancos, bañados de aire cálido. La mota de pelos rizados que tocó inmediatamente y la humedad tibia en sus dedos. El gran amor aislado, el deseo sumiso de ambos, voluptuoso como una enredadera, las horas de besos, de posesiones silenciosas en cuartos de motel, las palabras de aquella boca diciendo solamente lo que quería decir. Nada ahora, no había retorno al paraíso. Caminó hacia una callecita adyacente y se sentó encima de una piedra ahumada. Se dejó penetrar por las imágenes de su vida y siempre caían en el mismo torbellino que comenzaba en una caseta de baño. No había visto con atención aquel entorno, pero allí estaba el piso de ladrillos rotos, el desagüe, los hierros oxidados; el tubo saliendo de una pared y subiendo hasta convertirse en una regadera; una araña mojada encogida en el centro de una tela también salpicada de gotas transparentes; las antenas de un grillo asomando por una hendidura; las voces distantes, apenas sonidos humanos, el mar sin detenerse en su mismo vaivén de millones de años. Ella abrazándolo silenciosa, entregándose toda, sin dejar nada, como si no hubiera más seres humanos en el mundo ni más alternativas, pero sin decirlo, sin hablarlo, sin conversarlo, sin promesas. El cuarto, el chorro de sangre de la menstruación bañando su vientre, su pene, sus piernas; el sueño imprevisto, el despertar frente a aquellos ojos que miraban listos para absorberlo, para tragárselo, para tragárselo como un sedante nocturno. La tarde bajó densa, como un vapor de incendio que se apaga solo.

Sandoval se levantó y caminó hacia las luces que se encendían cerca del Intercontinental. Encima de una tabla cubierta por un mantel blanco bordado, vio decenas de hermosos objetos. Fulgurantes algunos de ellos. Caminaba con los dientes apretados y una congoja lenta. La mujer que vendía los objetos

era flaca y blanca, se pintaba las cejas con un sepia rojizo y los labios eran más delgados de lo que parecía a simple vista. Una pintura brillante y aceitosa dibujaba labios falsos, y tristes parecidos a leves sonrisas de película muda. La vendedora le observó con ahínco.

—¿Quieres comprar algo, muchacho? —preguntó la mujer y él sonrió con timidez. La mujer no podía dominar los movimientos de su boca y de sus mejillas, como si quisiera llorar.

—¿Te quieres llevar alguno de mis regalos?, ¿para una novia?, ¿te gustan? —insistió ella con voz desajustada. Movía las manos delgadas y secas como patas de gallina encima del universo de objetos que el atardecer jalaba intentando llevarse atados a través de sus reflejos. Un plato retrataba el sol rojo tras las ramas de un algarrobo y en el espejo de una cajita de música que estaba abierta y sin cuerda pasaban camiones luego se movieron unas nubes grises y apareció un manchón color uva. Sandoval contempló casi todos los objetos y finalmente señaló con su índice una grulla de cristal fundido en plata.

—¿Cuánto vale? —preguntó con vergüenza porque sabía que no podría comprar esa grulla. La mujer tocó el delicado pájaro de cristal y lo acercó a su cara, tal vez hablándole muy quedo. “Me voy” se dijo Sandoval y dio un paso. La mujer lo detuvo:

—Te cuesta solo veinte pesos... para que te quede dinero y puedas llevarla a comer algo. No tienes mucho dinero, ¿verdad?

—No —dijo él.

—No importa —dijo ella.

Le extendió un billete de veinte pesos y se guardó la grulla de cristal en el bolsillo grande de la chaqueta. La mujer lo miró cuando se fue en el principio de la noche. Sandoval no entendía aquello, pero ya tenía un regalo para Arielca María.

Sintió la sed y se detuvo ante una mujer regordeta y aindiada que sacaba agua roja, verde, amarilla de unos frascos bocones, agua de pitahaya. Se tomó dos vasos y se fue hacia el lugar donde habría fiesta, sacarían la gigantona, un muñeco de seis metros de altura, con un vestido del tamaño de una carpa de circo

pequeño. Adentro estaría alguien caminando con zancos, como una grulla. Su comando era vecino de la fiesta y llegó hasta allá para salir acompañado por sus amigos. Levantaba polvo como un caballo. Le esperaban tres de sus compañeros. Lo miraban con pupilas de angustia.

—Los de la Cruz Roja vinieron... —dijo uno.

—¿Aarón Baldomero? —preguntó Sandoval asustado.

—No. Encontraron a Arielca María. Ahora la tienen en su barrio y debemos ir a verla.

—¿Qué le sucedió?, ¿está herida? —se tensó Sandoval.

Las fogatas se encendían por todas partes.

—Muerta, compita.

“Muerta, compita, muerta, compita, muerta, compita”. Sandoval respiró profundamente el aire de la noche. Un cocuyo tropezó con los adoquines y cayó cerca de sus botas. Se encendió de nuevo y voló lejos.

—¿Irreconocible?, ¿está descompuesta? —preguntó.

—Méndez la reconoció, pero está podrida. La hallaron cerca del lago con los otros. ¿Vamos a verla?

“Podrida, muerta, podrida, sin ojos, sin movimiento”.

—Vamos —roncó Sandoval y los cuatro marcharon a pie hacia el barrio de Arielca María. No deseaban llegar.

—¿Vas a llegar llorando al barrio?

—Vos sabés que a los velorios no se llega con guitarra.

Sandoval tocaba la grulla en el bolsillo. Sus ojos se abrieron y casi automáticamente se los secó para ver mejor.

—¡Mirá hacia aquella esquina!, ¡mirá hacia allá! —gritó.

—¿Adonde?

—Allá, aquella chavala que atraviesa la línea del ferrocarril... ¡es ella, es Arielca María!, ¡jodidos embusteros!, ¡es ella!

Sandoval corrió hacia la figura que avanzaba en la noche, como una sombra contra las fogatas.

—Dejáte de bobadas, Sandoval, ¡vení acá, esa no es ella!, vamos a llegar tarde al velorio. El compita no anda bien, vamos a buscarlo... ¡paráte, Sandoval!

Alrededor de una fogata cantan decenas de voces distintas. Los tres corren tras Sandoval como cuando estaban en combate “un-dos-un-dos-un-dos”. Las armas golpean sus costados. Sandoval avanza casi redondo en una carrera veloz hacia la línea del tren y en ese instante se le atravesó un mar oscuro de gente que seguía a la gigantona y reían en coro. El vestido ancho como una calle, bullicioso como una tormenta, los marimberos se atraviesan también en su camino, lo atrapan con su ritmo, Sandoval siente el olor del sudor y la noche se cierra a veces encima como si hubiera caído en el interior de una caja de música. Por encima de un golpe de falda Sandoval mira a la muchacha subiendo a un taxi amarillo y sabe que es ella. Tropezando obstáculos desconocidos Sandoval alcanza el taxi. Hay poca luz donde el vehículo se ha detenido.

—¡Vamos a llegar tarde al velorio, chocho!, ¡vamos a llegar tarde al velorio! —gritan detrás los tres compañeros de Sandoval. Él se acerca al taxi y mete sus ojos hasta casi tocar el vidrio del carro. Trata de contemplar a plenitud el rostro de la muchacha uniformada.

—¿Qué le ocurre, compita? —pregunta ella. Linda, cara pecosa, vellos casi invisibles, ojos azules, cabellera rizada, seca, abundante. Sandoval mira sus senos inflados bajo la franela, saliendo con fuerza de las alas de la chaqueta nueva. Un segundo, una eternidad. Ella parecía incómoda.

—Es para usted, señorita —dijo él y le entregó una grulla de cristal que encerró en un santiamén toda la poca luz que les llegaba.

El taxi arrancó y se alejó para siempre.

## Capítulo XI

### Un pájaro no tiene por qué tocar la puerta

Yo pecador, me confieso a Dios, me vacío ante lo desconocido, me tomo la única libertad verdadera que puedo tomarme, la de sentir por mí mismo que soy impotente y que tengo que caer de rodillas ante la inmensa pared de lo que hay más allá de mí. Rezo a mi modo, ruego a mi modo, grito a mi modo intentando romper los velos que me impiden mirar. Soy pecador, menos pecador que aquellos que no lo reconocen, pero en última instancia ellos solo pueden responder por sus interioridades, nadie está en situación de impulsarlos hacia el reconocimiento de la verdad, de esta verdad que es dolorosa, cada uno de nosotros está solo, solo con sus sentimientos, con sus fantasmas, con sus sueños, con lo que ha acumulado en el existir. Los que han muerto, nos dejaron más solos aún, nos dejaron con sus recuerdos, con sus voces y sus caras, sus actitudes y sus caracteres y ahora tenemos que cargarlos también y verlos y sentirlos rodeándonos, porque aprendimos a amarlos y a necesitarlos y ahora no están. Hay espacios vacíos por doquier. Yo pecador, me confieso a Dios. ¿Qué es un ser humano?, alguien cuya vida comienza por interesar a pocas personas, alguien a quien no conocen, ni saben que existe, veinte calles más allá, veinte países más allá. En China ignoran que este corazón palpita y pide, palpita y quiere, palpita y odia.

No nos conocemos, pero la multitud persiste, está allí, en cualquier parte por donde se mire, hay que conocerse uno mismo y preguntarse por qué alguien o algo ha puesto en nuestra

cabeza, en nuestra mente, en nuestro espíritu, en nuestra alma, estas imágenes, estas nostalgias, estas obsesiones, estos sentimientos. No se vayan alegres, no se vayan tristes, sean portadores de lo que son portadores. No dejen de vivir porque la muerte esté besándonos segundo a segundo con sus frías desilusiones. El hombre siempre es egoísta porque es individual y sabe que su muerte no será compartida, que nadie le ayudará a morir; no hay fórmulas para vivir, no hay palabras para aprender a morir, pero sí es posible tener fuerza y razón para seguir viviendo porque solo basta con aceptar la interioridad, lo que se lleva por dentro doloroso o anárquico, feo o mezquino, hermoso o paradójico. Después de eso viene la paz que Dios genera cuando el hombre se acepta como es.

“Jeesucristo, Jeesucristo, Jeesucristo, ya yo estoy aquí”

“Jeesucristo, Jeesucristo, Jeesucristo, ya yo estoy aquí”.

El templo canta; el sacerdote toma la hostia; en un cuadro va Jesús con su cruz, en el otro alguien le da de beber; más adelante lo suben en la cruz, luego viene un hijo de puta y le clava una lanza. Dios lo ha abandonado, las nubes están negras, la tierra comienza a temblar; en un rincón el diablo patalea pisoteado por San Miguel, a quien han pintado un tanto afeminado mientras el diablo parece un negrito limpiabotas disfrazado de diablo.

“Jeesucristo, Jeesucristo, Jeesucristo, ya estoy aquí”.

La misa va saliendo. La gente empuja, tropieza, se aleja en distintas direcciones. Sandoval se va por la acera rota rumbo hacia el hospital.

—¿Qué dijo ese jodío? —pregunta en voz muy baja, recordando la cara y voz del sacerdote.

Es un mediodía ardiente; los motores y los cornetazos de los carros cortan inútilmente la pereza brillante del día. El excomandante de los caza-perros, vestido de civil, espera tímidamente en la puerta del hospital a que salga Aarón Baldomero. Lo ve bajando unas escaleras acompañado por una enfermera que lo lleva de un brazo y se ríe diciéndole cosas en el oído. Aarón camina un poco tieso y carga una malla de naranjas que le ha regalado

seguramente la enfermera. Ella se ríe hacia todo el mundo como buscando comprensión y Sandoval se percata de que debajo de la bragueta del pantalón ancho y barato de Aarón Baldomero, se levanta un bulto grande como un plátano desafiando la tela. Aarón abre los ojos desmesuradamente y quiere correr hacia Sandoval, pero no tiene agilidad y casi se cae. La enfermera lo sostiene.

—Te vas a portar bien, como te dije —habla ella y saluda a Sandoval—, ¿cómo está, comandante? —y ahora le parece que es solo un hombre joven sin mucho carácter, pero de todas maneras una persona agradable.

—Muchas gracias por todo, señorita —dice Sandoval y toma por un brazo a Aarón Baldomero.

Salen del hospital y caminan entre gente que llega con bolsas de frutas. Algunas mujeres entran con niños en los brazos y varios guerrilleros detienen en la puerta exterior los carros que enfilan hacia emergencia.

—Vamos a casa, Aarón —explica el excomandante de los caza-perros. Aarón Baldomero levanta las naranjas y se las ofrece a su hermano.

—Cuando lleguemos a casa te las pelo. ¿Comiste mucho antes de salir?

—Sí. ¿Y amá Serminia?

—Tengo que hablarte de ella, pero debemos irnos. Ya viene el autobús. Sandoval lleva a su hermano hasta la puerta del autobús y el conductor, molesto porque le parece que tardan mucho, reclama con un gesto. Sandoval lo mira con rencor y le pregunta: “¿qué?, ¿no vas a esperar que subamos?”. El hombre aparta la mirada y se dedica a ver la calle soleada.

El autobús avanza hacia el sur y luego sube por el oeste para regresar de nuevo al sur, de allí cruza calles empinadas y desemboca en el bypass que lleva hacia el oeste. Antes que avance más Sandoval lo detiene y se bajan.

Quedan solitarios en la carretera, bajo el sol despiadado. Comienzan a caminar por entre pajonales siguiendo un delgado camino, un atajo. Sandoval sabe que Aarón ha visto la muerte

muchas veces y por eso le habla de lo duro que ha sido todo para la gente. Unas personas murieron y otras quedaron vivas. Ya están más cerca de la casa. Una gallina se cruza entre ambos y se espanta cuando Aarón golpea con un pie para asustarla.

—Tenemos que trabajar duro para reparar la casa y limpiarla. Yo trabajo para buscar comida y tú cuidas la casa, ¿está bien?

—Bien, Zandová, ¿y amá?, ¿y Pompilio?

—No están, murieron. Los dos murieron en la guerra.

Un pájaro marrón picotea y salta en las ramas del alelí que está dentro de la casa polvorienta. Aarón Baldomero lo saluda, le dice muchas cosas. Prácticamente se queda allí un rato hablando con él. Varios vecinos están llegando para mirarlos por la empalizada. Una señora anciana trae un pan y una mujer más joven llama a Sandoval para darle una olla llena de frijoles con patas de cerdo. Aarón las saluda y se pasa la lengua por los labios, mientras piensa en la oscuridad de su cabeza que ha vuelto a nacer.

—Gracias, les agradecemos esto de verdad —expresa Sandoval y entra a la casa. La gente no se va. Aarón camina detrás de su hermano y coloca en la mesa sus naranjas. Descubre las latas de sardina y antes de disfrutar por adelantado mira la correa de Pompilio, encostrada, como si se le hubiesen pegado cientos de algas hediondas en el fondo del mar.

—¿Amá?, ¿amá?, ¿amá? —llama desesperado.

Sandoval se le acerca y lo abraza, pero le dice “si no te calmas voy a pellizcarte y te voy a dejar solo, te dije que están muertos, se fueron, no pudieron quedarse con nosotros”. Aarón se calma. La gente espera en la empalizada para ver qué sucedió con él. Sienten pena.

Aún brota con furia el hedor de la correa de Pompilio y a veces parece vaho de ostras, podredumbre de playas. Un cuerpo desnudo y dócil bañado de gotas contempla con dos ojos, con todos sus poros, con un vértigo de esperas, a Sandoval. Se va a la cocina y vierte el cocido en una olla que se oxidaba vacía, colgada de un clavo, quizás con el último aliento de su madre.

Va a salir a entregar la olla ajena, pero se devuelve a lavarla. Lo hace y el agua refresca sus manos. Aarón Baldomero lo sigue y lo contempla.

—¿Trizte?, ¿trizte, Zandová? —pregunta.

—No: Busca un plato y lávalo para que comas. Voy a entregar esta olla. Sandoval sale al patio y allí está la gente esperándole.

—Si necesita algo llámenos, comandante —apunta la mujer joven. Sus ojos son tan distintos, tan adoloridos. Los demás también comentan que están a la orden. Sandoval agradece y explica que va a trabajar arreglando la casa. Aarón Baldomero se asoma llenando la puerta.

Está llorando con una naranja en cada mano.

# Índice

<b>Capítulo I</b>	
Cabrerita desbocado	13
<b>Capítulo II</b>	
Tres hijos en movimiento	47
<b>Capítulo III</b>	
Mujeres en su salsa	56
<b>Capítulo IV</b>	
Aarón tiene hambre	73
<b>Capítulo V</b>	
Balas son recuerdos	84
<b>Capítulo VI</b>	
Esa revelación	95
<b>Capítulo VII</b>	
Cosas que pasan	107
<b>Capítulo VIII</b>	
Caliente como un volcán	114
<b>Capítulo IX</b>	
Fiestas y cruces	135
<b>Capítulo X</b>	
Es que te confundí	146
<b>Capítulo XI</b>	
Un pájaro no tiene por qué tocar la puerta	158







EDICIÓN DIGITAL  
diciembre de 2017

Caracas - Venezuela



## UNA MAZURKITA EN *la* MAYOR

Sandino tiene la certeza de que en muy poco tiempo será un cadáver inerte. Que inexorablemente se convertirá, en unos minutos, en un muñeco de huesos y sangre. Pero aun así sus pasos lo llevan hacia una trampa que él no evitará. Su irreductible ética de guerrero es su único escudo. En esa ruta estoica un amigo intentará detenerlo y rescatarlo de una muerte segura, pero Sandino le contará un secreto que no dejará que las cosas sucedan como deben pasar. De allí en adelante la historia da un salto al epílogo de la guerra de los sandinistas contra la dictadura de Somoza. Un laberinto de linfa y sangre de donde pocos podrán escapar. Una novela narrada desde el vaho putrefacto y alucinante de la guerra. Empegostada de los horrores más enfermizos de los que es capaz la miseria humana, *Una mazurkita en la mayor* es una novela acerca de la irreversibilidad de la crueldad humana que es finalmente la más primitiva de las esencias del corazón.

### JOSÉ PULIDO

Narrador, poeta, periodista y cronista luminoso. Bautizado como José Isabel por su madre Victoria. Fue corresponsal de guerra en Nicaragua y en Medio Oriente. Ha publicado las novelas: *Pelo blanco* (1985), *Una mazurkita en la mayor* (1989, primera edición), *Los mágicos* (1999), *La canción del ciempiés* (2004), *El bululú de las ninfas* (2007), *El requetemuerto* (2012) y *Paisaje de ponzoña* (2015). También ha publicado los poemarios: *Los poseídos* (2000), *Peregrino de vidrieras* (2001) y *Duermevelas* (2004). Los libros *Vuelve al lugar que se te ha señalado* (1998) y *Los héroes son villanos tímidos* (2013) forman parte de su obra cuentística. Autor de la biografía de Gustavo Dudamel, *Dudamel, la sinfonía del barrio*. Sin duda José Pulido es una de las voces narrativas venezolanas de mayor capacidad fabuladora, un maestro de la palabra.